LA

REVOLUCIÓN,

POR

MONSEÑOR SEGUR.

Traducida al castellano por

P. MARQUES DE LA ROMANA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE LA ESPERANZA, Á CARGO DE D. ANTONIO DUBRULL.
Calle del Pez, núm. 6 pral.

1863.

Para más información

Se puede adquirir este libro en
Librería San Antonio Maria CLARET
1era Avenida 1-09 zona 2 El Sauce.
Ciudad Guatemala.
Guatemala. CA

Teléfono
(O0502) 2505 5300 Ext. 7

Página web
http://www.libreriaclaretweb.com

Correo
claret@relinsa.net

Editorial y Librería Kyrios
24 Av. 24-18, Zona 5
La Palmita. Guatemala
Tels. 23355756 / 23357652
Email: servisa90@yahoo.com
edikyrios@gmail.com

ÍNDICE

Toda persona que piensa por sí misma debería LEER Y MEDITAR Y DIFUNDIR, este libro que nos explica la causa y la raíz del desorden que hay actualmente en el mundo, la familia, la sociedad y la Iglesia.

La sociedad, víctima de la Revolución anticristiana, está organizada y dirigida por ideas y leyes ateas que no tienen en cuenta ni al Creador, ni el destino eterno de las almas. Millones de personas viven en pecado mortal y sufren por no conocer la Ley de Dios: pueden ir al infierno eterno. Esto es INJUSTO. Jamás los pueblos cristianos han pedido ser despojados de su fe y civilización. Fueron despojados por la Revolución masónica con palabras bonitas, con astucia y violencia, sea de las armas, sea de las leyes anticristianas. Las sectas protestantes son uno de esos instrumentos poderosos para descristianizar a los pueblos católicos.

El Traductor

He emprendido la traducción de esta obrita con el fin de proporcionar a las personas que no pudieran leerla en su lengua original, la ocasión de estudiar y meditar las verdades que encierra. Éstas son de la mayor importancia y de actualidad. Además, creo que hasta el día no se habrán escrito muchos folletos que en tan poco espacio digan tanto y tan bueno.

He procurado atenerme, en cuanto ha sido posible, al texto, y espero del benévolo lector disimulará las faltas que pueda encontrar en mi trabajo. Mi único y más vivo deseo sería que la lectura del mismo produjese buenos frutos en beneficio de la sociedad y de mi patria.

L. Marqués de la Romana.

Jóvenes, hombres maduros, viejos, niños, mujeres, muchachas, ricos, pobres, sacerdotes, seglares, seamos lo que seamos, trabajemos confiadamente, y hagamos la obra de Dios; si el mundo se llena de Santos, si la mayoría de los miembros que componen la sociedad se vuelve profundamente católica, la opinión pública reformará por sí misma y sin sacudimiento esta sociedad que se pierde, y la Revolución desaparecerá.

Prólogo del autor a los jóvenes

A ellos dedico estas páginas, por dos razones: la primera, porque su inteligencia todavía no está maleada por doctrinas perversas; y la segunda, por ser ellos, en lo porvenir la esperanza de la Iglesia y de la Francia.

La adolescencia es la edad decisiva de la vida. Durante su periodo se forman la inteligencia y el corazón, y toman como la fisonomía, un carácter, una forma que ya nunca pierden. El Soberano Hacedor lo dijo: ***Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab*** **ea**[1]. Los jóvenes entran en un mundo que anda como un navío a la merced de las olas, porque ya le faltan principios, porque desde hace más de un siglo a esta parte, la enseñanza incoherente de mil falsos doctores los aleja más y más de la fe y del sentido común. Ellos leerán en los papeles públicos, verán por donde quiera tantas locuras y mentiras que serán arrastrados infaliblemente si no tienen para defenderse, principios verdaderos y sólidos.

No pretendo tratar en este corto trabajo todo lo que ofrece esta cuestión; mi único objeto es hacer comprender claramente a mis jóvenes lectores: 1º Lo que es La Revolución; el por qué y el cómo La Revolución es la gran cuestión religiosa de nuestra época. 2º lo que son realmente los principios proclamados en 1789, y cuáles son las ilusiones que pueden arrastrarnos al error revolucionario, en fin, cuáles son los deberes de los verdaderos cristianos en este siglo de trastornos y ruinas que estamos atravesando.

Ajeno a todo partido político, me concreto a una exposición razonada de los principios, bajo el punto de vista más

1 Muéstrale al niño el camino que debe seguir, y se mantendrá en él aun en la vejez. Proverbios 22, 6.

importante de todos, el de la fe, y cada cual podrá sacar fácilmente la conclusión práctica, aplicando estos principios según pueda.

Nada más práctico para vosotros, jóvenes, que estas nociones abstractas en apariencia; nada más necesario para vosotros, pues a vosotros jóvenes buenos y honrados, sabedlo bien, a vosotros principalmente dirige sus tiros La Revolución, para haceros marchar contra Dios. Ella ha dicho en un escrito oficial: **"A la juventud hemos de seducir y arrastrar bajo nuestras banderas, sin que ella lo conozca."**

Ya lo oís: os quieren seducir y perder; yo quisiera guiaros. El único antídoto para el veneno que os preparan, es la verdad. Lo que hace tan vulnerable a la sociedad moderna, es la falta de principios; esto falta, ante todo, a los hombres de buena fe que son muchos. Y vosotros, jóvenes, que dentro de poco seréis la fuerza viva de esta sociedad caduca, vuestra misión es la de conduciros mejor que vuestros padres, y valeros de todos los medios para salvarla.

Y suplico meditéis sobre las verdades que he resumido aquí para vosotros. Las entrego con toda confianza a vuestra buena fe y buen deseo, y sentiría mucho hubiese algún joven católico que no comprendiera su importancia.

El sumo Pontífice ha bendecido este trabajo desde que lo emprendí. Espero que esta sagrada bendición se extienda a cada uno de mis lectores, y suplirá la imperfección de mis palabras.



Antes que sociedad de caridad, **es la Iglesia sociedad de verdad.** Nunca deben separarse la verdad y la caridad. La caridad que sacrificase la verdad, dejaría de serlo, y no sería más que debilidad y traición.

MONSEÑOR DE SEGUR, *LA REVOLUCIÓN Cap 24*





LA REVOLUCIÓN



I

La Revolución. Lo que no es

Esta palabra es muy elástica, y se abusa de ella a cada paso para seducir la inteligencia de los hombres.

La revolución en general es un cambio rápido que se hace en las costumbres, ciencias, artes o letras, y, sobre todo, en las leyes y los gobiernos de las sociedades. Pero en Religión y política es el triunfo, el desarrollo completo de un principio subversivo de todo el antiguo orden social.

Por lo regular, la palabra *Revolución* se toma en mal sentido; sin embargo, esta regla tiene sus excepciones. Así se dice: «El cristianismo causó una gran revolución en el mundo;» y esta revolución fue muy provechosa. Lo mismo se dice: «En tal o cual país ha estallado una revolución que lo ha pasado todo a sangre y fuego.» Esto también es revolución; pero una revolución muy mala.

Hay una gran diferencia entre *una revolución* y lo que desde hace un siglo se llama LA REVOLUCION. En todos tiempos hubo revoluciones en la sociedad humana, mientras que La Revolución es un fenómeno del todo moderno, nunca visto.

Muchos son los que creen (porque así lo leen en los periódicos) que todos los adelantos, en industria, comercio, bienestar; que todas las invenciones modernas en artes y ciencias desde sesenta años acá; muchos creen, repito, que todo esto se debe a La Revolución; que sin ella, no tendríamos telégrafos, ni ferrocarriles, ni vapores, ni máquinas, ni ejércitos, ni instrucción, ni gloria; en una palabra, que sin La Revolución todo estaría perdido, y que el mundo volvería a las tinieblas.

Nada más falso. Si en tiempo de La Revolución se hizo algún progreso, no por esto le causó ella. El gran sacudimiento que ha impreso al mundo entero, habrá precipitado sin duda el desarrollo de la civilización material, en algunas cosas; pero en cambio lo ha detenido en muchas otras. Lo cierto es que La Revolución, considerada en sí misma, nunca ha sido el principio de ningún progreso.

Tampoco ha sido, como se nos quiere hacer creer, la libertad de los oprimidos, la supresión de abusos inveterados, el mejoramiento y progreso de la humanidad, el esparcimiento de luces y conocimientos, la realización de todas las aspiraciones generosas de los pueblos, etc., etc.; y de esto nos convenceremos cuando la conozcamos a fondo.

Tampoco debe creerse que La Revolución sea el grande hecho histórico y sangriento que ha trastornado la Francia y aun la Europa al concluir el último siglo. Este hecho, mirado tanto por parte de su moderación como en sus excesos más espantosos, solo ha sido un fruto, un producto de La Revolución, que en sí no es más bien una idea, un principio, que un hecho. Es muy importante no confundir estas cosas. ¿Qué es, pues, La Revolución?



II

Lo que es La Revolución, y cómo es una cuestión religiosa no menos que política

La Revolución no es una cuestión puramente política, sino también religiosa, y bajo este punto de vista únicamente hablo de ella aquí. La Revolución es, no solamente una cuestión religiosa, sino la gran cuestión religiosa de nuestro siglo. Para convencerse de ello, basta la reflexión y concretar la cuestión.

Tomada en su sentido más general, **La Revolución es la rebeldía erigida en principio y en derecho.** No se trata del mero hecho de la rebelión, pues en todos los tiempos la ha habido**: se trata del derecho, del principio de rebelión, elevado a regla práctica y fundamento de las sociedades; de la negación sistemática de la autoridad legítima, de la teoría de la rebelión, de la apología y orgullo de la misma, de la consagración legal del principio de toda rebelión.** Tampoco es la rebelión del individuo contra su legítimo superior; esto se llama desobediencia**: es la rebelión de la sociedad, como sociedad; el carácter de La Revolución es esencialmente social, y no individual.**

Tres grados hay en La Revolución:

1º La destrucción de la Iglesia, como autoridad y sociedad religiosa, protectora de las demás autoridades y sociedades; en este grado, que nos interesa directamente, La Revolución es la negación de la Iglesia erigida en principio y formulada en derecho; la separación de la Iglesia y del Estado, con el fin de dejar a éste descubierto y quitarle su apoyo fundamental;

2º La destrucción de los tronos y de la legítima autoridad política, consecuencia inevitable de la destrucción de la autoridad católica. Esta destrucción es la última expresión del principio revolucionario de la moderna democracia, y de lo que se llama hoy día la *soberanía del pueblo;*

3º La destrucción de la sociedad, es decir, de la organización que recibió de Dios: de otro modo; la destrucción de los derechos de la familia y de la propiedad en provecho de una *Abstracción*, que los doctores revolucionarios llaman el *Estado*. Es, por último, el socialismo, fin principal de la Revolución perfecta, rebelión postrema, destrucción del último derecho. **En este grado, La Revolución es, o más bien sería, la destrucción completa del orden divino en la tierra, y el reinado perfecto del demonio en el mundo.**

Formulada por la vez primera por J. J. Rousseau, y luego en 1789 y 1793 por la Revolución francesa, **La Re-**

volución se mostró, ya en su origen, como la enemiga implacable del cristianismo. Sus furiosas persecuciones contra la Iglesia recuerdan las del paganismo. Ella sacrificó Obispos, asesinó sacerdotes y toda clase de católicos[2] cerró o destruyó templos, dispersó las órdenes religiosas, y arrastró por el fango las cruces y reliquias de los Santos. Su rabia se extendió por toda Europa, rompió todas las tradiciones, y hasta llegó a creer un momento haber destruido el catolicismo, al cual llamaba con desprecio una superstición antigua y fanática.

Sobre este montón de ruinas ha levantado un nuevo régimen de leyes ateas, de sociedades sin religión, de pueblos y Reyes *absolutamente* independientes. Desde hace sesenta años[3] va dilatándose más y más, crece y se extiende en el mundo entero, destruyendo por do quiera la influencia social de la Iglesia, pervirtiendo las inteligencias, calumniando al clero, y minando por sus cimientos el gran edificio de la fe.

Bajo el punto de vista religioso**, La Revolución puede definirse del modo siguiente: La negación legal del reino de Jesucristo en la tierra; la destrucción social de la Iglesia. Combatir La Revolución es, por lo tanto, un acto de fe, un deber religioso de la mayor importancia. Obrando así, se obra además como buen ciudadano y hombre de bien, pues se defiende la patria y la familia.** Si los partidos políticos de buena fe, y que conservan su honra, la combaten bajo sus puntos de vista, nosotros, los cristianos, debemos combatirla bajo los nuestros, que son mucho más elevados, pues defendemos aquello que amamos más que nuestra vida.

---

2 [Max Gallo afirma en su obra sobre La Revolución Francesa: “Quizá 120,000 muertos cayeron en esta guerra atroz, de la que París no sospechó la crueldad. Se quería vencer a cualquier precio, incluso diezmando al pueblo”. En la apoteosis de esa revolución, en los años llamados de “El terror”, **entre el 5 de Noviembre de 1793 y el 27 de Julio de 1794, en tan sólo 325 días fueron guillotinadas entre 20.000 y 40.000 personas** juzgadas por los así llamados tribunales revolucionarios, que eran, en realidad, tribunales de represión y venganza política sin la más mínima seguridad jurídica ni la menor garantía procesal. https://tadurraca.blogspot.com/2009/11/ la-revolucion-francesa-gloria-de-la_22.html].

3 Este texto fue escrito en 1849.

III
La Revolución, hija de la incredulidad

Para juzgar a La Revolución basta saber si cree o no en Jesucristo. Si Cristo es Dios hecho Hombre, si el Papa es su Vicario, si la Iglesia es obra suya y tiene su misión, claro está que tanto las sociedades como los individuos deben obediencia a los mandamientos del Papa y de la Iglesia, que son los mandatos de Dios mismo. **La Revolución, que pone por principio la independencia absoluta de las sociedades para con la Iglesia, es decir, la separación de la Iglesia y del Estado, declara por eso solo que no cree en el Hijo de Dios**, y es juzgada de antemano según las palabras del Evangelio[4].

Resulta, pues, que **la cuestión revolucionaria es también una cuestión de fe. Cualquiera que crea en Jesucristo y en la misión de su Iglesia, no puede ser revolucionario, si es lógico;** y cualquier incrédulo, cualquier protestante, dejará de serlo, si no adopta el principio apóstata de La Revolución, y no combate a la Iglesia bajo su bandera. **En efecto, la Iglesia Católica, si no es divina, usurpa de un modo tiránico los derechos del hombre.**

Jesucristo, ¿es Dios? ¿Le pertenece el poder infinito en el Cielo y en la tierra? Los Pastores de la Iglesia y el Sumo Pontífice a su cabeza, ¿tienen o no tienen por derecho divino la misión de enseñar a todas las naciones y a todos los hombres lo que es preciso hacer o evitar para cumplir la voluntad de Dios[5]? ¿Existe acaso un hombre, príncipe o vasallo; existe una sociedad que tenga el derecho de rechazar esta enseñanza infalible, o de sustraerse a esta alta dirección religiosa? Ahí está todo. Es una cuestión de fe, de catolicismo. **El Estado debe obediencia al Dios vivo, lo mismo que la familia y el individuo[6]. Es cuestión de vida, tanto para el uno como para el otro.**

4 San Juan 3, 18.
5 San Mateo 28, 19-20.
6 San Lucas 10, 16.

IV

¿Quién es el verdadero padre de La REVOLUCIÓN, y cuándo nació ésta?

Hay en La Revolución un misterio, un misterio de iniquidad, que los mismos revolucionarios no pueden comprender, porque solo la fe puede explicarlo, y a ellos les falta la fe.

Para comprender a La Revolución es preciso remontarse hasta el padre de toda rebeldía, hasta aquel que el primero se atrevió a decir, y tiene la osadía de repetir hasta la consumación de los siglos a su Dios y Señor: Non serviam. Yo no obedeceré.

Sí; Satanás es el padre de La Revolución. Esta es obra suya, comenzada en el cielo, y que viene perpetuándose entre los hombres de edad en edad. El pecado original, por el cual nuestro padre Adán se rebeló contra Dios, introdujo en el mundo, no diré absolutamente La Revolución, pero si el espíritu de orgullo y de rebeldía, que son su principio: desde entonces el mal fue aumentando a cada día hasta la aparición del cristianismo, que lo combatió y obligó a retroceder.

El renacimiento pagano, **más tarde Lutero y Calvino, y, en fin, Voltaire y Rousseau, han vuelto a enaltecer el poder maldito de Satanás, su padre,** y este poder, favorecido por los excesos del cesarismo, este poder recibió en los principios de La Revolución Francesa una especie de consagración, una constitución que no había tenido hasta entonces, y que hace decir con justicia que La Revolución nació en Francia en 1789.

En 1793 decía el feroz Baboeuf**: «La Revolución de Francia no es más que la precursora de otra revolución mucho más grande, mucho más solemne, y que será la última.»**

Esta revolución suprema y universal es La Revolución. Por primera vez después de seis mil años ha tenido la osadía de tomar, a la faz del cielo y de la tierra, su verdadero y sa-

tánico nombre: *La Revolución;* que es como decir *rebeldía completa y perpetua.*

Ella tiene por lema, como el demonio, la famosa palabra *non serviam, no serviré.* Es satánica en su esencia, y aspirando a derribar todas las autoridades, **tiene por fin postrero la destrucción total del reino de Jesucristo en la tierra**[7]**.** La Revolución, no hay que olvidarlo, **La Revolución es ante todo un misterio del orden religioso, es el ANTICRISTIANISMO.**

Así lo hace constar en su Encíclica del 8 de diciembre de 1849 el Soberano Pontífice **Pío IX: «La Revolución, dice, es inspirada por el mismo Satanás. Su objeto es destruir completamente el Cristianismo, y reconstituir, sobre sus ruinas, el orden social del paganismo.»**

Amonestación solemne, confirmada al pie de la letra por La Revolución misma. «**Nuestro objeto final,** dice la Instrucción Secreta de la *Venta Suprema*, nuestro objeto final es el mismo de Voltaire y de La Revolución francesa: **Aniquilamiento y destrucción completa del catolicismo, y hasta de la idea cristiana.»**



V

¿Quién es el antirrevolucionario por excelencia?

Es nuestro Señor Jesucristo, en el Cielo, y, en la tierra, el Papa, su Vicario. La historia del mundo es la historia de la lucha gigantesca entre los dos jefes de ejército.

De una parte, Jesucristo con su Santa Iglesia; de la otra, Satanás con todos los hombres que pervierte y reúne bajo la bandera maldita de la rebelión. El combate

[7] [Esto se llama laicismo].

fue terrible en todos tiempos; nosotros vivimos en una de esas épocas más peligrosas, que es la de la seducción de las inteligencias y de la organización de aquello que, delante de Dios, no es más que desorden y mentira.

El Papa y la Iglesia se encuentran ahora, como siempre, sobre la brecha defendiendo la verdad y la justicia, para con todos y contra todos, aborrecidos de muerte por los revolucionarios de toda clase, cuyas tramas y proyectos perversos descubren y desbaratan.

Uno de nuestros más ilustres Prelados, estando para morir, hizo ver ya en otro tiempo el odio y los proyectos de La Revolución contra el Soberano Pontífice. «**El Papa, escribía con mano trémula, el Papa tiene un enemigo, La Revolución; ese enemigo implacable, cuyo furor no pueden mitigar los mayores sacrificios, y con el cual es imposible transigir.** Al principio solo se pedían por ella reformas, hoy ya no le bastan éstas. Quitad a la Santa Sede la soberanía temporal; mutilad la obra admirable que Dios y la Francia acabaron hace más de mil años; echad pedazo a pedazo en manos de La Revolución todo el patrimonio de San Pedro; y aun con esto no habréis satisfecho, no habréis desarmado La Revolución. La mina de la existencia temporal de la Santa Sede, más bien que un fin, es un medio para llegar a una destrucción mayor.

«**La existencia divina de la Santa Sede y de la Iglesia, eso es lo que se quiere aniquilar, y de tal manera, que ni aun vestigio quede de ella**. ¿Qué importa, al fin, que la débil dominación cuyo asiento es Roma y el Vaticano, quede circunscrita en límites más o menos estrechos? ¿Qué importan Roma y el Vaticano? Mientras que haya sobre la tierra, o debajo de ella, en un palacio o en una mazmorra, un hombre delante de quien se prosternen doscientos millones de hombres como delante del representante de Dios, La Revolución perseguirá a Dios en este hombre. Y si acaso en esta guerra impía no habéis tomado con resolución el partido de Dios contra La Revolución; **si capituláis, los medios por los cuales habréis intentado contenerla o moderarla, no habrán**

servido sino para dar fuerza a sus ambiciones sacrílegas y exaltar más y más sus salvajes esperanzas.

«Fuerte por vuestra debilidad, contando con vosotros como con sus cómplices, ¿qué digo? como con sus esclavos, **ella os mandará la sigáis hasta el término de sus empresas abominables. Después de haberos arrancado concesiones que habrán consternado al mundo, todavía exigirá de vosotros obras que espantarán vuestra conciencia.**

«No exageramos hablando así. La Revolución, mirada no por su parte accidental, sino por aquello que constituye su esencia, es una cosa con la que nada puede compararse, en la serie larga de las revoluciones por las cuales ha pasado la humanidad desde el origen de los tiempos, y que vemos desarrollarse en la historia del mundo.

«**La Revolución es la insurrección más sacrílega que ha armado la tierra contra el Cielo; es el esfuerzo más grande que haya intentado el hombre, no solo para separarse de Dios, sino para ponerse en lugar de Dios.**»

La Revolución no ataca al Papa-Rey sino para acabar más seguramente con el Papa-Pontífice. Comprende, como nosotros, que el Papa-Rey es el Papa independiente en lo material; es el Papa libre para decir toda la verdad, y para fulminar su anatema contra los despojadores y los déspotas, sea cual fuere su potestad y rango. **La Revolución, que bajo la máscara de libertad e igualdad no es otra cosa sino el despojo y el despotismo, no puede tolerar la soberanía pontifical, cuya existencia es para ella cuestión de vida o muerte.**

El Papa, Vicario de Jesucristo, es el enemigo nato de La Revolución. **Los Obispos fieles y los sacerdotes formados según el corazón de Dios, participan con Él de esta gloria y de este peligro. Ellos viven en medio de los hombres, como personificación de la Iglesia y de la ley de Dios; y por esto mismo son el blanco del odio revolucionario. El despojo del dominio temporal sería el golpe postrero**

dado a la última raíz, que, por la propiedad, liga la Iglesia al suelo de Europa.

M. Bonald decía hace treinta años: **«La Religión pública está perdida en Europa si no tiene propiedad; la Europa está perdida si no tiene Religión pública.»**[8]

Uno de los jefes de la *Venta Suprema* de la Alta Italia, escribe: **«Es preciso descatolizar el mundo; conspiremos sólo contra Roma; la Revolución en la Iglesia, es la Revolución permanente; es la destrucción segura de los tronos y dinastías. No debería ir confundida con otros proyectos la conspiración contra la Santa Sede Romana.»**

Los verdaderos católicos, fieles discípulos de Jesucristo, vienen a agruparse alrededor del Papa, de los Obispos y de los sacerdotes, para «combatir el buen combate y conservar la fe» (I Tim 6, 12). Cada uno de ellos se esfuerza por rechazar el enemigo y hacer triunfar la buena causa por medio de la oración, de las obras buenas, por la acción y la palabra, por la polémica, y, en fin, por todos los medios legítimos de influencia. Esto es lo que forma el pequeño al mismo tiempo que grandísimo ejército de Jesucristo. El gigante revolucionario se lisonjea de destrozarlo, como en otro tiempo Goliath enfrente de David; pero Dios está con nosotros, y nos ha dicho: **«No temáis, pequeña grey, porque ha sido la voluntad de vuestro Padre el daros la victoria»** (San Lucas 12, 32). Marchemos, pues, y tengamos valor.

Jóvenes, tenéis merecido vuestro puesto en nuestras filas. Apresuraos, corred y traed a vuestro Divino Maestro el óbolo de vuestra felicidad naciente. En unos tiempos como los que hemos alcanzado, todo cristiano debe ser soldado, y Jesús, al reunirnos bajo la sagrada bandera de su Iglesia, nos dice: **«Qui non est mecum, contra me est: El que no está conmigo, está contra mí»** (San Mateo 12, 30).

[8] [En el siglo XXI Europa está moribunda por su ateísmo inmoral, egoísta y subjetivista].

VI

¿Es posible conciliar la Iglesia y La Revolución?

No; porque no lo es más que el que se avengan entre sí el bien y el mal, la vida y la muerte, la luz y las tinieblas, el Cielo y el infierno. Escuchad lo que dijo en otro tiempo una logia de carbonarios en un documento secreto: **«La Revolución sólo es posible con una condición: el aniquilamiento del Papado. Mientras que Roma exista, todas las conspiraciones del extranjero y revoluciones de Francia no tendrán más que resultados muy secundarios. Aunque débiles como poder temporal, los Papas tienen aún una fuerza moral inmensa. Contra Roma deben dirigirse, pues, todos los esfuerzos de los amigos de la humanidad. Con tal de destruirla, todos los medios son buenos. Una vez derribado el Papa, naturalmente caerán los demás monarcas.»**

Edgard Quinet dice por su parte: «Preciso es que caiga el catolicismo. ¡No haya tregua para el *Injusto!* **No se trata solo de combatir el Papado, sino de extirparlo, y no sólo extirparlo, sino de deshonrarlo, y no solo de deshonrarlo, sino de hundirlo en el fango.»**

«En nuestros consejos está decidido, dice la *Venta Suprema,* que no consintamos más cristianos.» Ya antes había dicho Voltaire: «Aplastemos al Infame;» y **Lutero: «Lavemos nuestras manos en su sangre.»**

La Iglesia proclama los derechos de Dios como principio tutelar de la moralidad humana y de la salvación de las sociedades; **La Revolución sólo habla de los derechos del hombre, constituyendo una sociedad sin Dios.**

La Iglesia toma por base la fe, el deber cristiano: La Revolución ningún caso hace del cristianismo; no cree en Jesucristo: pone la Iglesia a un lado, y se forma no sé qué deberes filantrópicos, que no tienen otra sanción sino el orgullo del *hombre de bien,* y el miedo a los gendarmes.

La Iglesia enseña y conserva todos los principios de orden, de autoridad, de justicia: La Revolución los combate todos, y con el desorden y la arbitrariedad constituye lo que se atreve a llamar el derecho nuevo de las naciones, la civilización moderna.

El antagonismo es completo: luchan entre sí la obediencia y la rebeldía, la fe y la incredulidad.

Ninguna conciliación es posible, y menos transacción ni alianza alguna. Quede esto bien impreso en vuestra memoria: que todo cuanto La Revolución no ha creado, le es odioso; que todo cuanto odia, lo destruye. **Que se le entregue hoy el poder absoluto, y a pesar de sus protestas será mañana lo que fue ayer y lo que fue siempre: la guerra a muerte contra la Religión, la sociedad, la familia.** Y no diga que hablando así la calumniamos; ahí están sus palabras y sus obras para probarlo. Acordaos de lo que hizo en 1791 y 1793, cuando fue dueña del poder.

En esta lucha, uno de los dos partidos será vencido tarde o temprano, y este será La Revolución. Puede ser que parezca triunfar por un momento; podrá ganar victorias parciales, primero, **porque la sociedad de cuatro siglos a esta parte, ha cometido en toda Europa enormes faltas que le han atraído un justo castigo,** y luego, porque el hombre es siempre libre, y la libertad, aun cuando se abusa de ella, constituye un gran poder. Pero tras el Viernes Santo viene siempre el Domingo de Pascua, y Dios mismo es quien, con su verdad infalible, ha dicho al Jefe visible de su Iglesia: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; **y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella.»**

¿Cuál es el cristiano que se atreva a decir que Satanás tiene en este mundo los mismos derechos que Jesucristo? Esto es, sin embargo, lo que encierra en sí la pretensión del liberalismo.

VII
¿Cuáles son las armas ordinarias de La Revolución?

Ella misma lo ha dicho y lo ha probado muy a menudo.

«Para combatir los príncipes y los santurrones, todos los medios son buenos: todo está permitido para anonadarlos: la violencia, la astucia, el fuego y el hierro, el veneno y el puñal; el objetivo santifica los medios[9].» Ella se hace todo, para unir todo el mundo con su causa. Para pervertir a los cristianos, para extirpar el espíritu católico, se sirve de la educación, que malea; de la enseñanza, que envenena; de la historia, que falsifica; de la prensa, de la que hace el uso que todos saben; de la ley, cuyo traje adopta; de la política, a quien inspira; de la Religión misma, de la cual toma algunas veces las exterioridades para seducir a las almas. Se sirve de las ciencias, y encuentra medio de que estas se rebelen contra el Dios de las ciencias; se sirve de las artes, las cuales bajo su influencia mortal producen la perversión de las costumbres públicas y la deificación de la sensualidad.

A Satanás, con tal que logre su objeto, poco le importan los medios que emplea. No es tan escrupuloso como se cree, y sus amigos tampoco lo son.

Sin embargo, puede decirse que el carácter principal de los ataques de La Revolución contra la Iglesia es la audacia y la mentira. Por la audacia hace flaquear el respeto al Papado, vilipendia a nuestros Obispos y sacerdotes, bate en brecha las instituciones católicas más venerandas; y con la mentira, repetida sin rebozo, prepara la ruina de las sociedades, **fascinando a las masas, siempre poco instruidas y poco acostumbradas a sospechar de la buena fe de los que les hablan.**

Sobre mil personas seducidas por La Revolución, novecientas noventa y nueve son víctimas de esta tác-

[9] Carta de un revolucionario de Alemania a un francmasón.

tica odiosa. ¡Ay de ella! ¡Ay de vosotros, seductores de los pueblos, que empleáis la energía que Dios os concedió para servir a la sociedad, en provecho de la mentira! Hijos de La Revolución, no teméis llamar mal al bien, y bien al mal; sobre vosotros cae aquel terrible anatema: ¡*Vae qui dicitis malum bonum et bonum malum!*[10] *¡Vae genti insurgenti super genus meum!*[11]

Pero ¿es cierto que La Revolución sea tan perversa? ¿Es cierto que conspira de este modo contra Dios y contra los hombres? Escuchad sus propias confesiones, escuchad sus proyectos dignos del infierno.



A impulso de las sociedades secretas, el periodismo revolucionario hace guerra con todas sus plumas a la Iglesia, y hará perder la fe en Europa, si Dios, en su misericordia, no se apresura a desbaratar esta conspiración vasta e infernal.

Monseñor de Segur, *La Revolución.*



10 ¡Ay de aquellos que llaman bien al mal y mal al bien! Is 5, 20.
11 ¡Ay de las naciones que se alzan contra mi raza! Jdt 16, 17.

VIII

Si es una quimera la conspiración anticristiana de La Revolución.

La Revolución, preparada por el paganismo del Renacimiento, por el protestantismo y el volterianismo, nació en Francia como hemos dicho, a últimos del siglo pasado. Las sociedades secretas, ya poderosas entonces, presidieron a su nacimiento. Mirabeau y casi todos los hombres del 89; Danton y Robespierre, y con ellos los demás malvados del 93, pertenecían a estas sociedades. Hace cuarenta años que el centro revolucionario ha cambiado de asiento. Ahora se ha trasladado a Italia, y desde allí es desde donde la *Venta Suprema o* Consejo Superior dirige con prudencia serpentina el gran movimiento, la gran rebelión en la Europa entera. Sus tiros van a Europa, por ser esta hoy quien dirige el mundo.

La Providencia ha permitido que en estos últimos tiempos cayesen en manos de la policía romana algunos documentos auténticos de la conspiración revolucionaria. Estos se publicaron, y daremos algunos estrados de ellos. *Habemus confitentem reum.* La Revolución nos dirá, ella misma, por medio de sus jefes reconocidos:

1º Que tiene un plan de ataque general y organizado.

2º Que, para reinar, quiere corromper, y corromper sistemáticamente.

3° Que aplica principalmente esta corrupción a la juventud y al clero.

4º Que sus armas reconocidas son la calumnia y la mentira.

5º Que la francmasonería es un noviciado preparatorio.

6º Que busca a los mismos príncipes para afiliárselos, al mismo tiempo que los quiere destruir.

7º **en fin, que el protestantismo le es un precioso auxiliar[12].** Inútil creo añadir que los documentos que voy a citar son del todo auténticos. Los originales se encuentran en Roma, y el que quiera, puede recurrir a ellos.

El plan general. **Este plan es universal; La Revolución quiere minar en la Europa entera toda jerarquía religiosa y política:** «Nosotros formamos una asociación de hermanos en todos los puntos de la tierra, tenemos deseos e intereses comunes; nosotros vamos a libertar la humanidad, y queremos romper toda clase de yugo. Para nosotros mismos, veteranos de las asociaciones secretas, es un enigma la asociación[13].» «El éxito de nuestra empresa depende del más profundo misterio, y en las *Ventas* debemos encontrar al iniciado, como el cristiano de la *Imitación,* siempre pronto a permanecer desconocido y a no ser contado para nada.» «Para dar a nuestro plan toda la extensión que conviene, debemos obrar en silencio, a la sordina, ganar terreno poco a poco, y nunca perder[14].»

No es una conspiración ordinaria, una revolución como otras tantas, no; es La Revolución, es decir, la desorganización fundamental, que solamente puede llevarse a cabo por grados, y después de largos y constantes esfuerzos. «El trabajo que vamos a emprender no es obra de un día, ni de un mes, ni de un año. Puedo durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestras filas, muere el soldado, y la lucha sigue[15].»

La Italia por Roma, Roma por el Papado: ahí está el punto de mira de la conspiración sacrílega. «Desde que estamos organizados como cuerpo activo, y desde que empieza a reinar el orden en el seno de las *Ventas* más alejadas, así como de las más próximas al centro, un pensamiento ha preocupado siempre a los hombres que aspiran a la regeneración

12 [Las sectas de origen protestante como una plaga están destruyendo la fe católica bajo nuestros ojos. Y los católicos engañados por el ecumenismo ingenuo e irresponsable los llaman hermanos separados mientras ellos están sembrando un odio total contra la fe católica.]

13 Carta del corresponsal de Londres.

14 El corresponsal de Ancón a la Venta Suprema.

15 Instrucción secreta y general de la Venta Suprema.

universal, y este ha sido: la libertad de Italia, de la que debe resultar un día *la libertad del mundo entero.* ***Nuestro objeto final es el de Voltaire y el de la Revolución francesa: el aniquilamiento completo del catolicismo y aun de la idea cristiana,*** que habiendo quedado en pie sobre las ruinas de Roma, vendría a perpetuar el catolicismo más tarde[16].» «A esta victoria solo se llega de combate en combate. Tened, pues, siempre los ojos abiertos y fijos sobre lo que pasa en Roma. **Emplead todos los medios para hacer impopular la gente de sotana;** haced en el centro del catolicismo lo que nosotros todos, individualmente o en cuerpo, hacemos en los flancos de tal ejército. **Agitad con motivo o sin motivo; pero agitad.** Esta palabra encierra todos los elementos de éxito. La conspiración mejor tramada será aquella que más se remueva y que comprometa más gente. Tened mártires, tened víctimas; siempre encontraremos gente que sepa dar a esto los colores necesarios[17].» **«No conspiremos más que contra Roma.** Para esto, aprovechemos todas las circunstancias, sirvámonos de todas las eventualidades. Desconfiemos principalmente de las exageraciones de celo. **Un odio frío, bien calculado, bien profundo, vale más que todos los fuegos de artificio, que todas las declamaciones de la tribuna. En París no quieren comprender esto; pero en Londres he visto hombres que comprenden mejor nuestro plan y que se asocian a él con más fruto[18].»**

He aquí ahora el secreto revolucionario sobre los acontecimientos modernos.

«La unidad política de Italia es una quimera, pero aun así, aun sin ser realidad, produce cierto efecto sobre las masas y sobre la juventud ardiente. Ya sabemos a qué atenernos sobre este principio. Es y quedará siempre vacío; sin embargo, es un medio de agitación. No debemos, pues, privarnos de él. Agitad poco a poco, **tened al comercio paralizado; sobre todo, nunca os manifestéis. No hay medio más efi-**

[16] Instrucción secreta.

[17] Instrucción de la Venta Suprema.

[18] Carta de un jefe a los agentes superiores de la Venta piamontesa.

caz para sembrar las sospechas contra el gobierno pontificio[19].» «En Roma los progresos de la causa son sensibles; hay indicios que no pueden engañar a ojos ejercitados, y se siente de lejos, de muy lejos, el movimiento que comienza. Por fortuna, no tenemos la petulancia de los franceses. Queremos que madure el fruto antes de explotarlo, y este es el único medio de obrar con acierto y seguridad. Vosotros me habéis hablado algunas veces sobre venir a ayudarnos cuando la caja común quedase exhausta. Sabéis por experiencia que el dinero es en todas partes, y principalmente aquí, el nervio de la guerra. Poned a nuestra disposición muchos, muchos thalers. Es la mejor *artillería para batir en brecha el asiento de Pedro*[20].» «En Londres se me han hecho ofertas de consideración. Dentro de poco tendremos en Malta una imprenta a nuestra disposición. Podremos, pues, con impunidad, de un modo seguro y bajo la protección del pabellón inglés, esparcir de una parte a otra de Italia los folletos, libros, etc., que la *Venta Suprema* juzgue conveniente poner en circulación. Nuestras imprentas de Suiza están en buen camino, y producen libros *tales como deseamos*[21].»

Al cabo de veinticinco o treinta años, la conspiración reconoce sus progresos. Cuenta con Francia para obrar, reservando siempre a Italia la dirección suprema. Desconfía de los otros pueblos: los franceses, son *demasiado fanfarrones;* los ingleses, *demasiado tristes;* los alemanes, *demasiado nebulosos.* A sus ojos, solamente el italiano reúne las cualidades de rencor, cálculo, malicia, discreción, paciencia, sangre fría y crueldad, que son necesarias para triunfar.

«En el espacio de algunos años, hemos adelantado considerablemente los negocios. Por todas partes, en el Norte y en el Mediodía, reina la desorganización social. **Todo se ha puesto al nivel bajo el cual queremos rebajar al género humano. Nos ha sido muy fácil el pervertir. En Suiza como en Austria, en Rusia como en Italia, nuestros si-**

[19] Carta del corresponsal de Ancona.
[20] Nubius al corresponsal de Alemania.
[21] Carta de la Venta piamontesa.

carios solo aguardan una señal para destrozar el molde antiguo. La Suiza quiere dar esta señal; pero estos suizos radicales no tienen fuerza suficiente para conducir las sociedades secretas al asalto de la Europa. Preciso es que Francia ponga su sello a esta orgía universal. Estad bien persuadidos que París no faltará a su misión[22].»

«Por toda Europa he encontrado los espíritus muy inclinados a la exaltación. Todo el mundo confiesa que el mundo antiguo cruje, y que los Reyes ya acabaron. He recogido abundante cosecha; ya no dudo de la caída de los tronos, después que he estudiado el trabajo de nuestras sociedades en Francia, Suiza, Alemania, y hasta en Rusia. El asalto que se dará a los príncipes de la tierra dentro de algunos años, los sepultará a todos bajo las ruinas de sus ejércitos impotentes y de sus monarquías caducas. Pero no es esta la victoria para cuyo éxito hemos hecho tantos sacrificios. Lo que ambicionamos no es una revolución en uno u otro punto; esto se obtiene siempre que se quiere. **Para matar con toda seguridad al mundo viejo, hemos creído preciso *ahogar el germen católico y cristiano*[23].»**

«El sueño de las sociedades secretas se realizará, por la más sencilla de las razones: porque está fundado *sobre las pasiones del hombre*[24]. No nos desanimemos, pues, por un revés, por una derrota; preparemos nuestras armas en el silencio de las *Ventas;* levantemos nuestras baterías; halaguemos todas las pasiones, *las más perversas como las más generosas*, y todo nos lleva a creer que nuestro plan tendrá un éxito mucho más feliz de lo que podamos esperar con nuestros cálculos más exagerados[25].»

TAL ES EL PLAN: PASEMOS A LOS MEDIOS.

LA CORRUPCIÓN. Escuchemos cosas aún más horrorosas.

«Estamos demasiado en progreso para contentarnos con el asesinato. ¿De qué sirve un hombre asesinado? No indi-

---

[22] El corresponsal de Viena a Nubius.
[23] El corresponsal de Liorna a Nubius.
[24] [En el siglo XXI esto se llama homosexualismo, género, pornografía, unión libre, divorcio].
[25] Instrucción de la Venta Suprema.

vidualicemos el crimen, con el fin de *darle proporciones de patriotismo y de odio contra la Iglesia*; debemos generalizarlo. El catolicismo no teme a un puñal bien afilado, ni las monarquías tampoco; pero estas dos bases del orden social pueden derrumbarse por la corrupción; así, no nos cansemos jamás de corromper. Está decidido en nuestros consejos que no ha de haber más cristianos. ***Popularicemos el vicio en las masas. Estas deben respirarlo por todos los cinco sentidos: que lo beban, que se harten de él. Formad corazones viciosos, y no tendréis más católicos***[26]*»* ¡Qué elogio para la Iglesia! «Conservemos los cuerpos, pero matemos el espíritu. Lo que importa es destruir la moral, y para esto es preciso disecar el corazón. Creo de mi deber proponer este medio por principio de humanidad política[27].»

El jefe de la *Venta Suprema* añade, con motivo de la muerte públicamente impenitente de dos de sus afiliados, ejecutados en Roma: «Su muerte de réprobos ha producido un efecto mágico en las masas. Es la primera proclamación de las sociedades secretas, y una toma de posesión de las almas. Morir en la plaza del Pueblo, en Roma, en la ciudad madre del catolicismo, morir francmasón e impenitente, *es cosa admirable.»* Otro de estos demonios encarnados dice: «Infiltrad el veneno en los corazones escogidos; infiltradlo a dosis pequeñas y como por casualidad, y os admiraréis vosotros mismos de vuestro buen éxito. Lo esencial es *aislar al hombre de su familia,* hacerle perder los usos y costumbres que en ella hay. Por la inclinación de su carácter está bastante dispuesto a huir de los cuidados de su casa, y correr tras placeres fáciles y prohibidos.

«Le gustan las largas conversaciones del café; la ociosidad de los teatros. *Arrastradlo,* atraedle allí sin que se aperciba; dadle alguna importancia, sea la que fuere; enseñadle discretamente a fastidiarse de sus trabajos cotidianos. Con estas mañas, después de haberlo separado de su mujer y de sus hijos, después de haberle enseñado cuan penosos son los deberes, haréis nacer en él el deseo de otra existencia.

[26] Teoría de la Venta Suprema. Vindice a Nubius.
[27] El Jefe de la Venta Suprema a Vindice.

El hombre ha nacido rebelde. *Atizad este deseo de rebelión hasta el incendio; pero que el incendio no estalle.* Esto será una buena preparación para la gran obra que debéis principiar[28].» «Para esta gran obra, nos dice el abogado lógico de la causa revolucionaria, para esta gran obra se necesita una conciencia ancha que no se arredre cuando llegue la ocasión, ni de una alianza adúltera, ni de la fe pública violada, ni de las leyes de la humanidad pisoteadas[29].»

La *Venta Suprema* resume en estas palabras esta infernal conjuración: «Lo que hemos emprendido es la corrupción ***en gran escala; la corrupción del pueblo por medio del clero, y la del clero por medio de nosotros. La corrupción que nos permitirá un día llevar la Iglesia al sepulcro.*** Nos dicen que para echar abajo el catolicismo sería preciso antes suprimir a la mujer. Sea así; pero no pudiendo suprimirla, corrompámosla por la Iglesia. ***Corruptio optimi pessima.***[30] El fin es bastante hermoso para tentar a hombres como nosotros. El mejor puñal para herir a la Iglesia, es la corrupción. ¡Adelante, pues, hasta el fin!»

La corrupción de la juventud y del clero. **Los corazones escogidos que la Revolución busca con preferencia, son los jóvenes y los sacerdotes; aún se atreve a esperar y aspira a *formar* a un Papa**.

«A la juventud debemos dirigirnos; debemos seducirla, debemos alistarla, sin que se aperciba, bajo nuestras banderas. Que nadie penetre vuestros designios; no os ocupéis de la vejez ni de la edad madura; id a la juventud, y, si es posible, a la infancia. Nunca tengáis para ella una palabra impía o licenciosa: guardaos bien de esto, por el interés mismo de la causa. Conservad todas las apariencias del hombre grave y moral. **Una vez hecha vuestra reputación en los colegios, gimnasios, universidades y Seminarios; cuando hayáis obtenido la confianza de profesores y estudiantes, acercaos principalmente a aquellos que se afilien en la**

[28] Correspondencia de la Venta Suprema.
[29] Proudhon.
[30] [La corrupción de los mejores es la peor.].

milicia clerical. Excitad, exaltad estas naturalezas tan llenas de ardor y de orgullo patriótico. **Ofrecedles al principio, pero siempre en secreto, libros inofensivos, y así llevaréis poco a poco vuestros discípulos *al grado de madurez que queréis obtener.*** Cuando este trabajo de todos los días haya esparcido nuestras ideas como la luz por todas partes, entonces podréis apreciar la sabiduría de esta dirección. **Formaos una reputación de buen católico y de patriota puro; esta reputación facilitará la propagación de nuestras doctrinas entre el clero joven y en el fondo de los conventos.** En algunos años, este clero joven llegará a ocupar todos los puestos por la fuerza de los acontecimientos. Él gobernara, administrará, juzgará, formará el Consejo del soberano, y será llamado a elegir el Pontífice que habrá de reinar; y este Pontífice, **como la mayor parte de sus contemporáneos, estará necesariamente más o menos imbuido en los principios *italianos y humanitarios* que vamos a poner en circulación.** Para alcanzar este fin, despleguemos al viento todas nuestras velas[31].» «Debemos hacer la *educación* inmoral de la Iglesia, y llegar por pequeños medios, bien graduados, aunque bastante mal definidos, **al triunfo de la idea revolucionaria por un *Papa.*** Este proyecto me ha parecido siempre de una habilidad más que humana[32].»

En efecto, es sobrehumano, porque viene en línea recta de Satanás. **El personaje que se oculta bajo el nombre de Nubius describe luego este Papa revolucionario,** que él se atreve a esperar: un Papa crédulo y débil, sin, penetración, hombre de bien y respetado, e imbuido de los principios democráticos. «Un Papa de estas condiciones, dice, necesitaríamos; y, si esto fuera posible, marcharíamos *al asalto de la Iglesia más* seguros que con los folletos de nuestros hermanos de Francia o el oro de Inglaterra. Para quebrantar la roca sobre la cual ha construido Dios su Iglesia, tendríamos el dedo pequeño del sucesor de Pedro metido en la trama, y este dedo pequeño valdría para esta cruzada tanto como los Urbanos II y San Bernardos de la cristiandad.[33]»

[31] Instrucción secreta.
[32] Nubius a Volpe.
[33] Instrucción secreta.

«¿Queréis revolucionar la Italia? añaden en un escrito estos emisarios del infierno: buscad el Papa cuyo retrato acabamos de dar. Marche el clero siempre bajo nuestra bandera, **creyendo marchar bajo la de las llaves apostólicas.** ¿Queréis hacer desaparecer hasta el último vestigio de tiranos y opresores? Tended vuestras redes, tendedlas en el *fondo de las sacristías, Seminarios y conventos;* y si no os precipitáis, os prometemos una pesca milagrosa; pescaréis una Revolución revestida de tiara y capa, que marchará con cruz y bandera; una Revolución que solo necesitará ser aguijoneada muy poco para hacer arder las cuatro partes del mundo[34].»

¡Cómo sienten ellos mismos que todo se apoya en el Papa! Lo que consuela es verlos confesar con disgusto que no han podido hincar el diente ni en el Sagrado Colegio ni en la Compañía de Jesús. «Los Cardenales han escapado todos de nuestras redes: de nada han servido contra ellos las adulaciones mejor combinadas; ni un solo miembro del Sagrado Colegio ha caído en el lazo. Con los Jesuitas se han malogrado también nuestros planes. Desde que conspiramos, ha sido imposible poner la mano sobre un Ignaciano, y convendría saber la causa de esta obstinación tan unánime: ¿por qué no hemos podido nunca encontrar en ninguno de ellos las aberturas de su coraza?» Se añade piadosamente: «No tenemos Jesuitas con nosotros, pero siempre podemos decir y hacer decir que los hay, y producirá el mismo efecto[35].»

La mentira y la calumnia. Satanás es el padre de la mentira; *pater mendacii*[36]. La primera revolución se hizo por una mentira: *Eritis sicut dii.*[37] Como hijas de aquella, todas las demás se forjan por el mismo proceder; cuanto más graves son, más mienten. Y es cosa cierta que en el día las mentiras, las hipocresías, los sofismas tejidos contra la Iglesia con un arte infernal, circulan entre nosotros en mayor número que los átomos en el aire. ¿De dónde vienen? Escuchad a La Revolución.

---

34 [Instrucción secreta].
35 El corresponsal de Roma, Beppo a Nubius.
36 San Juan 8, 44.
37 …seréis como dioses. Génesis 3, 5.

«Los sacerdotes son gentes de buena fe: mostradlos como pérfidos y desconfiados. Las masas han tenido en todo tiempo una gran propensión a creer todos los errores y necedades. Engañadlas; les gusta ser engañadas[38].» «Poco nos queda que hacer con los Cardenales viejos y los Prelados cuyo carácter es decidido. De nuestros depósitos de popularidad o impopularidad, debemos sacar las armas que han de hacer su poder inútil o ridículo. Una palabra *que se inventa con habilidad,* y que con maña se sabe esparcir entre ciertas familias honradas y escogidas, para que de ahí baje a los cafés, y de los cafés a las calles; **un mote de esta especie puede algunas veces matar a un hombre.** Si donde estuvieseis os encontráis con uno de aquellos Prelados que ejerza alguna función pública, tratad de conocer en seguida su carácter, sus antecedentes, sus cualidades, **y, sobre todo, sus defectos.** Rodeadlo de todos los lazos que podáis tenderle, creadle una de aquellas reputaciones que espantan a los niños y a las viejas; pintadlo cruel y sanguinario; referid algunos rasgos de tiranía que fácilmente queden grabados en la memoria del pueblo. Cuando los periódicos extranjeros recojan, por medio de nosotros, estas relaciones, que ellos embellecerán a su vez inevitablemente *por respeto a la verdad,* enseñad, o mejor dicho, haced ver por medio de algún *imbécil respetable* (aviso a los pregoneros de escándalos religiosos) haced ver estos periódicos en que se refieren *los nombres y los excesos tramados* de estos personajes. Del mismo modo que Francia e Inglaterra, la Italia no dejará de tener plumas bien cortadas para las mentiras útiles a la buena causa (aviso a los periodistas). Con un periódico en la mano, el pueblo no necesita otras pruebas. Se encuentra en la infancia del liberalismo, y cree en los liberales[39].»

El viejo Voltaire ha sido dejado ya atrás en este punto por la francmasonería. La traición siempre viene de la propia casa. La francmasonería hace cuánto puede para hacernos creer que es la sociedad filantrópica más inocente, más sencilla de cuantas existen. Pues ahí tenéis La Revolución que nos revela su verdadero carácter, aunque al hacerlo obre

[38] El corresponsal de Ancona a la Venta Suprema.
[39] Instrucción secreta de la Venta Suprema.

con poca prudencia. «Cuando hayáis imbuido en algunas almas la aversión a la familia y a la Religión (y lo uno sigue siempre de muy cerca a lo otro) dejad caer algunas palabras que hagan nacer el deseo de ser afiliado a la logia masónica más cercana. Esta vanidad del ciudadano y del menestral en afiliarse a la francmasonería, tiene algo de tan común, y es tan universal, que me hace quedar admirado de la estupidez humana. El verse miembro de una logia, el sentirse llamado a guardar un secreto (que nunca se le confía) lejos de su mujer e hijos, es una delicia y una ambición para ciertos hombres. Las logias son *un lugar de depósito,* una especie de *vivero, un centro que es preciso atravesar antes de llegar a nosotros.*

«La falsa filantropía de estas logias es pastoral y gastronómica; pero esto mismo tiene un fin, a que es preciso impulsar sin descanso. Es muy fácil hacerse dueño de la voluntad, de la inteligencia y aun de la libertad de un hombre, a quien se le enseña, vaso en mano, a ser valiente, y el manejo de las armas. Se dispone de él, se le revuelve, se le estudia, se adivinan sus inclinaciones y sus tendencias; cuando llega a la madurez que necesitamos, se le dirige hacia las sociedades secretas, de las que ***la francmasonería solo es la antesala,*** **y aun** ***bastante mal alumbrada. Sobre las logias contamos para engrosar nuestras filas. Ellas forman, sin saberlo, nuestro noviciado preparatorio.*** Hablan sin cesar sobre los peligros del fanatismo, sobre la dicha de la igualdad social, y sobre los grandes principios de la libertad religiosa. **Lanzan, entre dos orgías, tremendos anatemas contra la intolerancia y la persecución.** Es más de lo que necesitamos para formarnos adeptos. Un hombre lleno de estas bellas ideas, no está lejos de nosotros; ya solo falta indicarle un puesto en nuestro regimiento. En esto estriba la ley del progreso social; *no os canséis en buscarlo en otra parte.*

«Pero no os quitéis nunca la máscara; **dad vueltas alrededor del rebaño católico**, y, como buenos lobos, coged al paso el primer cordero que se os presente de las condiciones que convengan[40].»

[40] Correspondencia de la Venta piamontesa.

Las mismas logias masónicas se encargan de afirmar estas apreciaciones, y nos hacen tocar con el dedo la perversidad de esta poderosa institución que se dice tan inofensiva.

«Si la masonería, decía muy recientemente uno de sus principales *venerables;* si la masonería debiera encerrarse en el estrecho círculo que se le quiere trazar, ¿de qué serviría *la organización vasta* y el *inmenso desarrollo* que se le ha dado?... La hora del peligro ha llegado; es inmenso; preciso es obrar... Por todas partes se organiza el *enemigo...* La hidra monacal (la jerarquía católica) tantas veces aplastada, nos amenaza de nuevo con sus hediondas cabezas. En vano *nos lisonjeamos de haber vencido la Infame* con el siglo XVIII; la *Infame* renace más vigorosa, más intolerante, más rapaz y hambrienta que nunca. **Es preciso levantar *altar* contra *altar,* enseñanza contra enseñanza.»**[41]

En fin, los caballeros masónicos prestan el juramento de «reconocer y mirar siempre con horror a los Reyes *y a los fanáticos religiosos,* como a los azotes de los desgraciados y del mundo.»

Todo esto está sacado de discursos oficiales, pronunciados en estos últimos años por los grandes *maestres* y *venerables* en reuniones numerosas, «en las que se tranquilizaron las conciencias, y se dijo muy alto lo que se *pensaba* interiormente.»

¿Comprendéis ahora por qué la Santa Sede ha condenado la francmasonería, y por qué está prohibido el afiliarse a ella, bajo pena de excomunión[42]?

Explotación de los príncipes. La Revolución trata de atraérselos para poder minar más eficazmente con su ayuda la Monarquía y la Iglesia. La misma Venta Suprema tiene la bondad de decírselo a ellos y a nosotros: «El plebeyo tiene cosas buenas, pero el príncipe tiene aún más. La Venta Su-

---

41 [Las sectas protestantes cumplen perfectamente con este plan. Destruir la fe verdadera inventando cultos humanos e ilegítimos].

42 [Buscar: Papa Leon XIII. Encíclica Humanum Genus sobre los masones, a los cuales tacha de enemigo capital].

prema desea que bajo cualquier pretexto se introduzca en las logias masónicas el mayor número de príncipes y ricos que se pueda. **Los príncipes de casas reinantes que no tienen legítimas esperanzas de ser Reyes *por la gracia de Dios*, quieren serlo *por la gracia de una revolución.*** De éstos hay muchos, tanto en Italia como en otras partes, que desean ser admitidos a los modestos honores de mandil y paleta simbólica. Otros están desheredados y proscritos. Adulad a esos ambiciosos de popularidad, ganadlos para la francmasonería. La Venta Suprema verá más adelante el uso que puede hacer de ellos en beneficio del progreso. Un príncipe que no espera reinar, es una gran conquista para nosotros, y de éstos hay muchos. Hacedlos francmasones, y servirán de reclamo a los necios, a los intrigantes, a los ciudadanos y a los necesitados. Estos pobres príncipes harán nuestro negocio, creyendo trabajar para el suyo propio. Es un aliciente magnífico, y siempre se encuentran necios dispuestos a comprometerse por servir a una conspiración, cuyo sostén parece ser un príncipe cualquiera.[43]»

El protestantismo. Otro poderoso auxiliar, cuyo concurso fraternal es alabado por los jefes de la Revolución. En efecto; ¿qué es el protestantismo sino el principio práctico de la rebeldía contra la autoridad de la Iglesia y de Jesucristo? En nombre de un falso principio religioso, bate en brecha en el mundo entero al único verdadero principio religioso, al único verdadero cristianismo, a la única verdadera Iglesia, y desarrolla el orgullo y la desobediencia, el desorden, la anarquía. ¿Qué más necesita La Revolución, la gran rebelión universal, para amar y proteger la propaganda protestante?

«El mejor medio de descristianizar la Europa, escribía **Eugène Sue, es el de PROTESTANTIZARLA.**»

«Las sectas protestantes, añade Edgard Quinet, son las mil puertas abiertas para salir del cristianismo.»

Después de haber indicado la necesidad de acabar con toda religión, se expresa Quinet así: «Para llegar a este fin,

[43] Carta a la Venta piamontesa.

he aquí los dos caminos que tenéis abiertos delante de vosotros. Podéis atacar, al mismo tiempo que al catolicismo, a todas las religiones del mundo, y principalmente las sectas cristianas; en este caso, tendréis contra vosotros al universo entero. **Al contrario: si os armáis con todo lo que es opuesto al catolicismo, principalmente con todas las sectas cristianas que le hacen la guerra, añadiendo a ello la fuerza impulsiva de la Revolución francesa,** ***pondréis al catolicismo en el peligro más grave que haya corrido jamás.*** **Por esto me dirijo a todas las creencias, a todas las religiones que han peleado contra Roma;** ***todas ellas están en nuestras filas, quieran o no quieran,*** **puesto que en el fondo su existencia es tan inconciliable como la nuestra con la dominación de Roma.**

«No son únicamente Rousseau, Voltaire, Kant, los que están con nosotros contra la *opresión* eterna, sino que también lo están Lutero, Zuinglio, Calvino y toda *la legión de espíritus* que combate contra las ideas de su tiempo, con sus pueblos, contra *el mismo enemigo* que ahora nos está cerrando el camino. ¿Qué cosa puede haber más lógica en el mundo que el reunir en una sola haz, y para una misma lucha, las revoluciones que han aparecido en el mundo hace tres siglos, para consumar la victoria sobre la Religión de la Edad Media?

«Si el siglo XVI arrancó la mitad de Europa a las cadenas del Papado, ¿es acaso demasiado exigir del siglo XIX que *acabe* la obra medio consumada?» Destruir el cristianismo, *esta superstición caduca y perniciosa*: tal es el fin reconocido de la liga infernal en que están envueltos los protestantes, quieran o no quieran, y por la sola razón de que son protestantes. **Destruir el cristianismo por medio del protestantismo: he aquí la táctica que adopta La Revolución con plena esperanza de buen éxito.**

¿Qué decís de esto, lectores míos? ¿Es la Revolución una cosa grande y noble? ¿Merece nuestras simpatías? ¿Puede conciliarse su obra con la fe del cristiano? ¿Es acaso calumniarla, si la anatematizamos como detestable y satánica?

Tertuliano dijo en otro tiempo del cristianismo: «Lo único que temo es no ser conocido.» La Revolución dice lo contrario: «**Lo que más temo es la luz.**» Ésta le arrebata, no diré todo lo que hay de religioso, sino aun lo que hay de honrado entre los hombres.



IX

Cómo La Revolución, para hacerse aceptar, se esconde bajo los nombres más sagrados

Si La Revolución se mostrase tal cual es, espantaría a todas las gentes honradas; por esto se oculta bajo nombres respetables, como el lobo bajo la piel de oveja.

Aprovechando el respeto religioso que la Iglesia imprime hace diez y ocho siglos a las ideas de libertad, de progreso, de ley, de autoridad y civilización, La Revolución se adorna con todos estos nombres venerados, y seduce de este modo una multitud de espíritus sinceros. Si se le escucha, no parece sino la felicidad de los pueblos, la destrucción de los abusos, la abolición de la miseria; promete a todos el bienestar, la prosperidad, y no sé qué edad de oro, desconocida hasta hoy.

No creáis en sus palabras. Su padre, la antigua serpiente del paraíso terrenal, ya decía lo mismo a la pobre Eva: «No temas; escúchame, y seréis como dioses.» Ya sabéis en qué especie de dioses nos hemos trasformado. **Los pueblos que escuchan a La Revolución, se ven pronto castigados por aquello mismo por que pecan; si las ciudades se embellecen, si los ferrocarriles se multiplican (lo que no es, digámoslo bien alto, la obra de La Revolución, sino el simple resultado de un progreso natural) la miseria pública aumenta por todas partes, la alegría se va, todo se materializa, los impuestos se aumentan de un modo enorme,**

todas las libertades desaparecen; en nombre de la libertad, se va retrocediendo poco a poco hacia la esclavitud brutal de los paganos; en nombre de la civilización, se va perdiendo todo el fruto de las conquistas del cristianismo sobre la barbarie; en nombre de la ley, una autoridad sin freno y que nadie contiene nos impone todos sus caprichos: ahí tenéis el progreso[44].

Por otra parte, ¿cómo podría salir el bien del mal? Y ¿cómo sería capaz de edificar cosa alguna el principio de destrucción?

«Nuestro principio, ha dicho un revolucionario atrevido, es la negación de todo dogma; la incógnita que buscamos, la nada. Negar, negar siempre; allí está nuestro método, que nos ha conducido a poner como principios: en religión, el ateísmo; en política, la anarquía; en economía política, la no propiedad[45].»

¡Desconfiemos, pues, de La Revolución; desconfiemos de Satanás, ocúltese bajo el nombre que quiera! ¡Pobres ovejas! ¿Cuándo escucharéis la voz del buen pastor que os quiere defender de los dientes del lobo, y que quiere arrancar a la bestia malvada el vellón suave bajo cuya mentida cubierta penetra hasta lo más interior del aprisco?

Si la sociedad quiere no perecer, habrá de volver, tarde o temprano, al principio católico, al único verdadero principio de la soberanía.

[44] [Hoy en día tratan en todos los países cristianos de imponer la inmoralidad llamada Género y educación sexual].

[45] Proudhon.

X
La prensa y La Revolución.

La prensa, en sí misma, ni es buena, ni mala. Es una poderosa invención, que tanto puede servir para el bien como para el mal: todo depende del uso que se hace de ella.

Preciso es, sin embargo, confesar que a consecuencia del pecado original, la prensa ha servido mucho más para el mal que para el bien, y que se abusa de ella en proporciones formidables.

En nuestro siglo, la prensa es la gran palanca de La Revolución. Para no hablar más que del periodismo, que es el estado de la prensa más activo y más influyente, nadie podrá negar que los periódicos son el peligro mayor para los tronos y los altares. **Sin salir de Francia, sobre quinientos cincuenta periódicos, puede que no haya treinta que sean verdaderamente cristianos**. Por ochenta o cien mil lectores de papeles públicos que respeten la fe, la Iglesia, el poder, los principios, hay cinco o seis millones de hombres que beben sin cesar el veneno destructor que les ofrecen en abundancia los periódicos impíos.

Perdóneseme esta comparación: la prensa es en manos de La Revolución un gran aparato para formar los hombres a su gusto. Cuando se quiere enseñar a un canario un canto cualquiera, se les repite este canto diez y veinte veces al día con un organillo *ad hoc.* Los jefes del partido revolucionario, para formar lo que dicen *la opinión pública,* para introducir en las cabezas sus fatales ideas, recurren a la prensa; cada día dan vueltas a la llave del organillo, cada día repiten en sus periódicos el aire que quieren enseñar al público, y pronto éste lo canta, como los dichos canarios. *Ahí tenéis la opinión pública.*

Para la Iglesia, que no quiere aprender este aire, se emplea otro medio. La Revolución procura adormecerla. Pretende, como todos saben, que la Iglesia Católica ya no está a *la altura del siglo.* **Con una bondad hipócrita finge querer**

armonizarla con las ideas modernas; pero en realidad quiere matarla. Se acerca, pues, a la Iglesia y le presenta su pérfido aparato, la prensa; le dice palabras dulces y hermosas, le hace declaraciones piadosas, y procura adormecer los guardianes de la fe. La Iglesia desconfía, el Papa y los Obispos rehúsan tales lecciones. Entonces La Revolución arroja la máscara, trasforma su aparato en máquina de guerra, y ataca de frente aquella enemiga que no ha podido adoctrinar ni ahogar.

Y lo que digo del periodismo en Francia, debe decirse, quizá con más razón, de Inglaterra, Bélgica, Rusia, Alemania, Suiza, y sobre todo del Piamonte y de la pobre Italia. Cerca de mil quinientos periódicos son los que diariamente ven la luz del día en Europa; de este número, ¿cuántos hay que sean amigos verdaderos de la Iglesia?

Se comprende fácilmente que no puede ser de otro modo, si se penetra un poco en los misterios de la redacción de los periódicos. Salvo algunas excepciones honrosas, y por desgracia harto raras, los periodistas de profesión ejercen un verdadero comercio, en detrimento del público. No tienen ni convicciones religiosas ni políticas; su conciencia está en su tintero, y venden la tinta al que más la paga. Según el interés de su bolsillo, harto vacío, regularmente por mala conducta, pleitean con *noble ardor* por el pro y por el contra, riéndose de sus crédulos lectores. Halagan al espíritu de oposición para aumentar el número de sus abonados, y los periódicos más malos y más insulsos son a veces los que dan mejores resultados a sus redactores. ¡Y estos son los maestros de la sociedad! ¡En qué manos ha venido a parar la conciencia pública! **A impulso de las sociedades secretas, el periodismo revolucionario hace guerra con todas sus plumas a la Iglesia, y hará perder la fe en Europa, si Dios, en su misericordia, no se apresura a desbaratar esta conspiración vasta e infernal[46].**

[46] [Oficialmente Europa es atea y los europeos en su mayoría perdieron la fe o no la practican. Se hicieron relativistas, hedonistas y abortistas. Desaparecerán tarde o temprano].

XI
Los principios de 1789

Muchos son los que hablan de *los principios de 1789*, y casi nadie sabe en qué consisten. No es de extrañar; las palabras que las han formulado son de tal modo elásticas, de tal modo indefinidas, **que cualquiera las interpreta como mejor le parece. Las gentes honradas, cortas de vista, no encuentran en ellas cosa alguna que sea precisamente mala; los demagogos son los que encuentran en ellas lo que quieren.**

Existe en favor de estos principios una emulación particular de cariño, estando escritos en veinte banderas rivales. Todos los defienden contra todos; y, según dicen todos, todos los falsean, o los comprometen, o les hacen traición. Procuremos aquí, al resplandor indefectible de la fe católica, no de falsearlos, ni de comprometerlos, ni de hacerles traición, sino de comprenderlos bien, medir sus profundidades, y descubrir en sus pliegues más ocultos a la vieja serpiente, que es el alma verdadera de estos principios. No exageraremos, sino que procuraremos examinarlo todo.

Si contemplamos las obras de esos que se llaman con orgullo padres de la libertad, fundadores de la sociedad moderna, veremos, según la expresión de Bossuet, **«si aquellos que se nos presentan como los reformadores del género humano, han aumentado o disminuido sus males; si es preciso mirarlos como reformadores que le corrigen, o como azotes enviados por Dios para castigarle.»**

En 1789, mientras que la Asamblea constituyente destruía, por el derecho del más fuerte, la antigua constitución de la Iglesia en Francia; mientras que suprimía , en 4 de agosto, los justos tributos que le daban la vida; mientras que en 27 de setiembre despojaba las iglesias de sus vasos sagrados, en 18 de octubre anulaba las órdenes religiosas, y, en fin, en 2 de noviembre robaba las propiedades eclesiásticas, preparando así el acto herético y cismático que se llamó

Constitución civil del clero, y se promulgó al año siguiente, esa misma Asamblea constituyente formulaba en diez y siete artículos lo que se llama ***declaración de los derechos del hombre,*** y que más bien deberían haber llamado ***supresión de los derechos de Dios.*** Estos artículos encierran principios sociales, y estos principios son los que se han hecho célebres bajo el nombre de *principios del 17*89.

Algunos católicos, con el propósito muy loable de ganar para la Iglesia las simpatías de las sociedades modernas, han procurado demostrar, y no sin trabajo, que los principios de aquella célebre declaración no estaban en oposición con la fe ni con los derechos de la Iglesia. Quizá pudiera sostenerse esta tesis, si en una cuestión tal, esencialmente práctica, fuera dado el atenerse rigurosamente al valor gramatical de las palabras, abstrayendo de ellas el espíritu que las anima, que las dictó, que las aplica, y que expresa su genuino sentido. **Desgraciadamente los *principios del* 89 no son una *letra muerta*; se han manifestado por hechos, por leyes, por crímenes enormes, que no pueden dejar la menor duda sobre su verdadero carácter**. La Revolución, la Revolución anticristiana los proclama como sus principios propios, atribuyéndoles la gloria de sus pretendidas hazañas; los revolucionarios no dejan de invocarlos contra la Iglesia.

¿Cómo, pues, no horrorizan estos principios a los hombres honrados? Es porque en ellos se encuentra la verdad hábilmente confundida con la mentira, y ésta pasa ahora, como siempre, a la sombra de aquélla.

En efecto, entre *los principios del* 89 se encuentran algunos que son verdades antiguas del derecho francés, o del derecho político cristiano, pero que los abusos del cesarismo galicano habían legado al olvido, y que la pueril ignorancia de nuestros constituyentes hizo tomar por un descubrimiento admirable. Muchos otros son verdades de sentido común, que nadie se atrevería hoy día a formular seriamente; pero todas estas verdades están dominadas por un principio, que da el verdadero carácter a esta declaración, y **es el principio revolucionario de la *independencia absoluta de la socie-***

dad: **principio que rechaza para en adelante toda dirección cristiana, que quiere que el hombre no dependa más que de sí mismo, ni tenga más leyes que su voluntad, sin ocuparse de lo que Dios manda y enseña por medio de su Iglesia.** La voluntad del pueblo soberano sustituyendo a la del Dios soberano; la ley humana, pisoteando la verdad revelada; ¡el derecho puramente natura!, haciendo abstracción del derecho católico; en una palabra, **el poner esos pretendidos derechos del hombre en lugar de los derechos eternos de Jesucristo, he aquí la Declaración de 1789.**

Hasta entonces se había reconocido a la Iglesia como el órgano de Dios respecto a las sociedades y a los individuos; y si bien es verdad que de algunos siglos acá no se le quería reconocer este derecho de dirección suprema en la práctica, jamás llegó la osadía hasta el punto de negárselo formalmente.

Así, pues, *los principios* del 89, considerados uno por uno, están muy lejos de ser enteramente revolucionarios; pero en su conjunto, y sobre todo en la idea que los domina, **constituyen una rebeldía atrevida del hombre contra Dios, y un rompimiento sacrílego entre la sociedad y nuestro Señor Jesucristo, Rey de los pueblos, Rey de los reyes.** En *los principios del* 89 solamente atacamos este elemento de rebelión anticristiana; lejos de repudiarlas, defendemos como nuestras estas grandes máximas de verdadera libertad, de verdadera igualdad y fraternidad universal, **que La Revolución trastorna y pretende haber dado al mundo.**

En conciencia, no puede un católico admitir *todos los principios del* 89. Todavía menos le es permitido entrar en el espíritu que los dictó, y que las interpreta y aplica desde su aparición en el mundo.

Pero siendo este asunto muy complejo, vamos aún a precisar más nuestras ideas acerca de él.

XII

Texto y discusión de estos principios, bajo el punto de vista religioso.

He aquí los diez y siete artículos de esta Declaración revolucionaria de los derechos del hombre: tras un preámbulo vago y hueco del estilo enfático de Rousseau, declaran los constituyentes hablar *en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo.* Ya sabemos lo que era el *Ser Supremo* de aquellos secuaces de Voltaire; y sabemos que era la negación directa y personal del Dios vivo, del único Dios verdadero, del Dios de los cristianos, Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina en el mundo por medio de su Iglesia y del Papa su Vicario. Yo aseguro que no fue en presencia de nuestro Señor, y mucho menos bajo sus auspicios, cómo elaboraron los constituyentes su famosa Declaración. Notaré con letra bastardilla los artículos peligrosos, las frases de doble sentido, los lazos que en ellas se encierran, reservándome el discutirlas lo más brevemente posible, para distinguir bien, en esta nueva cosecha, la cizaña del buen grano.

Art. 1. Los hombres nacen, y *quedan libres e iguales en derecho.* Las distinciones sociales solo pueden estar fundadas en la común utilidad.

Art. 2. *El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la seguridad y la resistencia a la opresión.*

Art. 3. *El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación; ninguna corporación, ningún individuo que no emane claramente de ella, puede ejercer autoridad.*

Art. 4. *La libertad consiste en poder hacer todo cuanto no perjudique a otros.*

Art. 5. *La ley solo tiene derecho de prohibir aquellos actos que son perjudiciales a la sociedad.* Todo lo que no está prohibido por la ley, no podrá ser impedido, y nadie podrá ser obligado a hacer aquello que la ley no manda.

Art: 6. *La ley es la expresión de la voluntad general.* Todo ciudadano tiene el derecho de cooperar, personalmente o por sus representantes, a su formación. Debe ser la misma para todos, bien sea que proteja, bien que castigue. Siendo todos los ciudadanos iguales a sus ojos, son del mismo modo admisibles para toda dignidad, puesto o empleo público, según su capacidad, y sin más distinción que sus virtudes y talentos.

Art. 7. Solo en casos determinados por la ley, y según las formas prescritas por la misma, puede ser un hombre acusado, preso o encarcelado. Deben ser castigados los que solicitan, despachan, ejecutan o hacen ejecutar órdenes arbitrarias; pero todo ciudadano llamado o detenido en virtud de la ley debe obedecer al punto: con la resistencia se hace culpable.

Art. 8. La ley solo debe establecer aquellos castigos que sean estrictamente necesarios, y nadie puede ser castigado sino en virtud de una ley establecida y promulgada antes del delito, y aplicada legalmente.

Art. 9. Debiendo todo hombre ser considerado inocente hasta que se le haya declarado culpable, si fuera necesario prenderle, debe ser reprimido severamente por la ley todo rigor que no fuere necesario para asegurarse de su persona.

Art. 10. *Nadie podrá ser molestado por sus opiniones, aun religiosas, siempre que no las manifieste de un modo que perturbe el orden público establecido por la ley.*

Art. H. *La libre comunicación del pensamiento y opinión constituye uno de los derechos más preciosos del hombre: así, pues, todo ciudadano podrá hablar y escribir e imprimir sus pensamientos con toda libertad, con tal que responda de los abusos contra esta libertad en los casos determinados por la ley.*

Art. 12. Para garantía de los derechos del hombre y del ciudadano, es necesaria una fuerza pública: se constituye, pues, esta fuerza para el provecho de todos, y no para la utilidad particular de aquellos a quienes está confiada.

Art. 13. Para sostener esta fuerza pública y para los gastos de administración, es indispensable una contribución común a todos: contribución que debe ser repartida entre todos los ciudadanos, según las facultades de cada cual.

Art. 14. Todo ciudadano tiene derecho de cerciorarse por sí, o por sus representantes, de la necesidad de esta contribución; dar libremente su consentimiento en ella, observar el modo cómo se emplea, y determinar sus condiciones, bienes sobre que ha de gravitar, y duración y modo de cobrarse.

Art. 15. La sociedad tiene derecho para pedir cuenta de su administración a cualquier empleado público.

Art. 16. Toda sociedad en la que no están garantizados los derechos ni determinada la separación de los poderes, no tiene constitución.

Art. 17. Siendo la propiedad un derecho sagrado e inviolable, nadie puede ser privado de ella, a no ser que la necesidad pública lo exija con evidencia, y esto bajo la condición de una indemnización justa, y hecha anticipadamente.

Como se ve, muchos de estos artículos son del todo inofensivos, al menos bajo el punto de vista religioso, que es el más importante y el único que me ocupa en este trabajo. En cuanto a los demás, que parecen indiferentes a la Religión y a la Iglesia, encierran una conspiración vasta, destinada a trastornar todo el orden cristiano. Es la conspiración del silencio que ahoga sin herir, y, si se me permite la expresión, que *escamotea* el cristianismo.

Estos principios hipócritas se reasumen en cinco o seis ideas principales, que son la base de lo que se llama el mundo moderno, y que vamos a analizar en pocas palabras: *Separación completa de la Iglesia y del Estado; soberanía del pueblo; absolutismo de la ley humana, libertad, igualdad.*

Tal es el resumen de estos principios, y cada uno por sí merece ser discutido con atención. Pronto podrá juzgarse la importancia práctica de estas graves cuestiones.

XIII
Separación de la Iglesia y del Estado

Los que la piden de buena fe confunden dos ideas: *distinción* y *separación.* La Iglesia es distinta del Estado, y este distinto de aquella; los dos deben *unirse,* sin *confundirse.* Tan absurdo es el querer separar la sociedad religiosa de la sociedad civil, como lo es el querer separar el alma del cuerpo. **La Iglesia es una sociedad que emana de Dios, del mismo modo que el Estado es una sociedad querida por Dios; estas dos sociedades deben entenderse entre sí para cumplir la voluntad divina, que es la felicidad temporal y eterna de los hombres.** Su prosperidad y su fuerza dependen de esta unión, como la vida y la fuerza del hombre dependen de la unión de su alma con su cuerpo. Siempre ha de haber distinción, pero en la unión; jamás separación, y mucho menos confusión.

Los hombres somos a la vez miembros de tres sociedades distintas, y pertenecemos por entero a cada una de ellas; así lo quiere la Divina Providencia. Estas tres sociedades son: la familia, el Estado, la Iglesia. Yo pertenezco enteramente a mi familia; soy al mismo tiempo ciudadano de mi patria, y al mismo tiempo soy cristiano por entero, y miembro de la Iglesia. Tengo deberes como hijo, deberes como ciudadano, deberes como católico. Estos deberes son distintos; pero están unidos entre sí, y subordinados los unos a los otros: nunca pueden destruirse mutuamente, porque todos vienen de Dios, todos son para mí la expresión cierta de la voluntad de Dios; de Dios, que me manda igualmente obedecer a mi padre, en el orden de la familia; a mi soberano, en el orden civil y temporal; al Papa y a los Pastores de la Iglesia, en la sociedad religiosa y sobrenatural.

¿En qué consiste una sociedad? En una reunión de individuos unidos entre sí por los lazos de una obediencia común a todos. Este lazo, esta obediencia a la legítima autoridad es lo que constituye la sociedad y lo que forma su unidad, a pesar del gran número de sus miembros. *La familia o* la

sociedad doméstica es la *reunión* de individuos unidos entre sí por la sumisión a la autoridad paterna. *El Estado, o* la sociedad civil, es la *reunión* de los individuos y de las familias unidos entre sí bajo la dependencia de una misma autoridad pública. *La Iglesia,* o la sociedad religiosa, es la *reunión* de los individuos, familias y Estados sometidos a una misma autoridad religiosa.

Estas tres sociedades existen por derecho divino, es decir, por la voluntad formal de Dios. Dios es quien ha constituido la familia, para crear y educar los hijos; Dios es el autor de las sociedades civiles, cuyo objeto es la prosperidad temporal de los individuos y de las familias, por el mutuo concurso de las fuerzas; Dios es quien fundó la Iglesia y le encargó su santa misión, para enseñar a los individuos, familias y Estados lo que es bueno y lo que es malo, lo que debe hacerse y lo que debe evitarse, para conocer, amar y servir a Dios sobre la tierra, y alcanzar por este medio la salvación eterna, fin supremo de toda existencia humana.

La familia depende del Estado, por cuanto es claro que el bien particular debe estar *siempre* subordinado al bien público; el Estado depende de la Iglesia, porque el bien temporal, sea público, sea particular, debe estar siempre subordinado al bien espiritual, que es la salvación eterna de las almas. El padre de familia no debe mandar cosa alguna que sea contraria a las leyes del Estado; y si falta a esta regla, sus hijos no pueden obedecerle en conciencia. Por la misma razón, el poder civil nada puede mandar que sea contrario a las leyes y enseñanza de la Iglesia. Tales actos del poder paterno o del civil serian ilegítimos, y desde luego nulos de pleno derecho; violarían el orden establecido por Dios, y para obedecer a Dios en este conflicto de autoridad, preciso es obedecer siempre a la autoridad superior. Esta es la regla práctica y segura que nos da el Apóstol San Pablo: ***Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit***[47] **(Rom. XIII).**

[47] Sométanse todos a las autoridades constituidas,..

Derivándose la elevación de los diferentes poderes de su objeto final, y siendo la salvación eterna evidentemente un fin superior a la prosperidad temporal, claro es, como la luz del día, que la Iglesia es un poder mucho más alto que el del Estado, y que este, por consiguiente, está obligado por derecho divino a sujetarse al poder de la Iglesia. Sabido es que lo que es de derecho divino es inmutable, y no puede ser destruido por poder alguno.

Pero se me dirá: «Esto sería la absorción del Estado por la Iglesia.» Lo mismo que sería la absorción de la familia por el Estado. Es el orden que resulta de la unión, y que deja subsistir a la distinción, a pesar de la subordinación.

Yo pregunto: ¿Absorbe acaso la Iglesia a la familia cuando aquella guía al padre para hacerle conocer y practicar todos sus deberes de jefe de familia? **Pues lo mismo sucede con el Estado: la Iglesia dirigiendo el poder civil y político para hacerle cumplir la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo, y procurar de este modo la salvación de las almas, no usurpa en manera alguna ningún derecho del Estado; hace su deber, como el Estado hace el suyo prescribiendo a los ciudadanos y a las familias lo que es conducente a la prosperidad común[48].**

Santo Tomás hace comprender de un modo admirable este orden y estas relaciones por una comparación muy justa e ingeniosa. «Cada Estado, dice, se parece a uno de los muchos navíos que componen una escuadra, todos los cuales, bajo el mando del navío almirante, navegan de conserva para llegar al mismo puerto. Cada navío tiene su capitán, su piloto; éste, aun cuando manda sobre el suyo, no por eso es independiente. Para quedarse en el puerto que debe ocupar, le es preciso maniobrar siempre según las señales del almirante, para dirigir su navío al término final de la navegación.»

El navío almirante es la Iglesia, guiada por el Soberano Pontífice, Vicario de Jesucristo y encargado por Éste de

48 [En nuestros días todos se quejan de la corrupción general en los estados. Si Dios no existe entonces es normal que haya corrupción y egoísmo. Sin Dios no hay moral ni justicia.]

enseñar a todas las naciones y dirigirlas por el camino de la salvación. *Docete omnes gentes.*[49] Los Soberanos temporales son los pilotos, los capitanes de cada uno de los navíos de la escuadra católica. Estos tienen obligación *en conciencia* de facilitar la salvación eterna de sus respectivos súbditos, ayudando a la Iglesia a salvar las almas, y apartando los obstáculos que pudieran estorbar su misión espiritual. El Papa es solo el Papa, quien, como Jefe de la Iglesia, les hace conocer lo que deben hacer en este punto. La Iglesia, pues, no absorbe ni al Estado ni a la familia con su dirección religiosa; muy al contrario, ella fortalece la autoridad del Soberano temporal, así como la del padre de familia, santificándolas e impidiéndoles separarse de Dios.

El poder civil, aunque dependiente bajo este punto de vista, conserva, bajo todos los demás, una independencia completa. **Una vez salvado el principio superior de la obediencia a la ley divina y a todas las demás leyes religiosas promulgadas por la Iglesia, el poder civil puede, con toda libertad, formar todas las leyes que quiera, adoptar cualesquiera regla de política, tomar cualesquiera forma de gobierno, según lo crea más conveniente al bien general de la nación; en una palabra, es único dueño en su casa.**

Otro tanto debe decirse del padre de familia, relativamente al Estado. Que haga todo lo que quiera, que eduque y dirija sus hijos a su gusto; ni el Estado ni la Iglesia tendrán nada que decirle por ello, siempre que sean respetadas por él las leyes de Religión y las de su país. Solamente a este precio hay orden, tanto en la familia, como en el Estado, como en la Iglesia.

«Pero ¿es acaso el Estado un niño que necesita la dirección de la Iglesia para conocer la ley de Dios? ¿No tiene acaso su razón y su conciencia?» Seguramente que el Estado tiene su razón y su conciencia; pero estas no le bastan, lo mismo que al padre de familia, para practicar la ley de Dios en toda su extensión. Efectivamente, esta ley no es una ley

[49] [San Mateo 28, 19: Enseñar a todas las naciones.]

puramente natural; es además, y sobre todo, revelada y positiva; y **para conocerla, precisa es la fe, así como para practicarla es precisa la gracia.** Y en este punto solamente la Iglesia está encargada de derecho divino para dar la una y la otra al mundo. A ella sola se le dijo: «Recibid el Espíritu Santo; id, enseñad a todas las naciones: el que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia; Yo mismo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

Estas palabras se aplican tan directamente a las sociedades humanas, como a cada hombre en particular. **¿Qué es, en efecto, la sociedad civil sino la extensión numérica de la familia y del individuo?** El Estado, hecha abstracción de los individuos de que se compone, no es nada, y por esta razón el deber religioso de los individuos y de las familias es el mismo que tiene el Estado, a un grado superior.

El Estado debe, pues, no solamente ser religioso en general, sino que debe ser cristiano, debe ser católico, debe recibir la enseñanza de la ley divina de los Pastores de la Iglesia, para el bien público, como para el bien particular; debe ser *enseñado.*

La razón natural y la conciencia no bastan, pues, al Soberano temporal y al padre de familia para conocer la voluntad de Dios; y con respecto a la Iglesia, la humanidad queda siempre en el estado de infancia. Por esto dijeron siempre los siglos cristianos: *Nuestra Santa Madre la Iglesia.* Y por esto también los mismos Soberanos llaman al Jefe de la Iglesia: *Nuestro Santo Padre el Papa.*

«¡Pero el Estado es un poder seglar!» Verdad es; pero ¿qué significa seglar *sin Religión?* Todo el mundo conviene en que el objeto *directo* del poder civil es la prosperidad temporal de sus súbditos; pero este deber está subordinado a otro deber mucho más grave y más elevado, y es la cooperación *indirecta a* la obra de la Iglesia, que es la salvación eterna de estos mismos súbditos. **Precisamente porque el Estado es seglar debe sujetarse a la dirección religiosa de los Pastores de la Iglesia, que son los únicos que recibieron de Dios el encargo de dirigir las conciencias.**

«Pero ¿no es el poder de la Iglesia puramente espiritual?» Sin duda que sí; y por eso la dirección que el Estado debe recibir de la Iglesia es una dirección puramente espiritual, es decir, limitada al punto de vista de la conciencia. La Iglesia dirige solamente a los Soberanos y a los pueblos, así como a las familias, **para hacerles practicar a todos la ley divina, la Religión Cristiana, la justicia; en fin, el orden moral.** Solamente bajo este punto de vista, que es todo espiritual, todo religioso, es en el que ella manda y condena.

«¿Todo es, pues, espiritual?» **No; lo espiritual sobre la tierra es todo lo que interesa a la salvación de las almas;** esta es la verdadera noción de lo espiritual, que ha sido alterada en una multitud de entendimientos.

Todas las veces que se nos ponen trabas en la obra de salvación, se perturba nuestro interés espiritual y eterno. El poder temporal nunca debe, ni directa ni indirectamente, molestar nuestro bien espiritual bajo pretexto alguno de interés político; nunca debe estorbarse el ejercicio del ministerio de la Iglesia, encargada de guardar este interés supremo.

Obrando en el orden puramente temporal, y aun puramente material, el poder temporal puede contrariar la Religión en sus prácticas las más santas, y por consiguiente en su acción toda espiritual y sobrenatural. Ejemplos: si el poder civil distrajera las iglesias del destino que tienen, bajo pretexto que son edificios materiales; si prohibiese a los sacerdotes el uso de las cosas temporales que les son necesarias para el culto divino y para la administración de los Sacramentos, el agua, aceite, pan y vino, etc.; si, bajo el pretexto de servicio del Estado, separase de los fieles los sacerdotes que dependen de él como ciudadanos; si violara la clausura de los monasterios, aunque estos sean por otra parte casas como las demás; si interrumpiera las relaciones necesarias de los Obispos, sacerdotes y fieles con el Jefe de la Religión, con el Papa, aunque bajo el punto de vista temporal el Papa no es más que un Soberano extranjero; **si promulgara leyes civiles, reglamentos políticos que estuviesen en contradicción con los derechos de la Iglesia; si introdujera**

en la educación pública, en la que él sin embargo tiene un interés inmediato, elementos anticristianos[50], ya como doctrina, ya como práctica; si permitiera a la prensa atacar la fe, las costumbres, a la Iglesia, aunque la prensa sea una industria toda material, etc., ¿no es evidente que obrando así, y sin parecer salir de lo temporal, el Estado tocaría directamente a la misma esencia de lo espiritual?

Aplicad el mismo principio al padre de familia, si, relativamente a su mujer, sus hijos, sus servidores, hiciera algo por el estilo en cuanto al ayuno, por más que esto parezca una cosa puramente de cocina; en cuanto al descanso del domingo; en una palabra, en cuanto a todo lo que puede perjudicar el bien espiritual de las almas.

Todo lo que no tiene relación con lo espiritual, la observancia de la ley divina y la santificación de los hombres, pertenece al dominio exclusivo del Estado y de las familias.

Es muy importante esta distinción de lo espiritual y de lo temporal.

«Pero en cuestiones dudosas, ¿cuál de los dos deberá decidir?» «¿Deberá ser el Estado o la Iglesia?» Evidente es que deberá ser el poder de orden más elevado. La misión divina de la Iglesia sería ilusoria si no estuviese infaliblemente asistida por Dios, para conocer con seguridad lo que constituye su objeto. En un conflicto entre la autoridad del Estado y la del padre de familia, ¿no debe acaso prevalecer la primera? ¿No prevalece siempre? ¿No es ella acaso de un orden intrínseco superior? Sin duda alguna el poder inferior debe someterse siempre, y el Estado es quien en las cosas civiles determina solo y soberanamente su competencia. Y, sin embargo, *en derecho* no es infalible. Aplicad este mismo razonamiento tan sencillo a las relaciones de la Iglesia con el Estado, y con todo lo que llevamos dicho será fácil sacar

[50] [Permitir y legalizar el aborto, el género y el homosexualismo, es legalizar cosas que contradicen la fe cristiana y bíblica, y llevan a las almas a la perdición eterna].

la consecuencia, sobre todo si se considera que la Iglesia, *en todo* lo que enseña, es infalible, de *hecho* y de *derecho*.

«Pero sabe V. que da un poder inmenso a la Iglesia.» No soy yo quien se lo doy. Es el mismo Dios, dueño de sus dones y Supremo Señor de la humanidad. Él ha organizado el mundo en esta triple sociedad que acabamos de especificar; Él lo ha dispuesto así para nuestro mayor bien; y pueblos e individuos, príncipes y súbditos, sacerdotes y seglares, debemos someternos todos al orden que su Providencia nos ha impuesto.

Los hombres que de buena fe quieren separar la Iglesia del Estado, y el Estado de la Iglesia, no saben que violan directamente el orden establecido por Dios, faltando a la enseñanza formal de la Iglesia sobre esta materia. «Esta unión, dice el Papa Gregorio XVI, ha sido siempre saludable para los intereses de la sociedad religiosa y de la sociedad civil.»

Estos hombres ignoran además que toman parte en los perversos fines de La Revolución. Aislar la Iglesia , echarla poco a poco fuera de la sociedad, debilitar su acción sobre el mundo, volverla a llevar al estado de poder invisible, como en los días de las catacumbas; constituir el poder temporal dueño absoluto de la tierra por la propiedad, de la inteligencia por la doctrina, y de la voluntad por la ley; anonadar de este modo el grande *hecho* social del cristianismo, la división jerárquica de los poderes: tal es, para cualquiera que sabe leer, la idea dominante que La Revolución trata de realizar hace más de sesenta años. Con otras palabras**: «sustituir el reinado de Dios y de Jesucristo por el reinado absoluto del hombre, este ha sido y es su perenne objeto.»**

La Iglesia no debe ni puede ser separada del Estado, ni el Estado de la Iglesia; y el Estado revolucionario, tal cual lo entendía la Asamblea del 89, y tal cual lo entienden desde entonces todos los revolucionarios, **es una creación formalmente opuesta a la voluntad de Dios, y que puede echarnos a todos fuera del camino de la salvación.**

XIV
La soberanía del pueblo o la democracia

El principio de la soberanía del pueblo, tan explotado hace un siglo por los enemigos de la Iglesia, puede, sin embargo, entenderse en un sentido católico y muy verdadero.

Notemos ante todo que *el pueblo* no es esa turba de individuos brutales y perversos que forja las revoluciones, y que, de lo alto de las barricadas, destruye los gobiernos, y cuyos jefes explotan sus más groseras pasiones. El pueblo es la nación entera, que comprende todas las clases de ciudadanos: el labrador y el artesano, el comerciante y el industrial, el gran propietario y el rico señor, el militar, el magistrado, el sacerdote, el Obispo; eso junto, es la nación con todas sus fuerzas vivas, pudiendo, constituido con una representación seria, expresar sus deseos y ejercer libremente sus derechos.

Una vez conocida esta descripción antirrevolucionaria del pueblo, diremos que la escuela católica ha enseñado siempre, aunque en un sentido enteramente opuesto, lo que los constituyentes de 1789 tomaron por un descubrimiento extraordinario. La Iglesia, por boca de Santo Tomás y de sus Doctores más famosos, enseña que Nuestro Señor Jesucristo, Padre de los pueblos y Rey de los reyes, pone en la nación entera el principio de la soberanía; que el soberano (hereditario o electivo) a quien la nación confía el cargo del gobierno, solo recibe este poder de Dios por el intermedio de la nación misma; en fin, que el Soberano, puesto que recibe el poder para el bien público, y no en favor de sí mismo, si es que llega a faltar gravemente y con evidencia a este su deber, puede ser depuesto legítimamente por aquellos mismos que le confiaron la soberanía. A fin de prevenir toda interpretación revolucionaria, me apresuro a añadir que siendo la Iglesia el único juez competente o imparcial en estos casos de conciencia tan graves, ella sola puede legitimar, por una decisión solemne, un hecho de tanta gravedad, y esto después de haberse convencido de la gravedad del crimen[51].

[51] Estos casos son muy raros. Es, por ejemplo, el caso en que, por culpa del príncipe, el pueblo se viese expuesto a perder la verdadera fe; el caso en que su habitual tiranía trastornase todo el orden público y amenazase a la nación con

El poder civil difiere del poder paterno y del eclesiástico en que estos dos últimos son inamisibles, porque son de institución divina en su forma determinada, y sin ninguna delegación dada a los inferiores, y en que, al contrario, el poder civil no ha recibido de Dios forma alguna determinada, y por esto puede pasar de una forma de gobierno a otra, es decir, de la monarquía hereditaria a la electiva, de ésta a la aristocracia, y recíprocamente. Estos cambios, cuando se efectúan con regularidad y legítimamente, en nada tocan al principio de la monarquía ni al de la soberanía.

«¿Cuándo serán estos casos regulares, y las resoluciones legítimas?»

Gran dificultad práctica, que no pueden resolver ni el soberano ni el pueblo; porque siendo ambas partes interesadas en el debate, no pueden ser jueces en su propia causa. La Iglesia, representada por la Santa Sede, es el único tribunal competente que puede decidir tan grave cuestión; solamente este tribunal está revestido de un poder superior al temporal; él solo es independiente y desinteresado, más que cualquiera otro, por su carácter religioso, y solo él ofrece garantías de moralidad, justicia, sabiduría y ciencia necesarias para función tan augusta y delicada.

Por otra parte, éste es el orden establecido por Dios, no para el interés personal de la Iglesia, sino para el interés general de las sociedades, de los Soberanos y de las naciones. El juicio en estas altas cuestiones de justicia social estriba, como en los casos particulares de conciencia, en la palabra inmutable de Jesucristo, cuando dice al Jefe de su Iglesia: **«Todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en el Cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el Cielo[52].»** Esta es la teoría verdadera y católica sobre la soberanía del pueblo y sobre los cambios de gobierno.

---

una guerra inminente, y otras cosas de este género. Se puede ver el desarrollo de esta doctrina en el magnífico opúsculo de Santo Tomás: *De regimine principum.*

[52] San Mateo 16, 18-19.

Hay un abismo entre esta doctrina y la soberanía del pueblo, tal cual la entiende La Revolución y la entendieron los constituyentes del 89. Según éstos, el pueblo saca la soberanía de sí mismo, y no la recibe de Dios; nada quiere saber de Dios, pretendiendo separarse de Él. Además, y como consecuencia de este primer error, desecha a la Iglesia, privándose de este modo del único poder moderador que Dios instituyó para protegerle contra el despotismo y la anarquía. Desde que los Reyes y los pueblos han rechazado esta dirección maternal de la Iglesia, los vemos efectivamente obligados a decidir a cañonazos sus casos de conciencia, por el sangriento derecho del más fuerte; y **las sociedades políticas, a pesar de sus pretensiones de progreso, marchan rápidamente hacia la decadencia pagana.** En vez del orden, fruto de la obediencia, ya no hay en el mundo más que despotismo o anarquía, frutos de la rebelión; la noción de la verdadera soberanía, por decirlo así, ya no existe sobre la tierra.

«Todo esto puede ser muy verdad en teoría; pero ¿y en práctica?» **No es culpa de la teoría, si ésta es difícil de practicar; la culpa está en la debilidad y la corrupción humanas.** Con este principio sucede como con todos los principios de conducta; la teoría, la regla, es clara, verdadera, perfecta. Su aplicación *perfecta* es imposible, porque la perfección no es de este mundo; pero cuanto más se acerca la práctica a la teoría, tanto más cerca se está de la verdad, del orden y del bien.

Hace ya muchísimo tiempo que los Estados temporales desdeñan la teoría, y se conducen según sus caprichos; olvidan y rechazan más y más la dirección divina de la Iglesia; y como el hijo pródigo, se alejan cada día más de la casa paterna. Por esto también el mundo, extraviado, lejos de Dios, se encuentra en revolución permanente, a pesar de los esfuerzos prodigiosos que se hacen para llegar al orden y contener el mal. **Si la sociedad quiere no perecer, habrá de volver, tarde o temprano, al principio católico, al único verdadero principio de la soberanía.** Leibnitz, hombre de genio, aunque protestante, deseaba de todas veras la vuelta de las sociedades a la alta dirección moral de la Santa Sede

y de la Iglesia: «Sería de opinión, escribía, de establecer en la misma Roma un tribunal para juzgar las diferencias y altercados entre los príncipes, y hacer al Papa su presidente.» Este tribunal existe, existe de derecho divino e inmutable, aunque se le desconozca. Lo repito: no hay salvación más que por este medio. «La Revolución no cesará, decía M. de Bonald, sino cuando los derechos de Dios hayan reemplazado a los derechos del hombre.»

Deseemos, pues, con la mayor ansia, como católicos y como ciudadanos, la conformidad de la práctica a la teoría, y hasta nueva orden apliquemos la teoría del modo menos imperfecto que podamos.

«Pero ¿no abre este sistema la puerta a mil y mil inconvenientes?» Es muy posible; pero entre dos males necesarios, debemos escoger el menor.

En caso de un conflicto entre el Soberano y la nación, ¿qué sucede en el día? ¿Por quién quedará la victoria? ¿Será acaso por el derecho, la justicia, la verdad? Sí, siempre que la fuerza bruta se encuentre de su lado: no, si, según lo que sucede por lo común, esta favorece el partido del mal. En ambos casos es la guerra civil erigida en principio, sangrienta y feroz, en la que el éxito todo lo justifica, y que arruina y apura todas las fuerzas vivas del Estado. Nada de todo esto se vería en el sistema católico, en el cual todo se arreglaría pacíficamente. Los dos partidos ventilarían su causa ante el tribunal augusto de la Santa Sede, y se someterían a su decisión. No habría sangre derramada, ni guerra civil, ni Erario público arruinado, etc. ¿No es esto muy hermoso y muy de desear?

Concedo de buena gana que, vista la corrupción humana, habría quizá algunas intrigas, algunas miserias alrededor de este tribunal sagrado; pero los inconvenientes que traería este sistema serían muy poca cosa en comparación de sus beneficios; y la alta influencia de la Religión sería, ella sola, una garantía poderosa contra los abusos. «¿No reúne la Iglesia, dice Bossuet, no reúne todos los títulos por donde se

puede esperar el triunfo de la justicia?» Por otra parte, **este tribunal solo decidiría según principios ciertos, fundados sobre la fe, conocidos y respetados por todos. La Revolución, al contrario, ninguna garantía ofrece; no conoce sino el derecho del más fuerte; no resuelve el problema social, y solo hace retardar su solución.**

«Mas para aplicar este sistema sería necesario que todo el mundo fuera católico.» Seguramente; y tanto es de desear que todo el mundo sea católico, como el que se aplique a las sociedades civiles el sistema pacífico y religioso de que acabamos de hablar. Todo el mundo debe ser católico, porque todo el mundo debe creer y practicar la verdadera Religión. Ésta es la base de la felicidad pública e individual, porque Jesucristo es el principio de toda vida para los Estados, familias o individuos.

Conozco como el primero que el sistema social católico casi ya no puede aplicarse a nuestra sociedad, y de ello deduzco: 1º, que nuestra sociedad anda extraviada y en peligro de muerte; y 2º, que todos debemos, si amamos a la Iglesia y a nuestra patria, usar de toda nuestra influencia para hacer resplandecer de nuevo y vigorizar el verdadero principio social.

«Pero esta teoría nunca pudo ser aplicada, ni siquiera en los siglos de fe.» Nunca lo fue *completamente,* porque siempre hubo pasiones populares y orgullo en los príncipes. Sin embargo, previno muchas guerras y contuvo muchos excesos. Testigos de ello fueron la subida pacífica de los Carlovingios al trono de Francia; la represión de la tiranía de los Emperadores de Alemania, Enrique IV y Barbarroja, etc. En los siglos de fe, había, como hoy, pasiones individuales perversas; pero el régimen social era bueno; y las tres sociedades, la religiosa, la civil y la doméstica, reconocían su mutua subordinación, y a pesar de desórdenes parciales, se apoyaban sobre la roca firme de la verdad, la Religión, el derecho y la justicia.

«¿Y no sería esto volver a la edad media?» Seguro que no; esto sería tomar de la edad media lo que tenía ésta de bueno para hacerlo de nuestra época. **Nosotros, los católicos, no queremos de modo alguno cambiar de siglo, ni privarnos de las conquistas del tiempo; lo que queremos es aprovechar la experiencia de lo pasado como de lo presente; corregir el mal, y en su lugar poner al bien; dejar a un lado lo defectuoso, para conservar lo que es mejor.** Si el obrar así es volver a la edad media, entonces volvamos a ella.

Creo que esto ya bastara para ilustrar la conciencia de todo lector imparcial, y para demostrar el papel magnífico de la Iglesia en las cuestiones sociales y políticas.

Concluyamos: hay democracia y democracia; la una verdadera y legítima, profesada por la Iglesia en todo tiempo, la cual respeta su soberanía, que estriba sobre ella y sobre Dios; la otra, falsa y revolucionaria, de invención reciente, que desprecia el poder, insubordinada, y que nada produce sino desorden y ruinas. Esta es la *democracia del* 89, la democracia moderna, que desconoce a la Iglesia, y que en el fondo no es más que la Revolución social y la máscara de la anarquía.

Pregunto ahora: ¿Puede un cristiano ser demócrata en este sentido?

La libertad revolucionaria es la libertad de hacer el mal, impidiendo se haga el bien, oprimiendo a la Iglesia y a sus Pastores, pisoteando los derechos legítimos del poder, violando los derechos de la familia. Inútil es, entre gentes honradas, pararse a discutir sobre este punto. Hacer el mal en perjuicio del bien, ya no es libertad, es licencia; ya no es uso, sino el abuso, el abuso sacrílego del más magnífico don de Dios. Sólo un perverso y un criminal pueden entender y querer de este modo la libertad.

XV
La República

La Revolución tiene un atractivo irresistible para esa forma de gobierno que llaman *república,* al propio tiempo que una antipatía invencible para las otras dos formas de gobierno: *aristocracia, monarquía.*

Sin embargo, una república puede muy bien no ser revolucionaria, y una monarquía y una aristocracia pueden serlo completamente. No es la forma política de un gobierno lo que le hace pasar al campo de La Revolución; son los principios que adopta, y según los cuales se dirige.

Todo gobierno que deja de respetar, en teoría y en práctica, en su legislación y en sus actos, los derechos imprescriptibles de Dios y de su Iglesia, es un gobierno revolucionario. Sea monarquía hereditaria, electiva o constitucional; sea una aristocracia, un parlamento; sea república, confederación, etc., siempre será revolucionario si se subleva contra el orden divino; pero no lo será si respeta todo eso.

Sentado esto, no deja de ser curioso el observar que la forma de gobierno democrático o republicano es la única que no tiene sanción divina. Las dos sociedades constituidas directamente por Dios han recibido de su paternal sabiduría la forma monárquica, templada por la aristocracia. La familia es una monarquía en la que el padre manda y gobierna como soberano, pero con la asistencia de la madre, que representa el elemento aristocrático, y cuya autoridad es real y verdadera, aunque secundaria. En cuanto a los hijos, elemento democrático, no tienen en la familia autoridad alguna, propiamente hablando.

Lo mismo sucede con la Iglesia. Esta es una monarquía espiritual, templada por la aristocracia. El Papa es verdaderamente el monarca religioso de los hombres; pero al lado de su poder supremo, ha establecido Dios el poder del obispado, que forma en la Iglesia el poder aristocrático. La mul-

titud de los fieles, que es el elemento democrático, no tiene más autoridad que los hijos en la familia.

¿No sería acaso razonable el deducir de este doble acto divino que la democracia no es hija del Cielo, y que la república, al menos tal cual se la entiende en nuestros días, tiene relaciones secretas con el principio fatal de la Revolución? ***La democracia,*** **dice Proudhon,** ***es la envidia,*** **y este definidor nada tiene de sospechoso. Y la envidia, según Bossuet, no es más que «el efecto negro y secreto de un orgullo débil.»** Un gracioso algo cáustico dijo en otro tiempo: *Democracia, Demonocracia.* Puede que la comparación sea un poco viva; pero algo de verdad pudiera encerrar. Lo cierto es que siendo casi siempre las repúblicas unas verdaderas behetrías y casas de confusión, todos los embrollones, todos los abogados sin pleitos, todos los médicos sin clientela, todos los habladores y todos los ambiciosos de baja esfera, encuentran fácilmente en ellas lo que buscan; y el diablo no encuentra cosa mejor que pescar en agua turbia. ***La república*** **trae invariablemente tras de sí la anarquía o el despotismo, y he aquí por qué es tan querida de La Revolución.**

Sin rechazar absolutamente las ideas republicanas, aconsejo a los jóvenes que desconfíen mucho de ellas. Se expondrían a perder con ellas los instintos buenos y verdaderos de la fe y de la obediencia, sin contar el peligro, muy serio, de perder por ellas la cabeza, como ya ha sucedido a muchos otros. Al extremo opuesto de esto se encuentra el absolutismo monárquico, es decir, el poder sin freno ni intervención alguna, y yo creo verdaderamente que este es todavía más fatal que la peor de las repúblicas. La nación entera está sujeta, como bajo los Emperadores paganos, a un solo hombre, y el cesarismo es anticristiano y revolucionario en primera línea.

Cuanta más facilidad nos dan los poderes de este mundo para obrar bien, tanto más apartarán los obstáculos que molesten la libertad, y tanto más obrarán según los designios de Dios, que quiere el bien en todo, y en todo rechaza el mal.

XVI
La ley

La Revolución sabe muy bien que en el fondo ella no es sino la anarquía, y que ésta infunde terror a todos. Para disimular su principio y darse apariencias de orden, se adorna enfáticamente con lo que llama legalidad, diciendo que solo obra en nombre de la ley. En 1789 minó el orden social, político y religioso en nombre de la ley; en nombre de la ley decretó en 1791 el cisma y la persecución, y en 1793, siempre en nombre de la ley, asesinó al Rey de Francia, estableció el Terror, y cometió los horribles atentados que todos saben.[53] En nombre de la ley es que, desde medio siglo, hace la guerra a la Iglesia, al poder, a la verdadera libertad. No será, pues, del todo inútil el recordar brevemente la verdadera noción de la ley.

La ley es la expresión de la voluntad legítima del legítimo superior. Para que una ley nos obligue en conciencia a obedecerla, para que sea verdaderamente una ley, son precisas e indispensables estas dos condiciones: 1. que venga de nuestro legítimo superior; y 2. que no sea un capricho, una voluntad mala y perversa de este mismo superior. Por lo mismo dije antes una voluntad *legítima.*

¿Cuáles son nuestros legítimos superiores? ¿Cuándo son legítimas sus voluntades? Dos preguntas prácticas, fáciles de resolver.

Solo Dios, propiamente hablando, es nuestro superior; y si estamos obligados, sobre la tierra, a obedecer a otros hombres, es porque Dios les ha confiado el poder de mandarnos. Ellos son nuestros superiores, como depositarios de la autoridad de Dios. Todo superior sobre la tierra no es más que un delegado de Dios, un representante suyo, que no debe *jamás*

53 [El *Terreur* fue un período de dos años en la Revolución Francesa comprendido entre 1793 y 1794, caracterizado por una brutal represión en forma de terrorismo de Estado, que tuvo como protagonista principal a Maximilien Robespierre; durante esos años, entre 35 y 40 mil civiles fueron ejecutados, la mayor parte de ellos mediante la guillotina].

imponer a sus subordinados una voluntad que sea opuesta a la voluntad de Dios. Este principio es el fundamento de toda ley.

Nosotros tenemos en el mundo tres clases de superiores: el Papa y el Obispo, en el orden religioso; el soberano, en el orden civil y político; el padre, en el orden de la familia. Cada uno de éstos es superior legítimo, y tiene derecho de mandarnos en nombre de Dios; **pero observando, por su parte, y ante todo, el orden establecido por Dios.** Hemos ya dicho antes cuál es este orden: es la subordinación regular de la familia al Estado, y del uno y de la otra a la Iglesia.

Así, pues, para que una disposición de mi padre me obligue en conciencia, es de necesidad absoluta lo que he afirmado; pero también basta para ello que no esté en oposición evidente con la ley del Estado o la ley de la Iglesia. Para que un mandato del poder civil me obligue a su vez, es preciso, y basta, que no sea contrario a una ley o a la dirección de la Iglesia. **Sin esta condición indispensable no estamos obligados a obedecer, a lo menos en conciencia, y lejos de ser una ley, este mandato no es más que un abuso del poder, un capricho tiránico, una violación flagrante y culpable del orden divino.**

En cuanto a la Iglesia, su garantía con respecto a nosotros descansa sobre la palabra del mismo Dios, quien la asiste siempre en el ejercicio de su poder. Ella tiene el privilegio divino, incomunicable, de la infalibilidad en toda su doctrina, de tal suerte, que tanto las naciones como los individuos pueden entregarse con toda confianza y sin ningún riesgo a su dirección, y recibir sus mandatos. **Escuchar la Iglesia, es siempre escuchar a Dios; despreciarla, es siempre despreciar a Dios:** ***Quien os escucha, me escucha, quien os desprecia, me desprecia*** (San Lucas 10, 16).

No existe, pues, relación alguna entre la ley, la verdadera ley, y lo que La Revolución se atreve a llamar ley. Ella dice: «la ley, la expresión de la voluntad general.» No por cierto; la ley es la expresión de la voluntad de Dios; y la *voluntad*

general es nada, o más bien es criminal, desde que está en oposición con esta voluntad divina promulgada, infaliblemente por la Iglesia Católica. Esta cuestión, es cuestión de fe y de sentido común.

Observad en aquella definición errónea de la ley la habilidad pérfida de la incredulidad revolucionaria: no ataca de frente el dogma católico; hace como si éste no existiera, y de este modo acostumbra a los pueblos y a los mismos soberanos a separarse de Dios, de la Iglesia y del cristianismo entero. Es como la *religión del hombre honrado,* que usurpa el puesto de la Religión Cristiana, y que no es otra cosa más que la ausencia total de toda religión. El ateísmo social y legal viene del 89; es muy real, aunque puramente negativo. No más Dios, no más Cristo, no más Iglesia, no más fe; y en lugar de todo esto, *el Pueblo y la Ley.* Yo miro la ley, la legalidad, tal cual La Revolución nos la hace practicar, como una seducción satánica, más peligrosa que todas las violencias.

Excusado es decir que todas las leyes civiles y políticas que no son contrarias a las leyes y derechos de la Iglesia, obligan en conciencia a sacerdotes y Obispos, lo mismo que a los otros ciudadanos. En caso de duda, solamente la Iglesia, por medio de los Obispos y del Soberano Pontífice, tiene facultad para decidir si es preciso o no obedecer. Sí, al contrario, la ley civil es *evidentemente* contraria al derecho católico, entonces viene el caso de contestar, como los primeros discípulos de Jesucristo: más *vale obedecer a Dios que a los hombres.*

Hay tres maneras de entenderse y desear la libertad, tanto para las sociedades como para los individuos:

1. Libertad de hacer el bien con los menos impedimentos posibles.
2. Libertad de hacer el bien y el mal con igual facilidad en lo uno y en lo otro.
3. Libertad de hacer el mal poniendo trabas al bien.

XVII
La Libertad

Ésta es otra máscara que debemos arrancar a la Revolución; ésta es otra palabra grande y santa de la lengua cristiana, de la que abusa a cada paso el genio del mal.

La Libertad, en su sentido más elevado, es la facultad de hacer el bien, es decir, de cumplir enteramente la voluntad de Dios. La libertad absoluta y perfecta no es de este mundo; ésta solo la tendremos en el Cielo. En este mundo siempre es imperfecta la libertad, la facultad de hacer el bien. Con esta facultad de hacer el bien tenemos también *la posibilidad* de obrar mal; esta posibilidad, entiéndase bien, no es una facultad, un poder; es una debilidad, una falta de poder. **Nuestra libertad en la tierra es, pues, imperfecta, por estar limitada con algún obstáculo procedente de la debilidad humana, o de la perversidad de los hombres, o de los ataques del demonio.**

En religión, la libertad consiste en poder conocer y practicar plenamente la verdad religiosa, es decir, la Religión Católica Apostólica Romana. Para el Papa y los Obispos, la libertad es la facultad plena y entera de enseñar y gobernar los fieles; y para estos, la de poder obedecer a aquellos sin impedimento alguno. La verdadera libertad religiosa no es más que esto. En el orden civil y político, la libertad es para los que gobiernan, el poder de ejercer todos sus legítimos derechos; y para gobernantes y gobernados, la facultad de cumplir sin estorbo todos los verdaderos deberes de ciudadanos. Todas las verdaderas libertades, civiles y políticas están comprendidas en esta definición, a lo menos en lo que tienen de esencial. En fin, en el orden de la familia consiste la libertad, para el padre y la madre, en la facultad de ejercer plenamente sus derechos verdaderos sobre los hijos y sus servidores; y para todos ellos, la de cumplir sus respectivos deberes. Todo es, pues, bueno y santo en la libertad, en la verdadera libertad; cuanto más completa sea, tanto más orden habrá; la autoridad misma solo está instituida para proteger la libertad.

Sentado esto, hay tres maneras de entenderse y desear la libertad, tanto para las sociedades como para los individuos:

1. Libertad de hacer el bien con los menos impedimentos posibles.

2. Libertad de hacer el bien y el mal con igual facilidad en lo uno y en lo otro.

3. Libertad de hacer el mal poniendo trabas al bien.

1. La primera de estas formas constituye la verdadera y buena libertad, la menos imperfecta en este mundo, la libertad tal cual la quiere Dios y tal cual la Iglesia la pide, la enseña y la practica. Esta libertad, relativamente perfecta, no es una utopía; es lo mismo que la justicia y las demás virtudes morales propuestas por Dios y su Iglesia a los hombres y sociedades; **estas virtudes son practicadas casi siempre con imperfección, pero siempre son practicables, y debemos procurar practicarlas con la mayor perfección posible.**

Así sucede con la libertad: cuantos más medios se nos dan para obrar bien, más libres somos; y cuanto más libres somos, más nos acercamos al orden y a la verdad. **Cuanta más facilidad nos dan los poderes de este mundo para obrar bien, tanto más apartarán los obstáculos que molesten la libertad, y tanto más obrarán según los designios de Dios, que quiere el bien en todo, y en todo rechaza el mal.**

Y si se pregunta cómo podrán los poderes humanos conocer con certeza cuáles sean los obstáculos que deben alejar para proteger y desarrollar la libertad, es muy fácil la respuesta: la Iglesia los dirigirá con toda seguridad en lo que toque al orden religioso y moral, como hemos dicho ya; y en las cuestiones puramente temporales y políticas, una vez puesto a salvo el interés superior de las almas, estos poderes tomarán todas las medidas que les dictaren la experiencia y la razón, para asegurar la libertad del bien y comprimir el mal.

2. Libertad de hacer el bien y el mal: igual protección acordada a los buenos y a los malos, a la verdad y al error, a la fe y a la herejía; esta es la segunda forma bajo la que puede concebirse la libertad. Así la conciben los *liberales*.

No hablo aquí de aquellos impíos que piden igual libertad para el bien y para el mal, con la esperanza de ver a este triunfar de aquel; **hablo de los liberales honrados y cristianos que aman la Iglesia, que detestan el desorden y La Revolución, y que aceptan la lucha, porque creen de buena fe que el bien acabará siempre por triunfar.**

Temiendo estos, sin duda, chocar demasiado con los indiferentes e impíos, hacen concesiones sobre los principios, y rechazan, tachándola de imprudente y perniciosa, la noción pura y verdadera de la libertad, tal cual la profesó la Iglesia Católica diez y ocho siglos hace, y tal como acabo de presentarla en cuatro palabras. **Ellos dejan el terreno de la verdad inflexible, dejan la casa paterna para correr tras del hijo pródigo, para procurar volverlo a ella.**

Yo creo que estos liberales van muy engañados, y que la verdad entera, solamente la verdad, es capaz de librarnos del azote revolucionario: *Veritas liberabit vos,* dice el Evangelio. Me parece que los liberales dan muestras de poca fe y de poco valor cuando abandonan de este modo el partido de la santa libertad: *de poca fe*, porque dudan prácticamente de la Providencia de Jesucristo sobre su Iglesia, y porque aceptan como un hecho consumado la dominación inicua de los principios revolucionarios en el mundo; *de poco valor,* porque **adoptan demasiado a menudo las ideas liberales, para no ser tachados por el mundo moderno de espíritus retrógrados y absurdos, de utopistas y de hombres de la edad media.**

Estos mismos liberales ponen como principio lo que no es más que *una necesidad de transición*, y no ven que este pretendido principio de igualdad entre el bien y el mal es tan contrario a la fe como al sentido común.

¿No tenemos la experiencia de cada día para hacernos ver que, a causa de la corrupción y decadencia de nuestra pobre naturaleza, más nos inclinamos al mal que no al bien? ¿No es esto un hecho incontestable y aun de fe? Favorecer igualmente al uno que al otro, seria exponernos a una perdición casi segura. Poner la verdad en la misma línea que el error, al bien en la misma que al mal, y la justicia en frente de nuestras pasiones desordenadas, sería entregar la verdad al error, el bien al mal, la justicia a las pasiones. Esto es lo que hacía decir a San Agustín: *Quae pejor mors animae quam libertas erroris:* «La peor muerte para el alma es la libertad del error.»

Lo que es verdad en cada uno de nosotros, lo es mucho más tratándose de las sociedades. **Ninguna sociedad puede servir a dos señores, y el justo medio es imposible en cuestión de principios.**

«Pero entonces, nos dice el liberalismo, sean Vds. lógicos consigo mismos, y no pidan, como lo hacemos nosotros, que se les ponga bajo un mismo pie que a nuestros contrarios.» De ningún modo pedimos esta igualdad como un principio; lo que hacemos es un argumento *ad hominem*[54] a los poderes opresores, y nada más. Nos dirigimos razonablemente a su equidad natural, sin entrar en lo más, mínimo en la cuestión de principios. Les decimos: «Otorgadnos al menos lo que otorgáis a los demás ciudadanos; esto es de derecho natural.» Hablando así, estamos acordes católicos y liberales. Pero esto no es una razón para no desear cosa mejor, para no tener inclinación hacia un estado normal. La libertad del liberalismo vale más que la opresión, lo confesamos; pero no debe mirarse como un fin, y mucho menos como un principio.

«La Iglesia, se dirá, ha reclamado esta igualdad en todas sus pruebas.» Cierto; pero ¿en qué sentido lo hizo? **La Iglesia jamás reclamó la libertad bastarda del bien y del mal, aun en medio de las persecuciones.** Los apologistas

[54] Contra el hombre. Técnica retórica usada para convencer a quienes se mueven más por sentimientos y por costumbres acomodaticias que por razones lógicas.

del cristianismo, no me cansaré de repetirlo, solo hacían argumentos *ad hominem* a sus adversarios; jamás aprobaron, como se aprueba un derecho, la libertad del error y del mal, que perdía las almas alrededor suyo. La Iglesia es la sociedad del bien, de la verdad; no quiere ni puede querer sino la verdadera libertad, la libertad del bien, el poder de enseñar y practicar la verdad. ¡Por amor de Dios, no confundamos lo posible con lo deseable, y no pongamos como principios unas necesidades harto tristes y pasajeras!

«Así, pues, solo hablaremos de autoridad cuando seamos los más fuertes, y de libertad cuando seamos débiles.» Esto sería muy poco noble, y por eso no lo hace la Iglesia. Débil o fuerte, oprimida o triunfante, con la misma voz dice a los hombres, buenos y malos: **«La verdad y el bien son únicamente dignos de vuestro amor; el mal os pierde. Cuanto más libertad diereis al bien, tanto más os bendecirá Dios en este mundo y en el otro; cuanto más diereis al mal, tanto más desdichados seréis.** Dios solo da la autoridad a los hombres para que protejan el libre ejercicio de lo que es bueno y justo; todo príncipe, magistrado o padre de familia que se sirve de su autoridad para proteger otras cosas que la justicia, la verdad y el bien, abusan de los dones de Dios, y pierden su alma.» Nunca dijo la Iglesia otra cosa. Su derecho y su deber consisten en reclamar siempre de los poderes del mundo la libertad del bien y protección para esta libertad.

«Habrá, pues, dos pesos y dos medidas: libertad para nosotros, y opresión para los demás.» La Iglesia, como su Divino Maestro, solo tiene un peso y una medida; no quiere, no favorece sino el derecho, la verdad, el bien; rechaza y detesta todo lo que es error, todo lo que es malo e injusto. **¿Cuál es el cristiano que se atreva a decir que Satanás tiene en este mundo los mismos derechos que Jesucristo?** Esto es, sin embargo, lo que encierra en sí la pretensión del liberalismo. La Iglesia, y todos nosotros con ella, reclamamos los derechos de la verdad, porque ella sola los tiene; negamos lo que se atreven a llamar los derechos del error, de la herejía, del mal, porque el error, la herejía y el mal no poseen derecho alguno. Ya sé que hay necesidades de *hecho* que algunas veces

obligan a la autoridad a cerrar los ojos sobre males que no puede impedir; pero *su deber es* suprimir los abusos lo mejor y más pronto *posible.*

Es una cosa muy particular la indignación que muestra un gran número de cristianos cuando se trata de la *opresión del mal.* En el interior de sus familias, y con respecto a sus hijos y familiares, ellos mismos *oprimen* y *reprimen* el mal, tanto como pueden, usando aun de la fuerza cuando no basta la persuasión. ¡Y estos mismos encuentran malo que la Iglesia, que el Estado obre del mismo modo! Salvando así las costumbres, la fe, el honor y el bienestar de sus familias, ellos cumplen un deber sagrado, el primero de sus deberes; y cuando la Iglesia, el Estado, cumpliendo *este mismo deber*, levantan el brazo para castigar a los corruptores públicos de la fe, de las costumbres de la sociedad entera, entonces la Iglesia y el Estado son tiranos, crueles, intolerantes y fanáticos a sus ojos. Me parece que quien tiene dos pesos y medidas, es más bien el liberalismo que nosotros.

Este confunde el moderantismo, es decir, la tolerancia doctrinal, con la moderación, que es la tolerancia personal, la caridad; y en esto se aparta gravemente de la regla católica.

En el fondo, el liberalismo no es más que un acomodo con La Revolución, y por esto es por lo que ésta le muestra tanta simpatía. La libertad del bien y del mal es un atractivo con el cual la serpiente revolucionaria seduce gran número de espíritus confiados en demasía, como hizo cuando presentó a Eva, con un sinnúmero de promesas fascinadoras, no solamente el fruto del árbol de la ciencia del *mal,* sino también el de la ciencia *del bien y del mal.*

«¡Pero entonces, se dice, entregamos la libertad en manos de los poderosos de este mundo, y harto sabemos el uso que hacen de ella!»

La Iglesia no se abandona ni se entrega de modo alguno a los poderes de la tierra. Cuando los soberanos temporales escuchan su voz, cuando son cristianos, ella les pide que le

faciliten la salvación de todos, protegiendo la libertad de su ministerio, desarmando a los enemigos de la fe, y conteniendo, por medio del temor, a aquellos hombres perversos para quienes no basta la persuasión. ¿Es esto acaso ponerse a la merced del poder?

Cuando un príncipe no es católico, la Iglesia no le pide asistencia alguna, y se contenta con el argumento *ad hominem* que ya he citado. Esto es, poco más o menos, lo que hacemos nosotros, según las circunstancias, en nuestras sociedades modernas, que ya no descansan sobre la base católica. Pedir más sería una gran imprudencia, y, por otro lado, puramente perder el tiempo.

«¿No creemos, pues, en el poder de la verdad cuando le buscamos apoyos humanos?»

Creemos, y muy de veras, en el poder de la verdad, **y creemos también con ardor y muy prácticamente en el pecado original. Todo lo que es bueno, necesita protección en este mundo, porque el mundo está pervertido y hay en él muchos malos.** La sociedad, así religiosa como política, solamente fue establecida por Dios para organizar la defensa de los buenos contra los malos. El Estado protege el comercio, las artes, las ciencias, la propiedad; y siendo cristiano, ¿no había de proteger el don más precioso del Cielo, la verdad, esta libertad, este derecho de nuestras almas? Observad que proteger no es dominar, y si demasiadas veces los príncipes han entendido así la protección, se han equivocado grandemente, y Dios los ha castigado por ello; pero este abuso no ha destruido el principio, y la Iglesia ha tenido y tendrá siempre razón de decir a las sociedades humanas: «Vosotras debéis ayudarme.»

«No es tan solo para el gobierno de la sociedad temporal, sino *sobre todo para la protección de la Iglesia,* que se dio el poder a los príncipes[55].» Así hablaba Gregorio XVI; y Pío IX, más explícito aún, declara que «no se ha dado solamente a los príncipes la autoridad suprema para que gobiernen el

[55] Encíclica de 1832

mundo, sino *principalmente* para que defiendan la Iglesia[57].» El mismo Pío IX toma textualmente esta sentencia del Papa San León el Grande. Ésta es la enseñanza formal de la Santa Sede, en la que deberían pensar un poco más los liberales que son verdaderamente católicos.

«Pero ¿se nos negará que hay liberales y liberales?» Esto es cierto; pero ¿hay acaso liberalismo y liberalismo? Todo está en esto, porque es cuestión de principios, y no de personas. ¿Quién no rinde homenaje al carácter y rectas intenciones de los liberales católicos? Lo que me parece evidente es que estos defienden la buena causa de un modo que la comprometen, con una prudencia muy falsa, sin espíritu de fe, con argumentos que faltan por la base; y esto es así, porque el liberalismo no es capaz de sostener un examen serio. En el fondo, mis partidarios no están bien persuadidos de lo que quieren; creen tener una doctrina, y solo tienen sentimientos; creen defender principios, porque presentan algunos de ellos; más estos principios, separados del principal, son ramas separadas del tronco, y, por consiguiente, faltas de savia y de vida.

La libertad del bien y del mal: He aquí en dos palabras el resumen de la tesis liberal. Adóptese con intenciones cristianas o perversas, siempre queda lo que es: *un grave error,* y un error práctico muy peligroso, porque es seductor; un error muy útil a La Revolución, porque le prepara el camino. **Por esto fue que el Papa Pío IX, sin hacer distinción alguna, condenó, no las intenciones de los liberales, pero sí el liberalismo; y por eso su antecesor, Gregorio XVI, ya había condenado, con una energía verdaderamente apostólica, el mismo falso principio de libertad en sus dos principales aplicaciones: *libertad de conciencia y libertad de imprenta*[57].**

Perdone el lector si he hablado tan largamente sobre el liberalismo; es una cuestión del día, sobre la que se necesita estar bien afirmado. Sin embargo, conviene saber que a

[56] Encíclica de 1846
[57] Encíclica Mirari, 13 de agosto de 1832

pesar de estas divergencias, que son en realidad más bien cuestiones de conducta que cuestiones de doctrina, todos los cristianos de honradez, todos los católicos ilustrados están acordes contra La Revolución; y las disensiones que existen entre ellos no son más que malas inteligencias, cuestión de palabras y de fórmulas.

Vuelvo a tomar el curso de mi objeto; y habiendo hecho ver la libertad tal cual la entiende la Iglesia, y la libertad tal cual la entiende el liberalismo, voy a tratar de la libertad tal cual la entiende La Revolución.

3. La libertad revolucionaria es la libertad de hacer el mal, impidiendo se haga el bien, oprimiendo a la Iglesia y a sus Pastores, pisoteando los derechos legítimos del poder, violando los derechos de la familia. Inútil es, entre gentes honradas, pararse a discutir sobre este punto. Hacer el mal en perjuicio del bien, ya no es libertad, es licencia; ya no es uso, sino el abuso, el abuso sacrílego del más magnífico don de Dios. Sólo un perverso y un criminal pueden entender y querer de este modo la libertad.

Se ha pretendido que ésta era la libertad del año 1793: yo por mi parte afirmo que también era ésta la libertad de 1789, al menos en lo concerniente a la Iglesia y a la fe. Bastante lo han probado los hechos, y, sin verter sangre, puede muy bien oprimirse al bien. ¿No son acaso las leyes revolucionarias más peligrosas aún, que el cadalso?

Tales son, según creo, las verdaderas nociones de la libertad. Se aplican tanto al orden religioso como al orden político y al orden íntimo de la familia. Cada cuál puede con estos principios juzgar fácilmente lo que hay de bueno y de malo en esto que nuestras instituciones modernas dan en llamar libertad religiosa, libertad de cultos, libertad de imprenta, y en general libertades políticas.

La libertad religiosa bien entendida consiste en poder practicar, con los menores estorbos posibles, la Religión, la verdadera Religión; ella impone al soberano temporal la obligación de proteger, *en lo posible,* el ejercicio pleno y

entero de la Religión Católica, que es la sola verdadera religión, y ayudar de este modo a la Iglesia en su santa misión. «El príncipe, dice San Pablo, no lleva en vano su espada; pues es el ministro de Dios para el bien: *Non enim sine causa gladium portal; Dei enim minister est in bonum, vindex in iram ei, qui malum agit*[58] (Rom 13, 4).» Pregunto: ¿Qué mayor bien para un pueblo, como para un particular, que el de poder conocer y servir a Dios con toda libertad, y cumplir con el primero y más grande de todos los deberes?

He dicho antes *en lo posible,* porque sucede que el soberano, como el padre de familia, se ve obligado a *tolerar* muchas cosas que no puede impedir, aunque sean dañosas para los intereses espirituales de su pueblo. Su deber no es el atropellarlo todo por medidas imprudentes, sino el preparar, por todos los medios legítimos, un mejor porvenir. Está obligado en conciencia a extirpar el mal que pueda, y sin esperar. *Vindex in iram ei, qui malum agit.*

«Y los judíos y los protestantes, ¿qué se hace de ellos?» Una de dos: o ellos ya han introducido el error en un país católico, o aún no se han establecido, y quieren entrar en él. En el primer caso, el deber de un soberano católico es tolerarlos, y asegurarles, como a los católicos, todos los derechos civiles; pero impedir al mismo tiempo que propaguen sus errores deletéreos. Si puede, debe procurar que se conviertan, facilitándoles el ministerio de la Iglesia. En una palabra, es el papel de un buen padre para con sus hijos. Pero en el segundo caso, el deber del príncipe es del todo diferente, aunque sea en el fondo el cumplimiento del mismo deber. Si quiere permanecer fiel a su alta misión en este caso, debe impedir a todo trance que la herejía manche la fe de sus súbditos, y tratar a los propagandistas como a injustos agresores. **La herejía no tiene entonces derecho alguno.**

«Y en los países protestantes, ¿qué deberá hacer el soberano?» Mal puede un soberano protestante aplicar un principio verdadero protegiendo una religión falsa. No estará la

[58] No tienen las armas sin razón. También tienen misión de Dios para castigar a los malhechores.

culpa en el principio; y la desgracia del soberano y del pueblo será únicamente la de ser protestante. Sucede a menudo que se aplican principios verdaderos en falso; el demonio tuerce en provecho suyo las instituciones más excelentes. Jesucristo, por otra parte, tiene el derecho de echar a Satanás, porque Satanás es un rebelde, un injusto, un usurpador y un sacrílego. **Satanás, al contrario, ningún derecho tiene contra Jesucristo, porque Jesucristo es legítimo Señor, Bueno, Justo y Santo. Lo mismo sucede con respecto a la Iglesia y a la herejía.**

Lo que acabamos de decir en este capítulo se aplica igualmente a la libertad de imprenta, a la de enseñanza y educación, y a todas las libertades políticas. Nunca podría ser un hombre bastante *liberal* si comprendiera bien la libertad, y nunca se comprenderá ésta sino yendo a la escuela de la Iglesia. Solamente la Iglesia es la madre de la libertad sobre la tierra, al mismo tiempo que es la protectora y la salvaguardia de la autoridad.



XVIII
La Igualdad

Una palabra solamente diré sobre esta cuestión, para distinguir lo verdadero de lo falso. Como para la libertad, distinguimos para la igualdad tres clases: la una buena, la otra que parece buena y no lo es, la tercera que ni lo es ni lo parece.

1. La igualdad cristiana, que es la sola absolutamente verdadera y absolutamente posible, y que por esta razón es la sola admitida y practicada por la Iglesia, que ha enseñado siempre que todos los hombres son hermanos, que no hay más que una misma moral, una misma religión, un mismo juicio, un mismo Dios para pobres y para ricos, para

soberanos y para vasallos, para pequeños y para grandes. Nuestras iglesias son los únicos verdaderos templos de la igualdad entre los hombres, y nuestros Sacramentos, sobre todo el de la Santa Eucaristía, los símbolos instituidos divinamente para recordarnos a todos esta igualdad fraternal y eterna.

2. La igualdad liberal de 1789, que domina en nuestras leyes modernas, que es una mezcla de ideas verdaderas y falsas, como los mismos principios proclamados entonces; esta igualdad, admisible en muchos puntos, por ejemplo en la repartición de impuestos, en el goce de los derechos civiles, etc., esta igualdad es contraria a la ley de Dios en otros puntos, por ejemplo en lo que toca a inmunidades eclesiásticas. Por otra parte, es muchas veces imposible en la práctica, aun cuando exista teóricamente en las leyes. ¿Cuál es el país donde los grandes dignatarios, los altos funcionarios, los personajes influyentes, no tienen muchos privilegios de *hecho,* que destruyen la igualdad civil y política, y que ninguna ley podrá jamás abolir?

3. La igualdad revolucionaria, la igualdad del 93 y de la guillotina, la igualdad salvaje de Proudhon, es decir, el nivelamiento absoluto de todas las condiciones, el socialismo, el comunismo, la anarquía.

Estas distinciones, puramente de sentido común, bastan para resolver muchas discusiones en las que todos los hombres honrados están acordes en el fondo, y sobre las que, como en las anteriores, solo se disputa por falta de entenderse.

Cualquiera que en su inteligencia y sus actos, en su conducta pública o privada, por sus palabras, sus obras, sus ejemplos, de cualquier modo que sea, viole el orden social católico establecido por Dios para la salvación del mundo, es revolucionario; que sea grande o pequeño, eclesiástico o seglar, eso nada hace al caso.

XIX

Algunas aplicaciones prácticas de los principios de 1789

¿Quiere saberse de qué modo, de medio siglo acá, la prensa revolucionaria de todos los matices pretende aplicar prácticamente los principios del 89? Aquí tenéis unas cuantas muestras de ello; son hechos que no se pueden negar.

La indiferencia religiosa, favorecida por las instituciones civiles, que va invadiendo más y más las sociedades.—La fe, que pierde cada día su saludable imperio, batida continuamente en brecha por un periodismo imprudente.—La civilización material que prevalece por todas partes sobre la civilización moderna y cristiana, y que desarrolla en toda Europa el materialismo y el lujo.—El respeto a las autoridades arrancado casi del todo de los corazones, al par que el espíritu de independencia se ha desarrollado mucho más de lo que debiera; y esto en la familia, en el Estado, en la Iglesia.—La educación y enseñanza de la juventud confiadas las más veces a seglares sin religión, que no tienen ni la misión ni la voluntad de hacer conocer a sus educandos la verdad católica, y mucho menos la de hacérsela practicar. Las instituciones católicas más sagradas, como el matrimonio, las congregaciones religiosas, las reuniones sinodales de los Pastores de la Iglesia, etc., todas ellas atacadas, y algunas veces suprimidas del todo, por autoridades seglares del todo incompetentes.—Todo cuanto viene de Roma, sospechoso; todo cuanto resiste a Roma, alentado y premiado.—La opinión pública pervertida por las falsas libertades, y amotinada en toda Europa contra las ideas católicas, contra el Papado.—La Iglesia despojada del derecho de propiedad, y entregada de este modo al capricho del Estado.—En fin, todos los principios falseados, los poderes envilecidos, la fe cada día más debilitada, resucitado el protestantismo, pueblos enteros viviendo sin Dios y sin religión alguna, la indiferencia perdiendo almas en una proporción enorme, etc.; todo, todo esto se ve hecho en nombre de la *Ley,* en nombre de los *principios modernos.*

Este es, para la Iglesia, el resultado práctico; estos los frutos de la Revolución *moderada,* de la Revolución de 1789.

Por otro lado, si echáis la vista sobre la Europa moderna, hija del 89, ¿qué espectáculo se ofrece a vuestros ojos? más revoluciones, y revoluciones sociales, en un año que antes en un siglo; pueblos que juegan con las coronas de sus Reyes, como niños con juguetes; en el espacio de setenta años *treinta y nueve* tronos derrumbados, *veintidós dinastías* desterradas, que viajan a pie por toda Europa; *veinticinco* Cartas y Constituciones aclamadas, juradas y rotas; las formas de gobierno más opuestas sucediéndose como las hojas sobre los árboles, como las olas de un mar embravecido. El mundo sobre un volcán, y todos los que aún se llaman Príncipes, Reyes, Emperadores, sacudidos y bamboleándose sobre sus tronos, como el marinero en las vergas de su navío durante la tempestad.

Por los frutos conoced el árbol, y juzgad por las consecuencias; ahora, jactaos aún, si os atrevéis a tanto, sobre los *principios.*

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO DIJO:

«Venid a mí, todos vosotros los que sufrís y los que trabajáis; yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso de vuestras almas»

(San Mateo 11, 28)

XX
De las varias especies de revolucionarios.

Siendo la Revolución una idea, un principio, todo hombre que se deja dominar por esta idea, por este principio, es un revolucionario. Lo es más o menos, según entra más o menos en el lazo.

Se pueden y deben distinguir muchas categorías de revolucionarios. Los primeros y más culpables, que más se acercan a Satanás, su padre, son aquellos hombres malvados que conspiran a sangre fría contra Dios y contra los hombres, seducen y engallan a los pueblos, y conducen, cual capitanes esforzados, al ejército del infierno al asalto de la Iglesia y de la sociedad. **No constituyen estos más que un pequeño número; pero los que hay, son imágenes verdaderas del demonio.**

A estos siguen aquellos que, menos imbuidos de la idea revolucionaria, pero tan perversos como los otros, conducen también La Revolución a su destino final, y quieren abiertamente concluir con el orden social católico, y aun con el *verdadero* principio monárquico; rechazando, sin embargo, al mismo tiempo el asesinato y el pillaje. Estos son los Mirabeau, los Palmerston, los Cavour, y todos esos impíos que, de un siglo a esta parte, volviendo la política, las leyes e instituciones civiles contra la Iglesia de Jesucristo, son el azote de la sociedad cristiana. Estos saben contenerse más que los primeros, saben colorear con más habilidad sus proyectos anticatólicos, y no inspiran horror; pueden hablar y escribir a la faz de todos, y disponen de un gran poder material **y** moral; creen ser los conductores, y son ellos mismos conducidos. El gran número de los revolucionarios de esta clase, y los medios de acción de que disponen, los hacen muy temibles.

Deben ocupar el tercer puesto aquellos *hombres honrados hijos del 89,* que quieren hacer abstracción completa de la Iglesia en todo el orden político y social. Sus intenciones son a veces honrosas; pero les falta el sentido antirrevolucionario, que es la fe, que es el sentido católico. **No detestan a**

la Iglesia; aun le conceden cierto respeto vago y efímero; pero no la comprenden, y le impiden salvar la sociedad, que sólo por ella puede salvarse. La acción revolucionaria de estos hombres es más bien negativa que positiva. Son, de un siglo a esta parte, pocos los hombres políticos de Europa que no pertenezcan a esta numerosa categoría de revolucionarios. Casi todo el periodismo europeo está en sus filas y a su servicio. Así es que forman la semilla de los francmasones.

Tras éstos vienen los hombres de imaginación exaltada, sin ninguna instrucción religiosa, pero que tienen el corazón bueno y noble, que toman las ideas democráticas por arranques generosos, por amor al pobre pueblo, por patriotismo, y de buena fe creen que La Revolución es un progreso saludable y la religión de la libertad. A esta clase de hombres siempre les gustan las reformas; pero al mismo tiempo aborrecen los motines. Son unos pobres extraviados, que obran el mal sin saberlo. Una instrucción sólida y una conversión religiosa los ganaría completamente para la buena causa. **En fin, muy cerca de nosotros, pero siempre en el campo de La Revolución, encontramos un número considerable de honrados cristianos, y que practican la Religión; pero poco instruidos, que se dejan deslumbrar por el prestigio del liberalismo, y quieren conciliar el bien con el mal.** Sus preocupaciones de política, de posición social, paralizan prácticamente las ideas de respeto que tienen en su corazón hacia los derechos de la Religión. Les gusta el sacerdote, y sin embargo temen su influencia. Critican de buena gana al Papa y al Obispado, toman fácilmente el partido del Estado contra la Iglesia, de lo temporal contra lo espiritual, y en cuanto a política no tienen más principio que el liberalismo, que no lo es. La palabra *libertad* basta para trastornarlos, **y, a su modo de ver, el único remedio para todos los males es la secularización y la moderación.**

Que lo quieran o no, todas estas clases de hombres pertenecen al partido de La Revolución, al partido del *verdadero* desorden, de la desorganización religiosa y política de la sociedad. Los primeros y segundos son los conductores, y los otros son los instrumentos, cuando no los engañados. Todos

están y bailan envueltos en la inmensa red de que habló más arriba la Venta Suprema; los últimos, los revolucionarios honrados, detestan y temen a los otros, como un pez pequeño a otro grande, pero siempre sucede que éste devora a aquél.

Que cada cual se examine y se juzgue; que vea en conciencia, y en la presencia de Dios, si pertenece a una de estas cinco clases que acabo de enumerar. La fortuna, el rango, nada tienen que ver en ello; se puede ser revolucionario en cualquiera de los grados de la escala social; es cosa puramente de *principio* o de conducta. **Cualquiera que en su inteligencia y sus actos, en su conducta pública o privada, por sus palabras, sus obras, sus ejemplos, de cualquier modo que sea, viole el orden social católico establecido por Dios para la salvación del mundo, es revolucionario; que sea grande o pequeño, eclesiástico o seglar, eso nada hace al caso.** Hay revolucionarios en todas partes: en los talleres, en los palacios como en las chozas; hay revolucionarios de frac negro y corbata blanca, lo mismo quo los hay de capa y chaqueta.

Solamente los católicos, los verdaderos católicos de corazón y espíritu, están fuera del campo de La Revolución; pero deben andar con mucho cuidado para no dejarse seducir en medio del contagio público. Un solo hombre hay en el mundo que está absolutamente al abrigo de la seducción, y es aquel a quien dijo Jesucristo: «He orado por ti, para que tu fe no pueda desfallecer; y tú, a tu vez, *confirma tus hermanos.»* El Papa, sucesor de Pedro, Jefe de la Iglesia, está protegido por el mismo Dios contra todos los errores, y por consiguiente, contra el error revolucionario. Como Papa, como Doctor católico, nunca puede ser seducido. Unámonos, pues, indisolublemente a la enseñanza pontifical; levantemos nuestras miradas fieles sobre todas las cabezas, sobre todas las coronas, y aun sobre todas las mitras, para fijarlas en la tiara de San Pedro. Saber lo que enseña el Pontífice romano, Vicario de Dios, y creerlo como él, pensar como él, y decir como él: este es el medio único e infalible de preservarse de los lazos de La Revolución. Cuántas ilusiones existen sobre este punto entre aquellos que el mundo llama *hombres honrados*, y ¡cuántos lobos hay que se creen corderos!

XXI
De cómo se forman los revolucionarios.

Una sociedad se hace revolucionaria cuando no reprime los motines y las malas pasiones que minan en su seno los grandes principios religiosos y políticos, que son, como hemos dicho más arriba, la base de todo orden social. Pero aquí solo me ocupo del individuo, y para éste principia casi siempre muy temprano.

¿Veis aquel niño que muerde y pega a su madre? Es un revolucionario en lactancia. A los cinco años hace ruido en su casa, e impone su capricho a su padre y a su madre; éste es un revolucionario en ciernes. De estudiante, se mofa de sus maestros, rompe sus libros, y no hace más que calaveradas; es un revolucionario ganando cursos en la Universidad. De aprendiz, se forma para el vicio, insulta a los sacerdotes que le prepararon para su primera comunión, los buenos Hermanos a quienes debe su educación gratuita; es un revolucionario que va formándose. De obrero, se rebela contra su principal, lee y comenta los periódicos demagógicos, se queja del gobierno, entra en las sociedades secretas, hace fiesta los lunes y jamás los domingos, y si se presenta ocasión, sube a las barricadas; es un revolucionario emancipado. —Ahí tenéis al revolucionario de chaqueta.

El revolucionario de levita y gabán es en el colegio un discípulo indisciplinado; sus costumbres están corrompidas mucho antes que tenga edad para ello; prepara motines, y tanto hace, que lo expulsan. Llega a la adolescencia, corriendo de liceo en liceo, ya corrompido, sin fe, ambicioso y determinado; es demócrata sin saber en qué consiste esto; y si sabe algún tanto ensuciar papel, escribe artículos de periódico; revolucionario meritorio. Escribe para el teatro, o folletos; si su prosa tiene aceptación, si por ella logra influencia, una de dos: o *pesca* un empleo, un puesto lucrativo, y entonces se vuelve hombre de orden; o, al contrario, *no pesca,* y entonces conspira, firmemente decidido, si la cosa va bien y si llega al poder, a apropiarse lo más que pueda del

bien público y a suprimir el *fanatismo* y la *superstición;* gran revolucionario, padre de la libertad. En una palabra, se hace un hombre revolucionario, acostumbrándose a rechazar la autoridad paterna, religiosa y política. El gusto de la rebelión se desarrolla cada año más, y bajo la inspiración del demonio, se vuelve muchas veces un verdadero malvado.



El protestantismo. Otro poderoso auxiliar, cuyo concurso fraternal es alabado por los jefes de La Revolución. En efecto; **¿qué es el protestantismo sino el principio práctico de la rebeldía contra la autoridad de la Iglesia y de Jesucristo?**



Ante todo, es preciso en el siglo que atravesamos formarse con cuidado el espíritu y la inteligencia; **preciso es fundar la vida sobre principios puramente católicos, para no ser arrastrados, como muchos, por todos los vientos de doctrinas.** Casi todos los jóvenes quo se entregan a las ideas revolucionarias, carecen de aquellos principios serios y reflexionados, cuyo punto de partida es la fe. **En este punto pesa una terrible responsabilidad sobre aquellos hombres que están encargados de instruir a la juventud; de mucho tiempo acá, la enseñanza y la educación son la cuna oculta de La Revolución.**

XXII
Cómo se deja de ser revolucionario

Las sociedades dejan de serlo haciéndose católicas, completamente católicas, y los individuos acudiendo al sagrado tribunal de la confesión. No existen otros medios para lograrlo.

La Revolución es la rebeldía, el orgullo, el pecado; la confesión, y con ella la muy dulce y santa comunión, es la humilde sumisión del hombre a su Creador; es el amor, la fuerza, el orden.

He conocido a uno de estos felices convertidos del campo revolucionario. Se había entregado a todos los excesos de la rebelión del espíritu y del corazón; había rechazado a la Iglesia como una cosa anticuada y perjudicial, a la autoridad, como un yugo vil. Siendo representante del pueblo, y perteneciendo al partido de la *Montaña*, había soñado no sé qué regeneración social. Honrado, sin embargo, en el fondo y sincero en sus extravíos, pronto vio abrirse delante de sí unos abismos que jamás hubiera sospechado; vio de cerca a los revolucionarios, con sus proyectos y sus obras. Partidario de los famosos principios del 89, vio salir de ellos las fatales consecuencias del 93; cogió La Revolución in fraganti..., y conducido al bien por el exceso mismo del mal, tendió sus brazos desesperados hacia aquella Iglesia que había desconocido; se arrepintió, examinó, creyó, y depuso a los pies del sacerdote, junto con la carga de sus pecados, la librea horrorosa de La Revolución. Esto sucedió cerca de diez años ha, y desde entonces ha encontrado paz y felicidad. Hace un bien inmenso a su alrededor, dedicándose con santo ardor al servicio de Jesucristo. Y en las filas poco cristianas de nuestros jóvenes demócratas, ¡cuántos nobles corazones, engañados por las ***utopías* revolucionarias, buscan esa paz y esa felicidad sin poderlas encontrar!** Las aspiraciones de sus almas no quedarán satisfechas sino cuando se sometan al dulce yugo del Salvador, y cuando, volviéndose verdaderos católicos, experimenten el poder divino de la palabra evan-

gélica: **«Venid a mí, todos vosotros los que sufrís y los que trabajáis; yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso de vuestras almas[59].»**

Y lo que es verdad para el individuo, lo es también para la sociedad; el hijo pródigo, el mundo moderno, miserable por estar lejos de la casa paterna, lejos de la Santa Iglesia, no encontrará reposo más que a los pies de Jesucristo y de su Vicario sobre la tierra.



XXIII
La reacción católica

¿Somos reaccionarios? No, si por tales se entienden unos espíritus sombríos, siempre ocupados en echar de menos lo pasado, el antiguo régimen, la edad media: «Nadie, decía el buen Nicodemo, nadie puede volver al seno de su madre para nacer de nuevo.» Esto lo sabemos, y no queremos cosas imposibles. Sí: somos reaccionarios, si con esto se entiende ser hombres de fe y de corazón, católicos ante todo, que no transigimos con principio alguno, que no abandonamos verdad alguna, y que respetamos, en medio de las blasfemias y de las ruinas revolucionarias, el orden social establecido por Dios, y estamos decididos a no retroceder ni un paso ante las exigencias de un mundo pervertido, y miramos como un deber de conciencia la *reacción antirrevolucionaria.*

Ya lo he dicho: **La Revolución es el gran peligro que amenaza a la Iglesia en el día.** Digan lo que quieran los *adormecedores,* este peligro está a nuestras puertas, en el aire que respiramos, en nuestras más íntimas ideas. En vísperas de grandes catástrofes, siempre hubo de estos ciegos, mudos y sordos incomprensibles, que nada quieren ver, nada

[59] San Mateo 11, 28.

oír ni comprender. «Todo va bien, dicen; nunca estuvo el mundo más ilustrado, ni el público más próspero; nunca el ejército fue más valiente, ni estuvo la administración mejor organizada, ni se vio la industria mejor, ni fueron las comunicaciones más rápidas, ni la patria se encontró tan unida.»

Tales hombres no ven, no quieren ver que bajo este orden material está oculto un profundo desorden moral, y que la mina, pronta a estallar, se encuentra en la base misma del edificio. Dormidos y adormeciendo a los otros, abandonan la defensa, la hacen abandonar a los otros, y entregan la Iglesia desarmada en manos de La Revolución.

Y, sin embargo, es más claro que la luz del día que La Revolución es el anticristianismo, que llama a sí todas las fuerzas enemigas de la Iglesia: incredulidad, protestantismo, cesarismo, galicanismo, racionalismo, naturalismo, falsa política, falsa ciencia, falsa educación. «¡Todo esto es mío, todo esto sirve para mi obra! exclama La Revolución; todos marchamos contra el *enemigo común:* ¡No más Papa, no más Iglesia, libertémonos del yugo católico, ¡emancípese la humanidad!»

Éste es el terrible adversario contra quien todo cristiano está obligado *en conciencia a* resistir y obrar, como hemos dicho, y esto con toda la energía que da el amor de Dios, unido al verdadero patriotismo. Éste es *nuestro* común enemigo; preciso es vencer o morir.

¿Y cómo venceremos? Primeramente, repito, no temiendo. **Un cristiano, un católico, un hombre honrado sólo teme a Dios**. Seguros como estamos, de que Dios está con nosotros, debemos también estarlo de que, tarde o temprano, la victoria será nuestra. Quizá será necesario que haya sangre vertida como en los primeros siglos, humillaciones y sacrificios de toda especie; bien puede ser así. Pero al fin venceremos: *Confidite, ego vici mundum.*

Luego debemos poner al servicio de la *Gran Causa* todas las influencias, todos los recursos de que podamos disponer. Si por nuestra posición social podemos ejercer una acción

general sobre la sociedad, sea por nuestra pluma, sea por cualquier otro medio legítimo, no fallemos a nuestro deber católico de hombre público. Hagamos el bien en la mayor escala posible.

Si no podemos ejercer más que una acción individual y limitada, guardémonos de creer que esta influencia está perdida en medio del torbellino. El Océano sólo se compone de gotas de agua reunidas, y convirtiendo individuos, ha llegado la Iglesia a convertir, a trasformar el mundo, después de tres siglos de indomable paciencia. Hagamos como ella; en frente de La Revolución, universal como entonces el paganismo, busquemos, aunque sea individualmente, «el reino de Dios y su justicia, y lo demás nos será dado por añadidura.» **Jóvenes, hombres maduros, viejos, niños, mujeres, muchachas, ricos, pobres, sacerdotes, seglares, seamos lo que seamos, trabajemos confiadamente, y hagamos la obra de Dios; si el mundo se llena de Santos, si la mayoría de los miembros que componen la sociedad se vuelve profundamente católica, la opinión pública reformará por sí misma y sin sacudimiento esta sociedad que se pierde, y La Revolución desaparecerá.**

Tengamos para el bien la energía que la Revolución tiene para el mal. No hace mucho la oímos decir a los hijos de las tinieblas: «El trabajo que vamos a emprender no es obra de un día, ni de un mes, ni de un año; puede durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestras filas, el soldado muere, y la lucha sigue. No perdamos valor por un revés ni por una derrota; **de derrota en derrota es cómo se llega a la victoria.»**

Hijos de la luz, tomad esta regla para vosotros, y aplicadla con el celo del amor. La Iglesia es pobre: ¿sois ricos? dadle vuestro oro: ¿sois pobres? partid vuestro pan con ella. La Iglesia es atacada con las armas en la mano: por vuestras venas corre una sangre generosa; ofrecedle vuestra sangre. La Iglesia se ve calumniada indignamente. ¿Tenéis voz? Pues hablad. ¿Manejáis una pluma? Pues escribid en su defensa. La Iglesia se ve abandonada, entregada traidoramente por

los que se llaman sus hijos: su única confianza está en Dios: haced por vuestras oraciones que llegue pronto el socorro de arriba. Sírvanos a todos de lema el hermoso dicho de Tertuliano: ***In his, omnis homo miles:*** **hoy día todo católico debe ser soldado.**

Ante todo, es preciso en el siglo que atravesamos formarse con cuidado el espíritu y la inteligencia; **preciso es fundar la vida sobre principios puramente católicos, para no ser arrastrados, como muchos, por todos los vientos de doctrinas.** Casi todos los jóvenes quo se entregan a las ideas revolucionarias, carecen de aquellos principios serios y reflexionados, cuyo punto de partida es la fe. **En este punto pesa una terrible responsabilidad sobre aquellos hombres que están encargados de instruir a la juventud; de mucho tiempo acá, la enseñanza y la educación son la cuna oculta de La Revolución.**

Andémonos con mucho cuidado respecto de nuestras lecturas; hay *muy pocos* libros buenos, muy pocos verdaderamente puros en cuanto a principios políticos y sociales; casi todos ellos desconocen totalmente la misión social de la Iglesia: o la rechazan, o no se dignan hablar de ella. **No teniendo ya, como punto de partida, la autoridad divina, se ven obligados a basarlo todo sobre el hombre;** sobre el Soberano, si son monárquicos, y de ahí resulta el absolutismo o el cesarismo; y si son demócratas, sobre la soberanía del pueblo, y esto es La Revolución propiamente dicha. En ambos casos hay error fundamental, principio social anticristiano.

Los más peligrosos de estos libros, al menos para lectores honrados, no son los libelos abiertamente impíos, sino más bien los de falsa doctrina moderada que profesan un cierto respeto a la Iglesia: el 89 es mucho más peligroso que el 93.

Desconfiad sobre todo de los libros de historia. Solamente de algunos años a esta parte, un cambio feliz, debido a la buena fe y a estudios más concienzudos, nos ha pro-

porcionado algunas obras preciosas, que bastan para disipar las preocupaciones y los errores.[60] **Hace tres siglos que la historia ha sido trastornada en una verdadera máquina de guerra contra el cristianismo:** antes por el odio protestante, y más tarde por el volterianismo, se ha vuelto, dice el conde De Maistre, «**una conspiración completa contra la verdad.**»

Lo que es verdad de los libros, lo es también, y mucho más, de los *periódicos,* esta peste pública que envenena al mundo entero. Casi todos ellos son los campeones manifiestos u ocultos de La Revolución.

Nada es tan peligroso como un periódico no católico; su lectura continuada cada día se insinúa pronto y profundamente en las cabezas mejores, y acaba por falsear el juicio. Os lo suplico: no os abandonéis a ninguno de estos periódicos, y menos todavía a aquellos que cubren sus malas y perversas doctrinas con una máscara de honradez y se dicen conservadores. «No hay peor agua que la estancada.»

En fin, recomiendo a los jóvenes una instrucción religiosa muy fuerte y sólida. No me atrevo a hablarles de la ***Summa*** **de Santo Tomás, obra maestra incomparable, que reúne, con un orden magnífico, toda la doctrina religiosa, toda la tradición católica;** pero las inteligencias han bajado de tal modo desde que la fe no sostiene la razón, que en el día ni aun se está en estado de comprender lo que aquel gran Doctor ofrecía a los *estudiantes* de la *Edad Media,* como «leche para los principiantes.»

Entre muchas obras de fondo, recomiendo la *Teología Dogmática* y la *Exposición del Derecho Canónico,* por el Cardenal Gousset; la *Regla de Fe,* por el P. Perrone, y los hermosos *Estudios filosóficos* de M. Nicolás; como resumen de la doctrina cristiana, el gran *Catecismo del Concilio de*

[60] Entre otras citaré: La Defense de L'Église, por Gorini; Histoire de L'Infabillité des Papes, por L'Abbe Constant, y, en fin, la excelente Historia Universal de la Iglesia, por Rohrbacher, que es un verdadero repertorio de todos los documentos que pueden formar y fijar la inteligencia de un joven católico.

Trento, traducido por Mons. Doney; en fin, las excelentes *Respuestas populares* del P. Trance, que resuelven con extraordinaria lucidez y con una doctrina muy pura todas las controversias que están a *la orden del día*[61].

No basta la claridad en la inteligencia; precisa es además la santidad del corazón. Toda persona que quiera producir en sí una verdadera reacción contra el mal que nos devora, debe vivir como verdadero cristiano, llevar una vida pura, inocente, extraña al mundo, y en todo animada por el Espíritu del Evangelio. Debe orar a menudo y comulgar con frecuencia, bebiendo así, en este manantial vivo, la vida verdaderamente cristiana y católica. Los hombres de fe, de oración y de caridad son los únicos que poseen el secreto de las grandes victorias.

Esta debe ser nuestra *reacción* contra la seducción de los falsos principios y el torrente universal de corrupción. Este es nuestro deber, deber del cual daremos cuenta a Dios cuando nos llame a su presencia. Este deber mira ante todo a los que directa o indirectamente tienen cargo de almas: los pastores de la Iglesia, Obispos y Sacerdotes, Doctores del pueblo cristiano encargados por Dios de enseñar a todos los hombres todos sus deberes y preservarlos de los lazos de la mentira; los jefes de los Estados, que, como hemos dicho, deben vigilar indirectamente por la salvación de sus pueblos, facilitando a la Iglesia su saludable misión; en fin, los padres y madres, cuyo ministerio consiste, ante todo, en hacer de sus hijos buenos cristianos y hombres de corazón.

¡Bendiga Dios nuestros esfuerzos, y sálvese el mundo por segunda vez por los cristianos!

---

[61] [FUENTE: La Falsificación de la Realidad. Diversos temas: Liberalismo, evolución, etc. http://www.quenotelacuenten.org/libros-recomendados/
FUENTE: El Reto Histórico: Los pecados de Jean Baptiste Carrier el Sádico de la Revolución https://elretohistorico.com/revolucion-francesa-terror-asesino-jean-baptiste-carrier/
FUENTE: ForumLibertas.com Matanza de católicos y realistas https://www.forumlibertas.com/hemeroteca/los-claroscuros-de-la-revolucion-francesa-matanza-de-catolicos-y-realistas/ FUENTE: Hispanismo.org: El mito de la Revolución Francesa. http://hispanismo.org/politica-y-sociedad/11319-el-mito-de-la-revolucion-francesa.html
El Libro Negro de la Revolución Francesa: http://hispanismo.org/historiogra-

XXIV
¿Es preciso luchar contra lo imposible?

Todo consiste en saber si es *imposible.* Dicen en Francia que esta palabra no existe en el vocabulario francés. ¿Es verdad? No lo sé; lo que sí sé es que no es palabra cristiana. **«Lo que es imposible para el hombre, siempre es posible para Dios.»** Siendo el mundo pagano, lo que todos sabemos que era, ¿no parecía imposible, y tres veces imposible, que doce pescadores judíos lo convirtieran a la *locura de la Cruz?* ¿No parecía imposible que San Pedro reemplazase a Nerón en el Vaticano? La historia de la Iglesia es la historia de las imposibilidades vencidas; es la realización permanente del oráculo del Salvador: *Et nihil impossibile erit vobis.* «Para vosotros nada será imposible» (San Lucas 17, 19).

Si no me engaño, es menos difícil de arreglar el mundo actual, que lo que fue para nuestros padres el arreglar el mundo pagano. Empleemos los mismos medios, las mismas armas, y la fe triunfará ahora como triunfó entonces.

«Sea, dirán algunos cristianos tímidos; pero habiéndose esparcido y arraigado por todas partes las ideas modernas y

---

fia-y-bibliografia/7202-el-libro-negro-de-la-revolucion-francesa-toda-la-verdad.html
FUENTE: La Revolución Francesa, ¿gloria de la humanidad? http://tadurraca.blogspot.com/2009/11/la-revolucion-francesa-gloria-de-la_22.html
II.-: El objetivo del SOCIALISMO-COMUNISMO (V. Lenin) ACTUALMENTE YA SON MÁS DE 120 MILLONES LOS MUERTOS CAUSADOS POR ESA IDEOLOGÍA http://www.outono.net/elentir/2017/12/17/los-mas-de-100-millones-de-muertos-que-causo-el-comunismo-divididos-por-paises/
III.- INQUISICIÓN CALVINISTA contra INQUISICIÓN CATÓLICA. FUENTE: DISIDENCIA: La Inquisición Española Frente a los Excesos del Calvinismo https://disidentia.com/la-inquisicion-espanola-frente-a-la-teocracia-de-calvino/
La inquisición española condenó a la hoguera a 59 mujeres brujas en tres siglos y medio
FUENTE: INFOVATICANA: https://infovaticana.com/2017/09/09/desmontando-la-leyenda-negra-la-inquisicion-espanola/
FUENTE: ABC Historia: El mito de la Inquisición Española: menos del 4% acababan en la hoguera: https://www.abc.es/historia/abci-falsa-leyenda-negra-inquisicion-espanola-solo-18-por-ciento-quemado-hoguera-201512040335_noticia.html
FUENTE: BIBLIA Y TRADICIÓN: La Inquisición Protestante: Reforma, Intolerancia y Persecución https://bibliaytradicion.wordpress.com/6protestantismo/la-inquisicion-protestante-por-dave-armstrong/

democráticas, pareciendo un hecho consumado la poca posibilidad para la Iglesia de ejercer sus derechos sobre las sociedades, y pareciendo que el porvenir debe favorecer más y más este estado deplorable de las cosas, ¿ no sería quizá más razonable, y acaso aún más útil a la buena causa, el aceptar el hecho, el hacer concesiones sobre el derecho, y contemporizar sin temor con los principios modernos? Obrando de otro modo, ¿no nos exponemos acaso a comprometerlo todo? Y ¿no sería esto exponer la Religión a recriminaciones públicas?

Guardaos de creer esto, en los tiempos de transición como el nuestro, los hombres no pueden pasarse sin la verdad, sin la verdad entera. Las verdades han sido debilitadas y abandonadas por las pasiones humanas: *Diminutae sunt veritates a filiis hominum.* Como depositarios de todos estos principios sagrados de la vida religiosa, social, política **y** doméstica, devolvámoslos al mundo, que se muere por falta de conocerlos. Abajo, pues, con la prudencia humana; lo perdería todo. *Prudentia carnis, mors est* . Seamos prudentes, esto sí; pero prudentes en Cristo. Pasaremos, como siempre, por insensatos, pero seremos muy sabios. «Insistamos, como nos lo manda la fe, insistamos oportuna e inoportunamente; reprendamos, supliquemos, señalemos el mal con toda perseverancia y doctrina.» Estas son las palabras del Apóstol San Pablo, que nos lo pide con instancia: «Delante de Dios y delante de Jesucristo, juez de vivos y muertos;» y añade, profetizando las debilidades humanas y de los tiempos en que vivimos: «Porque vendrá un tiempo en que no se tolerará la sana doctrina, sino que los hombres se abandonarán apasionadamente a una multitud de doctores aduladores, y **desviándose de la verdad se alimentarán de fábulas. En cuanto a vosotros, velad y no temáis el castigo (II ad Tim. 4).»** Nada más claro que esta regla de conducta; tengamos, pues, el valor de adoptarla.

«¡Pero se clamará contra la Iglesia!» Se clamará, y luego ya no se gritará más. ¿No se grita acaso en el día? ¿Qué es el periodismo, qué la política en toda Europa sino un grito permanente contra la Iglesia, bajo el nombre de *partido cle-*

rical, de *ultramontanismo,* de *fanatismo?* Hablemos alto y fuerte en medio de este clamoreo; acordémonos que nos está prohibido el callar: ¡*Vae mihi, quia tacuil!*[62]

«Pero pidiendo demasiado, nada obtendréis.» De ningún modo pedimos demasiado; pedimos lo que Dios quiere, y lo que los hombres deben darle; lo que es justo, y, en fin, lo que solamente puede salvarnos a todos. Observadlo bien; aquí se trata de una cuestión de vida o muerte, como en otro tiempo, entre el paganismo y el cristianismo; son dos principios que se excluyen el uno al otro, la Iglesia y la Revolución, Jesucristo y el diablo; entre ellos no hay término medio. Por otra parte, ¿tendríais aún la simpleza de creer que las concesiones sirven de algo con los revolucionarios? «Una sola concesión puede satisfacernos: *ésta es la destrucción completa y entera del poder temporal de la Iglesia.»* Éstas son las palabras textuales de La Revolución. Si pidiéramos poco, nada ganaríamos.

«¡Pero debemos ser caritativos!» Sí por cierto; la caridad y la dulzura pueden volver los culpables al buen camino, y por esto hemos de ser siempre dulces y caritativos; pero las cuestiones de principios son cuestiones de *verdad* y no de caridad; y en ellas no hay materia para concesión alguna. Antes que sociedad de caridad, es la Iglesia sociedad de verdad. **Nunca deben separarse la verdad y la caridad. La caridad que sacrificase la verdad, dejaría de serlo, y no sería más que debilidad y traición.**

«¡Pero la prudencia es necesaria aun para decir la verdad, y tampoco se deben tirar las perlas a los cerdos!» Sin duda alguna; pero jamás debe hacerse traición a la verdad, ni a la Iglesia, ni a Cristo, bajo el pretexto de atraerse con más facilidad las simpatías de los hombres. Nunca observó la Iglesia tal conducta; nunca recurrieron a esta falsa prudencia los Apóstoles, los Papas ni los Santos. Los cristianos que obrasen de otro modo obrarían mal; y si sus rectas intenciones no los excusarán, serían, a no dudarlo, culpables a los ojos de Dios.

---

[62] Isaías 6, 5: ¡Ay de mí que no dije lo que convenía!

«Pero, en fin, todas las verdades no son buenas para ser dichas» Ya lo sé; pero esto se entiende solamente de aquellas verdades que hieren sin utilidad alguna, y no de aquellas que pueden curar y salvar. Ahora bien; solo las verdades del orden católico, antirrevolucionario, pueden salvar al mundo en el tiempo en que nos hallamos. Proclamémoslas, **y con una firmeza caritativa salvemos a nuestros hermanos, aun a pesar suyo.**

Y, en fin, como dice el P. Lacordaire en una de sus magníficas Conferencias, «vale más intentar algo, que no intentarlo.»

No está todo perdido todavía. Las circunstancias son graves, y todos lo reconocen; la Iglesia pierde cada día más su influencia, por no decir su existencia *social;* por todas partes hay católicos, y buenos católicos; pero ya no hay poderes católicos, ya no hay Estados constituidos según el orden divino, el mar revolucionario avanza cada día más, como las olas del primer diluvio; pero, a pesar de todo, siempre existen los elementos de salvación. Lo repito con seguridad: el estado actual del mundo es un estado transitorio. Una de dos: o la Iglesia, en un tiempo dado, triunfará de La Revolución, y en este caso desaparecerían por sí mismas estas necesidades de transición que se nos quiere obligar a aceptar hoy día como principios, dejando el campo libre a los principios eternos del cristianismo, o al contrario, triunfará La Revolución por algún tiempo; y entonces, ¿de qué nos habrán servido las concesiones que ahora se nos aconsejan? Si ha llegado «la hora de las tinieblas,» la hora del príncipe de este mundo; si está en los altos designios de Dios que sucumbamos en la lucha, defendiendo hasta el fin los derechos de Dios; si así debe ser, al menos habremos sido buenos servidores, y podremos decir con el grande Apóstol: «He combatido por el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fe. Solo me queda el recibir la corona de justicia, que me dará Nuestro Señor, el Divino Juez.»

«¿Puede acaso La Revolución triunfar del todo de la Iglesia? ¿Puede acaso perecer la obra de Dios?» La obra de

Dios no perecerá, pero sucederá con la Iglesia lo que sucedió con su Divino Jefe; tendrá como Él *su hora,* su pasión, su calvario, su sepulcro, antes de reinar sobre el universo entero, y antes de juntar bajo el cayado del Pastor Celestial a toda la humanidad. Todo esto lo profetizó el Evangelio.

Pero esta solución *muy posible* de la cuestión revolucionaria, merece que nos detengamos un poco en ella.



XXV

Terrible y posibilísimo término de la cuestión revolucionaria

Cierto número de católicos, y entre ellos muchos Obispos y Doctores muy eminentes en ciencia y santidad, tienen la profunda convicción de que nos acercamos a los últimos tiempos del mundo, y que la gran rebelión que viene destrozando desde hace tres siglos todas las tradiciones e instituciones religiosas, tendrá por fin el reino del *Anticristo.*

Es de fe revelada que a la última venida de Jesucristo precederán un trastorno moral horroroso y la más terrible lucha de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia: *Erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet.* (San Mateo 24, 21). Lo mismo que el cristianismo entero se resume en la persona de su Jefe Divino, Nuestro Salvador, lo mismo el anticristianismo entero con sus rebeliones, sus atentados y sus sacrilegios se resumirá en aquellos tiempos en la persona de un hombre que estará lleno de la inspiración y de la rabia de Satanás, y este hombre será el *Anticristo.* Éste será una especie de encarnación de Satanás, y el esfuerzo supremo de la rebeldía del demonio contra Dios.

La Escritura nos habla claramente, en muchas partes, de la aparición de éste en el mundo; entre otras, en el capítulo

24 de San Mateo, en el 23 de San Marcos, y en el 21 de San Lucas, y en muchas epístolas de los Santos Apóstoles[63]. En cuanto a San Juan, es el que ha sido escogido por la Divina Providencia para enseñarnos, en la magnífica profecía de su *Apocalipsis,* los dolores que precederán y acompañarán el reinado maldito del Anticristo, la destrucción de éste, y por fin el reinado glorioso do Jesucristo y su Iglesia[64].

El Anticristo reasumirá, decíamos, y en un grado supremo, todos los caracteres de todas las revoluciones anticristianas. Será gran sacerdote como Nerón y como los otros emperadores paganos; heresiarca como Arrio, Nestorio, Manes, Pelagio, Lutero y Calvino; destruirá y matará como Mahoma y los demás bárbaros; se rebelará contra el Papado como los césares de la edad media, como el cismático Facio; negará el verdadero Dios en Cristo y su Iglesia, y hará reinar sobre todo el universo el satanismo o La Revolución perfecta. Después de una persecución universal, sin ejemplo desde que existe el mundo, volverá a echar a la Iglesia en las Catacumbas, abolirá el culto divino, se hará adorar como el Cristo-Dios, y como tal se creará un Pontífice jefe de su culto impío; y todo hombre que no lleve su marca en la frente o en la mano derecha, será declarado fuera de la ley y condenado a muerte. El reino revolucionario del Anticristo durará tres años y medio. Nuestros Santos Libros contienen la narración espantosa y profética del mismo, y nos enseñan que la salvación vendrá, aunque inesperada, con la gloriosa llegada del Salvador en el momento en que todo parecerá estar tranquilo. Ésta será la Pascua, la resurrección de la Iglesia, después de su dolorosa pasión. Entonces quedará despedazado, aniquilado el poder de Satanás; entonces, pero solamente entonces, quedará vencida La Revolución.

Tenemos indicios muy graves para creer que el reinado del Anticristo no está tan lejano como se piensa. La Revolución le prepara el camino, destruyendo la fe, seduciendo las masas, envileciendo los caracteres, trabajando, en fin, sin

63 Véase sobre todo la segunda epístola a los Tesalonicenses, cap. II.

64 Véase el Apocalipsis, desde el cap. 6 hasta el 20, el que refiere la ruina del Anticristo y el triunfo de la Iglesia hasta el juicio final.

descanso en la abolición *social* de la Iglesia. Entre las razones que inducen a creer la llegada de la tentación suprema, indicaré las siguientes a la seria meditación de los hombres de fe. El valor de ellas es incontestable, y por mi parte las encuentro más que probables.

1. Después de haber anunciado las señales precursoras del último combate, que Él llama "*los principios de los dolores" haec autem omnia initia sunt dolorum,* Nuestro Señor, en el cap. 24 del Evangelio de San Mateo, dice formalmente que la consumación vendrá cuando el Evangelio haya sido predicado a todas las naciones: *Predicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe, in testimonium ómnibus gentibus, et tunc veniet consummatio.*

Todos saben que ya apenas queda ningún pueblo al cual no le haya sido predicado el Evangelio. Principalmente de treinta años a esta parte, ha tomado la propagación de la fe una ostensión prodigiosa. Se ha evangelizado la Oceanía entera; nuestros misioneros han penetrado hasta el centro de la alta Asia, hasta el Tíbet; se ha principiado gloriosamente la evangelización del África, aun del África Central; las dos Américas han sido recorridas en todos sentidos por los infatigables heraldos de Jesucristo. Que pase medio siglo, y quizá menos (gracias a los revolucionarios de Europa, que echan a lo lejos las Órdenes religiosas, y principalmente las poderosas legiones de la Compañía de Jesús); que pase este tiempo, digo, y seguro es «que el Evangelio del reino habrá sido predicado al mundo entero en testimonio para todas las naciones; *el* TUNC *venid consummatio,* **ENTONCES VENDRÁ EL FIN.**» Ahora pregunto: ¿cómo escapar a este hecho, a estas palabras y a su consecuencia evidente?

2. Está anunciado además por el mismo Jesucristo que, al acercarse los últimos tiempos, la fe estará casi apagada sobre la tierra: «¿Cuando vuelva el Hijo del Hombre, pensáis vosotros, dijo a sus discípulos, que encontrará fe sobre la tierra?» *Filius Hominis veniens, putas inveniet fidem in terra?* (San Lucas 18, 8).

Ahora bien: ¿no es también evidente el que, a pesar de la resurrección religiosa y muy real de un cierto número de almas escogidas, no es evidente que las masas han perdido ya la fe, o están en camino de perderla? Esto es verdad para Francia; empieza a serlo para Italia y España, etc. El mundo católico está perdiendo la fe, que ya está arruinada en las tres cuartas partes de Europa por el protestantismo, y combatida, amenazada en el universo entero por el furor de este mismo protestantismo reunido al de las demás falsas religiones. Como lo hemos observado más arriba, la influencia deletérea de la prensa cotidiana bastará ella sola, en muy poco tiempo, para arrancar del corazón de los pueblos una fe que ya está profundamente desarraigada. En todos los siglos cristianos ha habido incrédulos, pero nunca penetró la incredulidad en las masas y en las leyes del modo que lo viene haciendo hace medio siglo.

Y cuando se recuerdan las palabras de Jesucristo, ¿no se encuentra acaso bastante motivo para reflexionar?

3. El Apóstol San Pablo, en su segunda Epístola a los Tesalonicenses, habla muy detalladamente de los últimos tiempos y del Anticristo. Nos da otra señal por la cual podremos conocer que se acerca el peligro: *Ne terreamini... Quasi instet dies Domini; quoniam* **NISI VENERIT DISCESSIO PRIMUM**. No temáis, como si el día del Señor estuviese cercano; antes de él debe tener lugar la *apostasía* (cap. 11, 3).» Los principales intérpretes de la Escritura, como lo expone Santo Tomás, **entienden unánimemente por esta palabra *discessio* la renuncia general de los reinos a la fe católica y a la Iglesia, la apostasía universal de las sociedades y de las naciones, *apostatio gentium.*** Y es también uno de los caracteres distintivos de nuestra época, al mismo tiempo que la esencia misma de La Revolución, la separación de la Iglesia y del Estado; la apostasía de las sociedades como tales, la desorganización social del mundo católico, el ateísmo político y legal. Esta apostasía de las sociedades está ya consumada, o poco menos. ¿Cuál es el Estado, hoy día, sobre la tierra, que reconozca oficialmente y como una institución divina todos los derechos de la Iglesia, y que se someta, an-

tes que a toda otra ley, a la ley de Jesucristo, promulgada, explicada y aplicada soberanamente por el Papa, Jefe de la Iglesia? No existe ya uno solo de éstos. Llegó, pues, la señal dada por San Pablo, y seguramente no es a nosotros, cristianos del siglo XIX, a quienes se dirige aquella palabra: *ne terreamini:* no temáis.

«Mas ¿no se ha creído ver en muchas ocasiones de los siglos pasados estas mismas señales? ¿No se ha anunciado ya muchas veces el fin del mundo?» De esto se ha hablado en tres épocas, y no sin razón:

1. En el tiempo de Nerón al acercarse la primera persecución general de la Iglesia y la destrucción de Jerusalén.

2. A la caída del imperio romano, la invasión de los bárbaros y la aparición de Mahoma.

3. Finalmente, en el siglo xv al acercarse el pretendido renacimiento, y cuando se rebelaron Lutero y Calvino. No hablo del pánico famoso del año 1000, que no ha tenido carácter alguno formal y menos eclesiástico, ni ha estado fundado sobre la enseñanza de ningún Doctor de la Iglesia, y que no fue más que una impresión popular.

Las tres épocas que acabo de decir han sido los diferentes planos de un mismo y único cuadro. Cada una de ellas ha sido la figura profética y parcial del acontecimiento final de la catástrofe suprema que las profecías divinas parecen desarrollar más y más delante de los ojos oscurecidos de la generación presente. He aquí por qué en estas tres épocas fue legítimo en la Iglesia el presentimiento del fin del mundo. Jerusalén destruida simbolizaba en el primer siglo la destrucción futura de la Santa Iglesia, ciudad viva de Dios; Nerón era la figura del Anticristo, César y Pontífice pagano, haciéndose adorar por todo su imperio, perseguidor de los cristianos en todo el mundo conocido, dueño de la tierra, verdugo de San Pedro y San Pablo, del mismo modo que el Anticristo lo será de los dos grandes enviados de Dios, Enoch y Elías. No de otra manera cuando cayó el imperio romano, Mahoma, enemigo implacable del nombre cristia-

no, fue otra figura del Anticristo, como los bárbaros fueron el instrumento de Dios para castigar y derrumbar el imperio de los Césares, la Babilonia pagana, ebria de sangre de los mártires.

En fin, en el siglo xv tuvo razón San Vicente Ferrer diciendo al mundo católico: «Despertad y haced penitencia, la tentación se acerca;» porque poco tiempo después el renacimiento del paganismo y la fatal aparición de los dos grandes rebeldes Lutero y Calvino, comenzaron esta destrucción universal que se llama La Revolución; prepararon de antemano su venida y su triunfo, este triunfo desastroso formulado en el 1789, realizado plenamente, pero de paso, en el 1793, y desde entonces organizado, y que va tomando cada día más posesión de las inteligencias, instituciones, leyes, costumbres y sociedades.

Que pase todavía algún tiempo, y La Revolución dará a luz a su hijo, al hijo de Satanás, adversario del Hijo de Dios, «el hombre del pecado,» como dice San Pablo; «el hijo de perdición, el enemigo que se ensalzará sobre todo lo que se llama Dios o de lo que recibe un culto.» El Anticristo, en efecto, no solamente aplastará el cristianismo y la verdadera Iglesia; no solamente abolirá el culto del verdadero Dios, el sacrificio católico y el culto del Santísimo Sacramento, sino que se elevará por encima de todos los dioses de las naciones, de sus ídolos y de sus ceremonias; y se sentará en el templo de Dios, y se mostrará en él como si fuese Dios[65].

El misterio de iniquidad quedará consumado en toda su extensión, como lo fue al principio, cuando Jesucristo, nuestro Jefe, expiró sobre la Cruz, y Satanás se creerá dueño de todo. Su culto público se establecerá por todo el univer-

[65] "Que nadie os engañe de ninguna manera. Primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el Hombre impío, el Hijo de perdición, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios. Ne quis vos seducat ullo modo: quoniam nisi venerit discessio primum, et revelatus fuerit homo peccati filius perditionis, qui adversatur, et extollitur supra omne, quod dicitur Deus, aut quod colitur, ita ut in templo Dei sedeat ostendens se tamquam sit Deus" (2 Tesalonicenses 2, 3- 4).

so, por medio de aquellos prestigiosos y falsos milagros de que habla el Evangelio. Y éstos deberán ser muy poderosos, cuando Nuestro Señor, para prevenirnos contra ellos, nos declara que habrá «que seducir a los elegidos mismos» (si esto fuera posible): ET DABUNT SIGNA MAGNA ET PRODIGIA, **ITA UT IN ERRORUM INDUCANTUR** (*si fieri potest.)* etiam electi (San Mateo 24).

Según todas las probabilidades, y según el testimonio de los antiguos Padres, Roma infiel, a pesar del Papado, al que perseguirá como en otro tiempo, Roma será la capital del Anticristo y de su imperio, la Babilonia universal, maldita, más completamente aún que bajo Nerón y los Césares paganos. Suárez, Belarmino, Cornelio a Lapide, aseguran que esta es la tradición común de los Santos Padres, y que esta tradición tiene un origen apostólico. **Uno de los motivos más serios que inducen a creer que nos acercamos definitivamente a estos tiempos nefastos, es que nadie cree en ello**. En las tres épocas precitadas se *creía,* y en particular se creía en el fin del mundo; esto era una prueba segura de que aún estaba lejos. Hoy día ya no sucede lo mismo.

Todavía podría añadir muchas otras consideraciones muy serias; podría citar muchos otros textos de las Sagradas Escrituras; podría hacer ver muchas analogías entre la obra de seis días de la creación del mundo material y las seis edades tradicionales que debe durar la Iglesia, que es la creación espiritual y la obra divina por excelencia. Cada una de estas edades es de *mil* años, según todas las tradiciones hebraicas y cristianas; y solo nos faltan cien años, poco más o menos, para llegar al fin de la sexta edad, del sexto día de la Iglesia. Pero todas estas consideraciones nos llevarían demasiado lejos, y, si no me engaño**, creo haber dicho lo suficiente para demostrar a un espíritu cristiano y no prevenido que la situación presente merece ser tomada por lo serio; y que, según todas las apariencias, la Iglesia deberá pronto defenderse contra el peligro supremo.**

Ante este peligro, acercándonos probablemente a esta prueba sobrehumana, preciso es que todos seamos

santos, hombres de oración y de penitencia, enteramente separados de corazón de los bienes perecederos que La Revolución puede arrebatarnos, usando de este mundo como si no usásemos de él, dirigiendo nuestras miradas hacia la patria celestial, y no viviendo sobre la tierra más que para la eternidad. Debemos tomar por Reina y Señora de nuestro corazón a la Virgen Inmaculada, la Eucaristía por nuestro pan de cada día, al Santo Evangelio por nuestra lectura predilecta. Vivamos todos para Dios, fuertes en medio del torrente devastador y universal, unidos en todo con un lazo indisoluble al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo; busquemos en la pura luz católica el guía fiel que nos hará atravesar con paso seguro las tinieblas de La Revolución, conduciéndonos basta el puerto del descanso.

FIN



«La Religión pública está perdida en Europa si no tiene propiedad; la Europa está perdida si no tiene Religión pública.»



No basta la claridad en la inteligencia; precisa es además la santidad del corazón. Toda persona que quiera producir en sí una verdadera reacción contra el mal que nos devora, debe vivir como verdadero cristiano, llevar una vida pura, inocente, extraña al mundo, y en todo animada por el Espíritu del Evangelio. Debe orar a menudo y comulgar con frecuencia, bebiendo así, en este manantial vivo, la vida verdaderamente cristiana y católica. Los hombres de fe, de oración y de caridad son los únicos que poseen el secreto de las grandes victorias.

Apéndice

HUMANUM GENUS
SOBRE LA MASONERÍA Y OTRAS SECTAS

Carta Encíclica del Papa León XIII promulgada el 20 de abril de 1884

Amonestaciones de los Romanos Pontífices

1. Confirmación de los hechos
2. Organización "secreta"
3. Naturalismo "doctrina"
4. Contra la Sede Apostólica
5. Negación de los principios fundamentales
6. Consecuencias políticas
7. Errores y peligros
8. Remedios doctrinales
9. Organizaciones prácticas
10. Educación de la juventud

1 El humano linaje, después que, ***por envidia del demonio,*** se hubo, para su mayor desgracia, separado de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, quedó dividido en dos bandos diversos y adversos: uno de ellos combate asiduamente por la verdad y la virtud, y el otro por todo cuanto es contrario a la virtud y a la verdad.

El uno es el reino de Dios en la tierra, es decir**, la verdadera Iglesia de Jesucristo**, a la cual quien quisiere estar adherido de corazón y según conviene para **la salvación**, necesita servir a Dios y a su unigénito Hijo con todo su entendimiento y toda su voluntad; **el otro es el reino de Satanás**, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los funestos ejemplos **de su caudillo** y de nuestros primeros padres, **rehúsan obedecer a la ley divina y eterna**, y obran sin cesar o como si Dios no existiera o positivamente

contra Dios. Agudamente conoció y describió Agustín estos dos reinos a modo de dos ciudades contrarias en sus leyes y deseos, compendiando con sutil brevedad la causa eficiente de una y otra en estas palabras: *Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios edificó la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial*[66].

LA MASONERÍA

2. En el decurso de los siglos, las dos ciudades han luchado, la una contra la otra, con armas tan distintas como los métodos, aunque no siempre con igual ímpetu y ardor. **En nuestros días, todos los que favorecen la peor parte parecen conspirar a una y pelear con la mayor vehemencia, bajo la guía y auxilio de la sociedad que llaman de los *Masones*, por doquier dilatada y firmemente constituida.**

Sin disimular ya sus intentos, con la mayor audacia se revuelven contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios conquistados por Jesucristo, nuestro Salvador. Llorando Nos estos males, y movido nuestro ánimo por la caridad, Nos sentimos impelidos a clamar con frecuencia ante el Señor: *He aquí que tus enemigos vocearon; y levantaron la cabeza los que te odian. Contra tu pueblo determinaron malos consejos, discurrieron contra tus santos. Venid, dijeron, y hagámoslos desaparecer de entre las gentes* (*Salmo* 82, 2-4).

3. **En tan inminente riesgo, en medio de tan atroz y porfiada guerra contra el nombre cristiano, es nuestro deber indicar el peligro, señalar los adversarios, resistir cuanto podamos a sus malas artes y consejos, para que no perezcan eternamente aquellos cuya salvación Nos está confiada, y no sólo permanezca firme y entero el reino de Jesucristo que Nos hemos obligado a defender, sino que se dilate con nuevos aumentos por todo el orbe.**

---

[66] De civitate Dei. 14, 17.

AMONESTACIONES DE LOS ROMANOS PONTÍFICES

4. Los Romanos Pontífices Nuestros antecesores, velando solícitos por la salvación del pueblo cristiano, conocieron muy pronto quién era y qué quería este **capital enemigo**, apenas asomaba entre las tinieblas de **su oculta conjuración;** y como tocando a batalla les amonestaron con previsión a príncipes y pueblos que no se dejaran coger en las malas artes y asechanzas preparadas para engañarlos.

Dióse el primer aviso del peligro el año 1738 por el papa Clemente XII[67] cuya Constitución confirmó y renovó Benedicto XIV[68]. Pío VII[69] siguió las huellas de ambos, y León XII, incluyendo en la Constitución Apostólica *Quo graviora*[70] lo decretado en esta materia por los anteriores, lo ratificó y confirmó para siempre. Pío VIII[71], Gregorio XVI y Pío IX[73], por cierto repetidas veces, hablaron en el mismo sentido.

5. Y, en efecto, puesta en claro la naturaleza e intento de la secta masónica por indicios manifiestos, por procesos instruidos, por la publicación de sus leyes, ritos y revistas, allegándose a ello muchas veces las declaraciones mismas de los cómplices, esta Sede Apostólica denunció y proclamó abiertamente que la secta masónica, **constituida contra todo derecho y conveniencia**, era no menos perniciosa al Estado que a la religión cristiana, y amenazando con las más graves penas que la Iglesia puede emplear contra los delincuentes, prohibió terminantemente a todos inscribirse en esta sociedad.

Llenos de ira con esto sus secuaces, juzgando evadir o debilitar a lo menos, parte con el desprecio, parte con las

---

[67] Const. *In eminenti* 24 april. 1738.
[68] Const. *Providas* 18 mai. 1751.
[69] Const. *Ecclesiam a Iesu Christ*o 12 sept. 1821. Const. 13 mart. 1825.
[70] Const. 13 mart. 1825.
[71] Enc. *Traditi* 21 mai. 1829.
[72] Enc. *Mirari Vos* 15 aug. 1832.
[73] Enc. *Qui pluribus* 9 nov. 1846. -Aloc. *Multiplices inter* 25 sept. 1865, etcétera.

calumnias, la fuerza de aquellas censuras, culparon a los Sumos Pontífices que las decretaron de haberlo hecho injustamente o de haberse excedido en el modo. Así procuraron eludir el peso y autoridad de las Constituciones Apostólicas de Clemente XII, Benedicto XIV, Pío VII y Pío IX; aunque no faltaron en aquella misma sociedad quienes confesasen, aun a pesar suyo, que lo hecho por los Romanos Pontífices, conforme a la doctrina y disciplina de la Iglesia, era según derecho. En lo cual varios príncipes y jefes de gobierno se hallaron muy de acuerdo con los Papas, cuidando, ya de acusar a la sociedad masónica ante la Silla Apostólica, ya de condenarla por sí mismos, promulgando leyes a este propósito, como en Holanda, Austria, Suiza, España, Baviera, Saboya y en algunas otras partes de Italia.

CONFIRMACIÓN DE LOS HECHOS

6. Pero lo que sobre todo importa es ver comprobada por los sucesos la previsión de Nuestros Antecesores. En efecto, no siempre ni en todas partes lograron el deseado éxito sus cuidados próvidos y paternales; y esto, o por el fingimiento y astucia de los afiliados a esta iniquidad, o por la inconsiderada ligereza de aquellos, a quienes más interesaba haber vigilado con diligencia en este negocio. **Así que en espacio de siglo y medio la secta de los Masones ha logrado unos aumentos mucho mayores de cuanto podía esperarse, e infiltrándose con tanta audacia como dolo en todas las clases sociales ha llegado a tener tanto poder que parece haberse hecho casi dueña de los Estados.** De tan rápido y terrible progreso se ha seguido en la Iglesia, en la potestad de los príncipes y en la salud pública la ruina prevista muy de atrás por Nuestros Antecesores; **y se ha llegado a punto de temer grandemente para lo venidero, no ciertamente por la Iglesia, cuyo fundamento es bastante firme para que pueda ser socavado por esfuerzo humano, sino por aquellas mismas naciones en que logran influencia grande la secta de que hablamos u otras semejantes que se le agregan como auxiliares y satélites.**

7. Por estas causas, apenas subimos al gobierno de la Iglesia, vimos y experimentamos cuánto convenía resistir en lo posible a mal tan grave, interponiendo para ello nuestra autoridad.

En efecto, aprovechando repetidas veces la ocasión que se presentaba, hemos expuesto algunos de los más importantes puntos de doctrina en que parecía haber influido en gran manera la perversidad de los errores masónicos. Así, en nuestra carta encíclica *Quod apostolici muneris* emprendimos demostrar con razones convincentes las monstruosidades de los *socialistas y comunistas;* después, en otra, *Arcanum,* cuidamos de defender y explicar la verdadera y genuina noción de la sociedad doméstica, que tiene su fuente y origen en el matrimonio; por último, en la encíclica *Diuturnum,* propusimos la forma de la potestad política moderada según los principios de sabiduría cristiana, tan maravillosamente acorde con la naturaleza misma de las cosas y la salud de los pueblos y príncipes. Ahora, a ejemplo de Nuestros Predecesores, hemos resuelto ocuparnos expresamente de la misma sociedad masónica, de toda su doctrina, así como de sus planes y manera de pensar y de obrar, a fin de que así llegue a conocerse, con la mayor claridad posible, su maliciosa naturaleza, y pueda evitarse el contagio de peste tan funesta.

ORGANIZACIÓN “SECRETA”

8. Hay varias sectas que, si bien diferentes en nombre, ritos, forma y origen, unidas entre sí por cierta comunión de propósitos y afinidad entre sus opiniones capitales, concuerdan de hecho con la secta masónica, especie de centro de donde todas salen y adonde vuelven. Éstas, aunque aparenten no querer en manera alguna ocultarse en las tinieblas, y tengan sus juntas a vista de todos, y publiquen sus periódicos, con todo, bien miradas, son un género de sociedades secretas, cuyos usos conservan. Pues muchas cosas hay en ellas a manera de arcanos, las cuales hay mandato de ocultar con muy exquisita diligencia, no sólo a los extraños, sino a muchos de sus mismos adeptos, como son los planes íntimos

y verdaderos, así como los jefes supremos de cada logia, las reuniones más reducidas y secretas, sus deliberaciones, por qué vía y con qué medios se han de llevar a cabo. A esto se dirige la múltiple diversidad de derechos, obligaciones y cargos que hay entre los socios, la distinción establecida de órdenes y grados y la severidad de la disciplina por que se rigen. Tienen que prometer los iniciados, y aun de ordinarios se obligan a jurar solemnemente, no descubrir nunca ni de modo alguno sus compañeros, sus signos, sus doctrinas. **Con estas mentidas apariencias y arte constante de fingimiento, procuran los Masones con todo empeño, como en otro tiempo los maniqueos, ocultarse y no tener otros testigos que los suyos. Celebran reuniones muy ocultas**, simulando sociedades eruditas de literatos y sabios, hablan continuamente de su entusiasmo por la civilización, y de su amor hacia los más humildes: dicen que su único deseo es mejorar la condición de los pueblos y comunicar a cuantos más puedan las ventajas de la sociedad civil. Aunque fueran verdaderos tales propósitos, no todo está en ellos. Además, **deben los afiliados dar palabra y seguridad de ciega y absoluta obediencia a sus jefes y maestros, estar preparados a obedecerles a la menor señal e indicación;** y de no hacerlo así, a no rehusar los más duros castigos ni la misma muerte. Y, en efecto, cuando se ha juzgado que algunos han traicionado al secreto o han desobedecido las órdenes, no es raro darles muerte con tal audacia y destreza, que el asesino burla muy a menudo las pesquisas de la policía y el castigo de la justicia.

Ahora bien: esto de fingir y querer esconderse, de sujetar a los hombres como a esclavos con fortísimo lazo y sin causa bastante conocida, de valerse para toda maldad de hombres sujetos al capricho de otro, de armar a los asesinos procurándoles la impunidad de sus crímenes, es una monstruosidad que la misma naturaleza rechaza; y, por lo tanto, la razón y la misma verdad evidentemente demuestran que la sociedad de que hablamos pugna con la justicia y la probidad naturales.

9. Singularmente, cuando hay otros argumentos, por cierto clarísimos, que ponen de manifiesto esta falta de probidad natural. Porque, por grande astucia que tengan los hombres para ocultarse, por grande que sea su costumbre de mentir, es imposible que no aparezca de algún modo en los efectos la naturaleza de la causa. ***No puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo dar buenos frutos*** (San Mateo 7, 18). Y **los frutos de la secta masónica son, además de dañosos, muy amargos. Porque de los certísimos indicios antes mencionados resulta claro el último y principal de sus intentos, a saber: destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, y levantar a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del *naturalismo.***

10. Cuanto hemos dicho y diremos, debe entenderse de la secta masónica en *sí misma* y en cuanto abraza otras con ella unidas y confederadas, pero no de cada uno de sus secuaces. Puede haberlos, en efecto, y no pocos, que, si bien no dejan de tener culpa por haberse comprometido con semejantes sociedades, con todo no participan por sí mismos en sus crímenes e ignoran sus últimas intenciones. Del mismo modo, aun entre las otras asociaciones unidas con la masonería, algunas tal vez no aprobarán ciertas conclusiones extremas que sería lógico abrazar como dimanadas de principios comunes, si no causara horror su misma torpe fealdad. Algunas también, por circunstancias de tiempo y lugar, no se atreven a hacer tanto como ellas mismas quisieran y suelen hacer las otras; pero no por eso se han de tener por ajenas a la confederación masónica, pues ésta no tanto ha de juzgarse por sus hechos y las cosas que lleva a cabo, cuanto por el conjunto de los principios que profesa.

NATURALISMO “DOCTRINA”

11. Ahora bien: es principio capital de los que siguen el naturalismo, como lo declara su mismo nombre, que **la naturaleza y razón humana ha de ser en todo maestra y soberana absoluta; y, sentado esto, descuidan los deberes para con Dios o tienen de ellos conceptos vagos y erró-**

neos. Niegan, en efecto, toda divina revelación; no admiten dogma religioso ni verdad alguna que la razón humana no pueda comprender, ni maestro a quien precisamente deba creerse por la autoridad de su oficio. Y como, en verdad, es oficio propio de la Iglesia Católica, y que a ella sola pertenece, el guardar enteramente y defender en su incorrupta pureza el depósito de las doctrinas reveladas por Dios, la autoridad del magisterio y los demás medios sobrenaturales para la salvación, de aquí el haberse vuelto contra ella toda la saña y el ahínco todo de estos enemigos.

12. Véase ahora el proceder de la secta masónica en lo tocante a la religión, singularmente donde tiene mayor libertad para obrar, y júzguese si es o no verdad que todo su empeño está en llevar a cabo las teorías de los naturalistas. **Mucho tiempo ha que trabaja tenazmente para anular en la sociedad toda influencia del magisterio y autoridad de la Iglesia; por esto proclaman y defienden por doquier el principio de que "Iglesia y Estado deben estar por completo separados" y así excluyen de las leyes y administración del Estado el muy saludable influjo de la religión católica, de donde se sigue que los Estados se han de constituir haciendo caso omiso de las enseñanzas y preceptos de la Iglesia.**

Ni les basta con prescindir de tan buena guía como la Iglesia, sino que la agravan con persecuciones y ofensas. Se llega, en efecto, a combatir impunemente de palabra, por escrito y en la enseñanza, los mismos fundamentos de la religión católica; se pisotean los derechos de la Iglesia; no se respetan las prerrogativas con que Dios la dotó; se reduce casi a nada su libertad de acción, y esto con leyes en apariencia no muy violentas, pero en realidad expresamente hechas y acomodadas para atarle las manos. Vemos, además, al Clero oprimido con leyes excepcionales y graves, para que cada día vaya disminuyendo en número y le falten las cosas más necesarias; los restos de los bienes de la Iglesia, sujetos a todo género de trabas y gravámenes y enteramente puestos al arbitrio y juicio del Estado; las Órdenes religiosas, suprimidas y dispersas.

CONTRA LA SEDE APOSTÓLICA

13. Pero donde, sobre todo, se extrema la rabia de los enemigos es contra la Sede Apostólica y el Romano Pontífice. Quitósele primero con fingidos pretextos el reino temporal, baluarte de su independencia y de sus derechos; en seguida se le redujo a situación inicua, a la par que intolerable, por las dificultades que de todas partes se le oponen; hasta que, por fin, se ha llegado a punto de que los fautores de las sectas proclamen abiertamente lo que en oculto maquinaron largo tiempo, a saber, que se ha de suprimir la sagrada potestad del Pontífice y destruir por entero el Pontificado, instituido por derecho divino. Aunque faltaran otros testimonios, consta suficientemente lo dicho por el de los sectarios, muchos de los cuales, tanto en otras diversas ocasiones como últimamente, han declarado que el propósito de los Masones es perseguir cuanto puedan a los católicos con una enemistad implacable, y no descansar hasta lograr que sea destruido todo cuanto los Sumos Pontífices han establecido en materia de religión o por causa de ella.

Y si no se obliga a los adeptos a abjurar expresamente la fe católica, tan lejos está esto de oponerse a los intentos masónicos, que antes bien sirve a ellos. Primero, porque éste es el camino de engañar fácilmente a los sencillos e incautos y de atraer a muchos más; y después, porque, abriendo los brazos a cualesquiera y de cualquier religión, consiguen persuadir de hecho el grande error de estos tiempos, a saber, el indiferentismo religioso y la igualdad de todos los cultos; conducta muy a propósito para arruinar toda religión, singularmente la católica, a la que, por ser la única verdadera, no sin suma injuria se la iguala con las demás.

NEGACIÓN DE LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

14. **Pero más lejos van los naturalistas, porque, lanzados audazmente por las sendas del error en las cosas de mayor momento, caen despeñados en lo profundo, sea por la flaqueza humana, sea por un justo juicio de Dios, que castiga su soberbia.** Así es que en ellos pierden su cer-

teza y fijeza aun las verdades que se conocen por luz natural de la razón, como son la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma humana.

Y la secta de los Masones da en estos mismos escollos del error con no menos precipitado curso. Porque, si bien confiesan, en general, que Dios existe, ellos mismos testifican no estar impresa esta verdad en la mente de cada uno con firme asentimiento y estable juicio. Ni disimulan tampoco ser entre ellos esta cuestión de Dios causa y fuente abundantísima de discordia; y aun es notorio que últimamente hubo entre ellos, por esta misma cuestión, no leve contienda. De hecho la secta concede a los suyos libertad absoluta de defender que Dios existe o que no existe; y con la misma facilidad se recibe a los que resueltamente defienden la negativa, como a los que opinan que existe Dios, pero sienten de Él perversamente, como suelen los panteístas; lo cual no es otra cosa que acabar con la verdadera noción de la naturaleza divina, conservando de ella no se sabe qué absurdas apariencias. Destruido o debilitado este principal fundamento, síguese que han de quedar vacilantes otras verdades conocidas por la luz natural: por ejemplo, que todo existe por la libre voluntad de Dios creador; que su providencia rige el mundo; que las almas no mueren; que a esta vida ha de suceder otra sempiterna.

15. Destruidos estos principios, que son como la base del orden natural, importantísimo para la conducta racional y práctica de la vida, fácilmente aparece cuáles han de ser las costumbres públicas y privadas. Nada decimos de las virtudes sobrenaturales, que nadie puede alcanzar ni ejercitar sin especial gracia y don de Dios, de las cuales por fuerza no ha de quedar vestigio en los que desprecian por desconocidas la redención del género humano, la gracia divina, los sacramentos, la felicidad que se ha de alcanzar en el cielo.

Hablamos de las obligaciones que se deducen de la probidad natural. Un Dios creador del mundo y su próvido gobernador; una ley eterna que manda conservar el orden natural y veda el perturbarlo; un fin último del hombre y

mucho más excelso que todas las cosas humanas y más allá de esta morada terrestre; éstos son los principios y fuente de toda honestidad y justicia; y, suprimidos éstos, como suelen hacerlo naturalistas y masones, falta inmediatamente todo fundamento y defensa a la ciencia de lo justo y de lo injusto. Y, en efecto, la única educación que a los Masones agrada, y con la que, según ellos, se ha de educar a la juventud, es la que llama *laica, independiente, libre;* es decir, que excluya toda idea religiosa. Pero cuán escasa sea ésta, cuán falta de firmeza y a merced del soplo de las pasiones, bien lo manifiestan los dolorosos frutos que ya se ven en parte; en dondequiera que esta educación ha comenzado a reinar más libremente, una vez suprimida la educación cristiana, prontamente se han visto desaparecer las buenas y sanas costumbres, tomar cuerpo las opiniones más monstruosas y subir de todo punto la audacia en los crímenes. Públicamente se lamenta y deplora todo esto, y aun lo reconocen, aunque no querrían, no pocos que se ven forzados a ello por la evidencia de la verdad.

16. Además, como la naturaleza humana quedó inficionada con la mancha del primer pecado, y por lo tanto más propensa al vicio que a la virtud, se requiere absolutamente para obrar bien sujetar los movimientos obcecados del ánimo y hacer que los apetitos obedezcan a la razón. Y para que en este combate conserve siempre su señorío la razón vencedora, se necesita muy a menudo despreciar todas las cosas humanas y pasar grandísimas molestias y trabajos. Pero los naturalistas y masones, que ninguna fe dan a las verdades reveladas por Dios, niegan que pecara nuestro primer padre, y estiman, por tanto, al libre albedrío en nada *amenguado en sus fuerzas ni inclinado al mal*[74]. Antes, por lo contrario, exagerando las fuerzas y excelencia de la naturaleza, y poniendo en ésta únicamente el principio y norma de la justicia, ni aun pensar pueden que para calmar sus ímpetus y regir sus apetitos se necesite una asidua pelea y constancia suma. De aquí vemos ofrecerse públicamente tantos estímulos a los apetitos del hombre: periódicos y revistas, sin moderación ni vergüenza alguna; obras dramáticas, licenciosas en alto

grado; asuntos para las artes, sacados con proterva de los principios de eso que llaman *realismo;* ingeniosos inventos para una vida muelle y muy regalada; rebuscados, en suma, toda suerte de halagos sensuales, a los cuales cierre los ojos la virtud adormecida. En lo cual obran perversamente, pero son en ello muy consecuentes consigo mismos, quienes quitan toda esperanza de los bienes celestiales, y ponen vilmente en cosas perecederas toda la felicidad, como si la fijaran en la tierra. Lo referido puede confirmar una cosa más extraña de decirse que de creerse. Porque, como apenas hay tan rendidos servidores de esos hombres sagaces y astutos como los que tienen el ánimo enervado y quebrantado por la tiranía de las pasiones, hubo en la secta masónica quien dijo públicamente y propuso que ha de procurarse con persuasión y maña que la multitud se sacie con la innumerable licencia de los vicios, en la seguridad que así la tendrán sujeta a su arbitrio para poder atreverse a todo en lo futuro.

17. Por lo que toca a la vida doméstica, he aquí casi toda la doctrina de los naturalistas. El matrimonio es un mero contrato: puede justamente rescindirse a voluntad de los contratantes; la autoridad civil tiene poder sobre el vínculo matrimonial. En el educar los hijos nada hay que enseñarles como cierto y determinado en punto de religión; al llegar a la adolescencia, corre a cuenta de cada cual escoger lo que guste. Esto mismo piensan los Masones; no solamente lo piensan, sino que se empeñan, hace ya mucho, en reducirlo a costumbre y práctica. En muchos Estados, aun en los llamados católicos, está establecido que fuera del matrimonio civil no hay unión legítima; en otros, la ley permite el divorcio; en otros se trabaja para que cuanto antes sea permitido. Así, apresuradamente se corre a cambiar la naturaleza del matrimonio en unión inestable y pasajera, que la pasión haga o deshaga a su antojo.

También tiene puesta la mira, con suma conspiración de voluntades, la secta de los Masones en arrebatar para sí la educación de los jóvenes. Ven cuán fácilmente pueden amol-

---

[74] Concilio Tridentino. Session 6. De iustificatione. c. 1.

dar a su capricho esta edad tierna y flexible y torcerla hacia donde quieran, y nada más oportuno para lograr que se forme así para la sociedad una generación de ciudadanos tal cual ellos se la forjan. Por tanto, en punto de educación y enseñanza de los niños, nada dejan al magisterio y vigilancia de los ministros de la Iglesia, habiendo llegado ya a conseguir que en varios lugares toda la educación de los jóvenes esté en manos de laicos, de suerte que, al formar sus corazones, nada se les diga de los grandes y santísimos deberes que ligan al hombre con Dios.

CONSECUENCIAS POLÍTICAS

18. Vienen en seguida los principios de la ciencia política. En este género dogmatizan los naturalistas que los hombres todos tienen iguales derechos y son de igual condición en todo; que todos son libres por naturaleza; que ninguno tiene derecho para mandar a otro, y el pretender que los hombres obedezcan a cualquier autoridad que no venga de ellos mismos es propiamente hacerles violencia. Todo está, pues, en manos del pueblo libre; la autoridad existe por mandato o concesión del pueblo; tanto que, mudada la voluntad popular, es lícito destronar a los príncipes aun por la fuerza. La fuente de todos los derechos y obligaciones civiles está o en la multitud o en el Gobierno de la nación, organizado, por supuesto, según los nuevos principios. **Conviene, además, que el Estado sea ateo; no hay razón para anteponer una a otra entre las varias religiones, pues todas deben ser igualmente consideradas**.

19. Y que todo esto agrade a los Masones del mismo modo, y quieran ellos constituir las naciones según este modelo, es cosa tan conocida que no necesita demostrarse. Con todas sus fuerzas e intereses lo están maquinando así hace mucho tiempo, y con esto dejan expedito el camino a no pocos más audaces que se inclinan a peores opiniones, pues proyectan la igualdad y comunidad de toda la riqueza, borrando así del Estado toda diferencia de clases y fortunas.

ERRORES Y PELIGROS

20. De lo que sumariamente hemos referido aparece bastante claro que sea y por dónde va la secta de los Masones. Sus principales dogmas discrepan tanto y tan claramente de la razón, que nada puede ser más perverso**. Querer acabar con la religión y la Iglesia, fundada y conservada perennemente por el mismo Dios, y resucitar después de dieciocho siglos las costumbres y doctrinas gentílicas, es necedad insigne y muy audaz impiedad.** Ni es menos horrible o más llevadero el rechazar los beneficios que con tanta bondad alcanzó Jesucristo, no sólo a cada hombre en particular, sino también en cuanto viven unidos en la familia o en la sociedad civil, beneficios señaladísimos hasta según el juicio y testimonio de los mismos enemigos. En tan feroz e insensato propósito parece reconocerse el mismo implacable odio o sed de venganza en que arde Satanás contra Jesucristo.

Así como el otro vehemente empeño de los Masones, el de destruir los principales fundamentos de lo justo y lo honesto, y animar así a los que, a imitación del animal, quisiera fuera lícito cuanto agrada, no es otra cosa que empujar el género humano ignominiosa y vergonzosamente a su extrema ruina.

21. Aumentan el mal los peligros que amenazan a la sociedad doméstica y civil. Porque, como otras veces lo hemos expuesto, hay en el matrimonio, según el común y casi universal sentir de todos los pueblos y siglos, algo de sagrado y religioso: veda, además, la ley divina que pueda disolverse. Pero si esto se permitiera, si el matrimonio se hace profano, necesariamente ha de seguirse en la familia la discordia y la confusión, cayendo de su dignidad la mujer y quedando incierta la prole tanto sobre sus bienes como sobre su propia vida.

22. Pues el no cuidar oficialmente para nada de la religión, y en la administración y ordenación de la cosa pública no tener cuenta ninguna de Dios, como si no existiese, es

atrevimiento inaudito aun entre los mismos gentiles, en cuyo corazón y en cuyo entendimiento tan grabada estuvo no sólo la creencia en los dioses, sino la necesidad de un culto público, que reputaban más fácil encontrar una ciudad sin suelo que sin Dios.

De hecho la sociedad humana a que nos sentimos naturalmente inclinados fue constituida por Dios, autor de la naturaleza; y de Él emana, como de principio y fuente, la naturaleza y perenne abundancia de los bienes innumerables en que la sociedad abunda. Así, pues, como la misma naturaleza enseña a cada uno en particular a dar piadosa y santamente culto a Dios por tener de Él la vida y los bienes que la acompañan, así, y por idéntica causa, incumbe este mismo deber a pueblos y Estados. Y los que quisieran a la sociedad civil libre de todo deber religioso, claro está que obran no sólo injusta, sino ignorante y absurdamente.

Si, pues, los hombres por voluntad de Dios nacen ordenados a la sociedad civil, y a ésta es tan indispensable el vínculo de la autoridad que, quitando éste, por necesidad se disuelve aquélla, se sigue que el mismo que creó la sociedad creó la autoridad. De aquí se ve que quien está revestido de ella, sea quien fuere, es ministro de Dios, y, por tanto, según lo piden el fin y la naturaleza de la sociedad humana, es tan puesto en razón el obedecer a la potestad legítima cuando manda lo justo, como obedecer a la autoridad de Dios, que todo lo gobierna; y nada tan falso como el pretender que corresponda por completo a la masa del pueblo el negar la obediencia cuando le agrade. Todos los hombres son, ciertamente, iguales: nadie duda de ello, si se consideran bien la comunidad igual de origen y naturaleza, el fin último cuya consecuencia se ha señalado a cada uno, y finalmente los derechos y deberes que de ellos nacen necesariamente.

23. Mas como no pueden ser iguales las capacidades de los hombres, y distan mucho uno de otro por razón de las fuerzas corporales o del espíritu, y son tantas las diferencias de costumbres, voluntades y temperamentos, nada más repugnante a la razón que el pretender abarcarlo y confundirlo

todo y llevar a las leyes de la vida civil tan rigurosa igualdad. Así como la perfecta constitución del cuerpo humano resulta de la juntura y composición de miembros diversos, que, diferentes en forma y funciones, atados y puestos en sus propios lugares, constituyen un organismo hermoso a la vista, vigoroso y apto para bien funcionar, así en la humana sociedad son casi infinitas las diferencias de los individuos que la forman; y si todos fueran iguales y cada uno se rigiera a su arbitrio, nada habría más deforme que semejante sociedad; mientras que si todos, en distinto grado de dignidad, oficios y aptitudes, armoniosamente conspiran al bien común, retratarán la imagen de una ciudad bien constituida y según pide la naturaleza.

24. Además, de los turbulentos errores, que ya llevamos enumerados, han de temerse los mayores peligros para los Estados. Porque, quitado el temor de Dios y el respeto a las leyes divinas, menospreciada la autoridad de los príncipes, consentida y legitimada la manía de las revoluciones, sueltas con la mayor licencia las pasiones populares, sin otro freno que el castigo, ha de seguirse necesariamente el trastorno y la ruina de todas las cosas. Y aun precisamente esta ruina y trastorno, es lo que a conciencia maquinan y expresamente proclaman unidas las masas de *comunistas y socialistas,* a cuyos designios no podrá decirse ajena la secta de los Masones, pues favorece en gran manera sus planes y conviene con ellas en los principales *dogmas.* Y si de hecho no llegan inmediatamente y en todas partes a las últimas consecuencias, no se atribuya a sus doctrinas ni a su voluntad, sino a la eficacia de la religión divina, que no puede extinguirse, y a la parte más sana de los hombres, que, rechazando la servidumbre de las sociedades secretas, resisten con valor a sus locos conatos.

25. ¡Ojalá juzgasen todos del árbol por sus frutos y conocieran la semilla y principio de los males que nos oprimen y los peligros que nos amenazan! Tenemos que habérnoslas con un enemigo astuto y doloso que, halagando los oídos de pueblos y príncipes, ha cautivado a unos y otros con blandura de palabras y adulaciones.

Al insinuarse entre los príncipes fingiendo amistad, pusieron la mira los Masones en lograrlos como socios y colaboradores poderosos para oprimir a la religión católica; y para estimularles más con insistente calumnia acusaron a la Iglesia de que, envidiosa, disputaba a los príncipes su potestad y prerrogativas reales. Lograda por tales artes la audacia y la seguridad, comenzaron a intervenir con gran influencia en el régimen de las naciones, estando dispuestos -por lo demás- a sacudir los fundamentos de los imperios y a perseguir, calumniar y destronar a los príncipes, siempre que ellos no se mostrasen inclinados a gobernar a gusto de la secta.

No de otro modo engañaron, adulándolos, a los pueblos. Voceando libertad y prosperidad pública, haciendo ver que por culpa de la Iglesia y de los monarcas, no había salido ya la multitud de su inicua servidumbre y de su miseria, engañaron al pueblo, y, despertada en él la sed de novedades, le incitaron a combatir contra ambas potestades. Pero ventajas tan esperadas están más en el deseo que en la realidad, y antes bien, más oprimida la plebe, se ve forzada a carecer en gran parte de las mismas cosas en que esperaba el consuelo de su miseria, las cuales hubiera podido hallar con facilidad y abundancia en la sociedad cristianamente constituida. Y éste es el castigo de su soberbia, que suelen encontrar cuantos se vuelven contra el orden de la Providencia Divina: que tropiezan con una suerte desoladora y mísera allí mismo donde, temerarios, la esperaban próspera y abundante según sus deseos.

26. La Iglesia, en cambio, como que manda obedecer primero y sobre todo a Dios, Soberano Señor de todas las cosas, no podría, sin injuria y falsedad, ser tenida por enemiga de la potestad civil, usurpadora de algún derecho de los príncipes; antes bien, quiere se dé al poder civil, por dictamen y obligación de conciencia, cuanto de derecho se le debe; y el hacer dimanar de Dios mismo, conforme hace la Iglesia, el derecho de mandar, da gran incremento a la dignidad del poder civil y no leve apoyo para captarse el respeto y benevolencia de los ciudadanos. Amiga de la paz, la misma Iglesia fomenta la concordia, abraza a todos con

maternal cariño y, ocupada únicamente en ayudar a los hombres, enseña que conviene unir la justicia con la clemencia, el mando con la equidad, las leyes con la moderación; que no ha de violarse el derecho de nadie; que se ha de servir al orden y tranquilidad pública y aliviar cuanto se pueda pública y privadamente la necesidad de los menesterosos. *Pero por esto piensan,* para servirnos de las palabras mismas de San Agustín[75], ***o quieren que se piense no ser la doctrina de Cristo provechosa para la sociedad, porque no quieren que el Estado se asiente sobre la solidez de las virtudes, sino sobre la impunidad de los vicios***. Conocido bien todo esto, sería insigne prueba de sensatez política y empresa conforme a lo que exige la salud pública que príncipes y pueblos se unieran, no con los Masones para destruir la Iglesia, sino con la Iglesia para quebrantar los ímpetus de los Masones.

REMEDIOS DOCTRINALES

27. Sea como quiera, ante un mal tan grave y ya tan extendido, lo que a Nos toca, Venerables Hermanos, es aplicarnos con toda el alma a la busca de remedios.

Y porque sabemos que la mejor y más firme esperanza de remedio está puesta en la virtud de la religión divina, tanto más odiada por los Masones cuanto más temida, juzgamos ser lo principal el servirnos contra el común enemigo de esta virtud tan saludable. Así que todo lo que decretaron los Romanos Pontífices, Nuestros Antecesores, para impedir las tentativas y los esfuerzos de la secta masónica, y todo cuanto sancionaron para alejar a los hombres de semejantes sociedades o sacarlos de ellas, todas y cada una de estas cosas las damos por ratificadas y las confirmamos con nuestra autoridad apostólica. Y confiadísimos en la buena voluntad de los cristianos, rogamos y suplicamos a cada uno en particular por su eterna salvación que estimen deber sagrado de conciencia el no apartarse un punto de lo que en esto tiene ordenado la Silla Apostólica.

---

75 Ep. 137 (al. 3). Ad Volusianum, c. 5, n. 20.

28. Y a vosotros, Venerables Hermanos, os pedimos y rogamos con la mayor instancia que, uniendo vuestros esfuerzos a los nuestros, procuréis con todo ahínco extirpar esta asquerosa peste que va serpeando por todas las venas de la sociedad. A vosotros toca defender la gloria de Dios y la salvación de los prójimos: ante tales fines en el combate, no ha de faltaros ni el valor ni la fuerza.

29. Vuestra prudencia os dictará el modo mejor de vencer los obstáculos y las dificultades que se alzarán; pero como es propio de la autoridad de nuestro ministerio el indicaros Nos mismo algún plan razonable, pensad que en primer lugar se ha de procurar arrancar a los Masones su máscara, para que sean conocidos tales cuales son, que los pueblos aprendan por vuestros discursos y pastorales, dados con este fin, las malas artes de semejantes sociedades para halagar y atraer, la perversidad de sus opiniones y lo criminal de sus hechos. Que ninguno que estime en lo que debe su profesión de católico y su salvación juzgue serle lícito por ningún título dar su nombre a la secta masónica, como repetidas veces lo prohibieron Nuestros Antecesores. Que a ninguno engañe aquella honestidad fingida; puede, en efecto, parecer a algunos que nada piden los Masones abiertamente contrario a la religión y buenas costumbres; pero como toda la razón de ser y causa de la secta estriba en el vicio y en la maldad, claro es que no es lícito unirse a ellos ni ayudarles en modo alguno.

30. Además, conviene con frecuentes sermones y exhortaciones inducir a las muchedumbres a que se instruyan con todo esmero en lo tocante a la religión, y para esto recomendamos mucho que en escritos y sermones oportunos se explanen los principales y santísimos dogmas que encierran toda la filosofía cristiana. Con lo cual se llega a sanar los entendimientos por medio de la instrucción y a fortalecerlos así contra las múltiples formas del error como contra los varios modos con que se presentan atractivos los vicios en esa tan grande libertad de publicaciones y curiosidad tan grande de saber.

Grande obra, sin duda; pero en ella será vuestro primer auxiliar y colaborador de vuestros trabajos el Clero, si con vuestro esfuerzo lográis que salga bien pertrechado en virtudes y en ciencia. Mas empresa tan sana e importante reclama también en su auxilio el celo activo de los seglares, que juntan en uno el amor de la religión y de la Patria con la probidad y el saber. Aunadas las fuerzas de una y otra clase, trabajad, Venerables Hermanos, para que todos los hombres conozcan bien y amen a la Iglesia; porque cuanto mayor fuere este conocimiento y este amor, tanto mayor será así la repugnancia con que se mire a las sociedades secretas como el empeño en rehuirlas.

ORGANIZACIONES PRÁCTICAS

31. Y aprovechando esta oportunidad, renovamos ahora justamente nuestro deseo, ya repetido, de que se propague y se fomente con toda diligencia la Orden Tercera de San Francisco, cuyas reglas con lenidad prudente hemos suavizado hace muy poco tiempo. El único fin que le dio su autor es el de traer a los hombres a la imitación de Jesucristo, al amor de su Iglesia, al ejercicio de toda virtud cristiana; mucho ha de valer, por tanto, para extinguir el contagio de estas perversísimas sociedades. Y así, que cada día aumente más esta santa Congregación; pues, además de otros muchos frutos, puede esperarse de ella el insigne de que vuelvan los corazones a la libertad, fraternidad e igualdad, no como absurdamente las conciben los masones, sino como las alcanzó Jesucristo para el humano linaje y las siguió San Francisco: esto es, *la libertad de los hijos de Dios,* por la cual nos veamos libres de la servidumbre de Satanás y de las pasiones, nuestros perversísimos tiranos; la *fraternidad* que dimana de ser Dios nuestros Creador y Padre común de todos; la *igualdad* que, teniendo por fundamento la caridad y la justicia, no borra toda diferencia entre los hombres, sino que con la variedad de condiciones, deberes e inclinaciones forma aquel admirable y armonioso concierto que aun la misma naturaleza pide para el bien y la dignidad de la vida civil.

32. Viene, en tercer lugar, una institución sabiamente establecida por nuestros mayores e interrumpida por el transcurso del tiempo, que puede valer ahora como ejemplar y forma para lograr instituciones semejantes.

Hablamos de los gremios y cofradías de trabajadores con que éstos, al amparo de la religión, defendían juntamente sus intereses y, a la par, las buenas costumbres.

Y si con el uso y experiencia de largo tiempo vieron nuestros mayores la utilidad de estas asociaciones, tal vez la experimentaremos mejor nosotros por ser especialmente aptas para invalidar el poder de las sectas. Los que conllevan la pobreza con el trabajo de sus manos, fuera de ser dignísimos, en primer término, de caridad y consuelo, están más expuestos a las seducciones de los malvados, que todo lo invaden con fraudes y engaños. Se les debe, por ello, ayudar con la mayor benignidad posible y atraer a sociedades honestas, no sea que los arrastren a las infames. En consecuencia, para salud del pueblo, tenemos vehementes deseos de ver restablecidas en todas partes, según piden los tiempos, estas corporaciones bajo los auspicios y patrocinio de los Obispos. Y no es pequeño Nuestro gozo al verlas ya establecidas en diversos lugares en que también se han fundado sociedades protectoras, siendo propósito de unas y otras ayudar a la clase honrada de los proletarios, socorrer y custodiar sus hijos y sus familias, fomentando en ellas, con la integridad de las buenas costumbres, el amor a la piedad y el conocimiento de la religión.

33. Y en este punto no dejaremos de mencionar la Sociedad llamada de San Vicente de Paúl, tan benemérita de las clases pobres y tan insigne públicamente en su ejemplaridad. Bien conocidas son su actuación y sus aspiraciones; se emplea en adelantarse espontáneamente al auxilio de los menesterosos y de los que sufren, y esto con admirable sagacidad y modestia; pues, cuanto menos quiere mostrarse, tanto es mejor para ejercer la caridad cristiana y más oportuna para consuelo de las miserias.

EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD

34. En cuarto lugar, y para obtener más fácilmente lo que intentamos, con el mayor encarecimiento encomendamos a vuestro celo y a vuestros desvelos la juventud, esperanza de la sociedad.

Poned en su educación vuestro principal cuidado, y nunca, por más que hiciereis, creáis haber hecho bastante en el preservar a la adolescencia de aquellas escuelas y aquellos maestros, en los que pueda temerse el aliento pestilente de las sectas. Exhortad a los padres, a los directores espirituales, a los párrocos para que insistan, al enseñar la doctrina cristiana, en avisar oportunamente a sus hijos y alumnos sobre la perversidad de estas sociedades, y a que aprendan desde luego a precaverse de las fraudulentas y varias artes que sus propagadores suelen emplear para enredar a los hombres. **Y aun no harían mal, los que preparan a los niños para recibir bien la primera Comunión, en persuadirles que se propongan y se comprometan a no ligarse nunca con sociedad alguna sin decirlo antes a sus padres o sin consultarlo con su confesor o con su párroco.**

35. Bien conocemos que todos nuestros comunes trabajos no bastarán a arrancar estas perniciosas semillas del campo del Señor si desde el cielo el dueño de la viña no favorece benigno nuestros esfuerzos.

Necesario es, por lo tanto, implorar con vehemente anhelo e instancia su poderoso auxilio, como y cuanto lo piden la extrema necesidad de las circunstancias y la grandeza del peligro. Se levanta insolente y orgullosa por sus triunfos la secta de los Masones, ni parece poner ya límites a su pertinacia. Se prestan mutuo auxilio sus sectarios, todos unidos en nefando contubernio y por comunes ocultos designios, y unos a otros se animan para todo malvado atrevimiento. Tan fiero asalto pide igual defensa, es a saber, que todos los buenos se unan en amplísima coalición de obras y oraciones. Les pedimos, pues, por un lado que, estrechando las filas, firmes y a una, resistan contra los ímpetus cada día más

violentos de los sectarios; por otro, que levanten a Dios las manos y le supliquen con grandes gemidos, para alcanzar que florezca con nuevo vigor la religión cristiana; que goce la Iglesia de la necesaria libertad; que vuelvan a la buena senda los descarriados; y que, al fin, abran paso a la verdad los errores y los vicios a la virtud.

36. Como intercesora y abogada tengamos a la Virgen María Madre de Dios, para que, pues ya en su misma Concepción purísima venció a Satanás, sea Ella quien se muestre poderosa contra las nefandas sectas, en las que claramente se ve revivir la soberbia contumaz del demonio junto con una indómita perfidia y simulación. Acudamos también al príncipe de los Ángeles buenos, San Miguel, el debelador de los enemigos infernales; y a San José, esposo de la Virgen Santísima, así como a San Pedro y San Pablo, Apóstoles grandes, sembradores e invictos defensores de la fe cristiana, en cuyo patrocinio confiamos, así como en la perseverante oración de todos, para que el Señor acuda oportuno y benigno en auxilio del género humano que se encuentra lanzado a peligros tantos. Sea prueba de los dones celestiales y de nuestra benevolencia la Bendición Apostólica, que de todo corazón os damos en el Señor, a vosotros, Venerables Hermanos, al Clero y a todo el pueblo confiado a vuestra vigilancia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 20 de abril de 1884, año séptimo de Nuestro Pontificado.

Nunca deben separarse la verdad y la caridad. La caridad que sacrificase la verdad, dejaría de serlo, y no sería más que debilidad y traición.





Para saber más



Ver en YouTube
Los videos del Profesor Alberto Bárcena

Y Padre Alfredo Sáenz

Mons. H. De LASSUS, La conjuración anticristiana. El templo masónico levantado sobre las ruinas de la Iglesia católica.

https://catolicosalerta.com.ar/libros/conjuracion.pdf

Qué dice la Iglesia de la Masonería

(21 años después de la fundación de la Masonería) Clemente XII, IN EMINENTI, El 24 de abril, de 1738 la primera encíclica contra la Masonería. Desde entonces ha estado prohibido para los católicos entrar en la Masonería.

Benedicto XIV, Providas, 18 mayo, 1751.

Pío VII, Ecclesiam a Jesu Christo, 13 sept., 1821.

León XII, Quo Graviora, 13 marño, 1825.

Pío VIII, Traditi Humilitati, encíclica, 24 mayo, 1829

Gregorio XVI, Mirari Vos, encíclica, 15 agosto, 1832.

Pío IX, Qui Pluribus, encíclica. 9 nov., 1846 León XIII, Humanum Genus, encíclica, 20 abril, 1884.

León XIII, Dall'alto dell'Apostolico Seggio, encíclica,15 de octubre1890.

León XIII, Inimica Vos, encíclica 8 diciembre, 1892.

León XIII, Custodi Di Quella Fede, encíclica 8 diciembre, 1892.

http://www.traditionalcatholic.co/libros-catolicos-gratis/

https://iglesiacatolicablog.wordpress.com/2016/04/16/libros-catolicos-para-descargar/

[FUENTE: La Falsificación de la Realidad. Diversos temas: Liberalismo, evolución, etc.
http://www.quenotelacuenten.org/libros-recomendados/
FUENTE: El Reto Histórico: Los pecados de Jean Baptiste Carrier es Sadico de la Revolución

https://elretohistorico.com/revolucion-francesa-terror-asesino-jean-baptiste-carrier/

FUENTE: ForumLibertas.com Matanza de católicos y realistas

https://www.forumlibertas.com/hemeroteca/los-claroscuros-de-la-revolucion-francesa-matanza-de-catolicos-y-realistas/

FUENTE: Hispanismo.org: El mito de la Revolución Francesa.

http://hispanismo.org/politica-y-sociedad/11319-el-mito-de-la-revolucion-francesa.html

El Libro Negro de la Revolución Frnacesa: http://hispanismo.org/historiografia-y-bibliografia/7202-el-libro-negro-de-la-revolucion-francesa-toda-la-verdad.html

FUENTE: La Revolución Francesa, ¿gloria de la humanidad?

http://tadurraca.blogspot.com/2009/11/la-revolucion-francesa-gloria-de-la_22.html

II.-: El objetivo del SOCIALISMO COMUNISMO (V. Lenin) ACTUALMENTE YA SON MÁS DE 120 MILLONES LOS MUERTOS CAUSADOS POR ESA IDEOLOGÍA

http://www.outono.net/elentir/2017/12/17/los-mas-de-100-millones-de-muertos-que-causo-el-comunismo-divididos-por-paises/

III.- INQUISICIÓN CALVINISTA contra INQUISICIÓN CATÓLICA

FUENTE: DISIDENCIA: La Inquisición española frente a los excesos del Calvinismo https://disidentia.com/la-inquisicion-espanola-frente-a-la-teocracia-de-calvino/ La inquisición española condenó a la hoguera a 59 mujeres brujas en tres siglos y medio

FUENTE: INFOVATICANA: https://infovaticana.com/2017/09/09/desmontando-la-leyenda-negra-la-inquisicion-espanola/

En cuanto a las causas abiertas, se conservan completos los archivos inquisitoriales entre 1540 y 1700. En ese periodo se desarrollaron casi 45 mil procesos por herejía, de los que la mayoría fueron resultados absolutorios y 1.346 resultaron condenados a muerte. Si comparamos con la Inquisición protestante en Alemania, para ese periodo, en el país nórdico 25.000 mujeres ejecutadas por brujas, en el caso de España no se llegó a los 300 casos.

FUENTE: ABC Historia: El mito de la Inquisición española: menos del 4% acababan en la hoguera: https://www.abc.es/historia/abci-falsa-leyenda-negra-inquisicion-espanola-solo-18-por-ciento-quemado-hoguera-201512040335_noticia.html

Sea como fuere, las cifras demuestran que la caza de brujas fue un problema ajeno al Mediterráneo. Según cálculos del historiador alemán Wolfgang Behringer, la persecución provocó en toda Europa entre 40.000-60.000 víctimas, donde 500 corresponden a la suma de las ejecutadas en España, Portugal e Italia (exceptuando las regiones alpinas de lengua italiana). En esta cifra, correspondiente a la primera parte de la Edad Moderna, Francia habría ejecutado a 4.000 y Alemania al menos a 25.000.

FUENTE: BIBLIA Y TRADICIÓN: La Inquisición Protestante: Reforma, Intolerancia y Persecución https://bibliaytradicion.wordpress.com/6protestantismo/la-inquisicion-protestante-por-dave-armstrong/

Otros: https://cse.google.es/cse?cx=partner-pub-4664818676470999%3Ad2xj6a-yuii&ie=ISO-8859-1&q=revolucion+francesa&sa=Buscar&siteurl=hispanismo.org%2Fpolitica-y-sociedad%2F11319-el-mito-de-la-revolucion-francesa.html&ref=www.google.com%2F&ss=4691j2229237j19

https://iglesiacatolicablog.wordpress.com/2016/04/16/libros-catolicos-para-descargar/

Daniel GAGNON , No todo el que dice Señor, Señor, Argumentos Bíblicos que los “cristianos” evangélicos y pentecostales no pueden refutar. México DF Editorial Liberia parroquial.